

GRUPO EDITORIAL DIANA

TRUMAN CAPOTE

PLEGARIAS ATENDIDAS

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE DE 1991
Diseño de portada: Doris Guraieb
Fotografía de portada: Rafael Mendoza
ISBN 968-890-082-6
Título original: ANSWERED PRAYERS
Traducción: Ángel Luis Hernández

Roberto Gayol 1219, México, D.F., C.P. 03100
IMPRESO EN MÉXICO —
PRINTED IN MÉXICO

ÍNDICE

«Se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas»

Santa Teresa

NOTA DEL EDITOR AMERICANO

El 5 de enero de 1966 Truman Capote firmó un contrato con Random House para un nuevo libro que se llamaría *Plegarias atendidas.* El adelanto por los derechos de autor era de 250.000 dólares, y la fecha de entrega era el 1 de enero de 1968. La novela, afirmaba Capote, sería un equivalente contemporáneo de la obra maestra de Proust, *En busca del tiempo perdido,* un análisis del pequeño universo de la sociedad acaudalada entre aristocrático y mundano de Europa y de la costa este de los Estados Unidos.

Para Capote, 1966 fue un año maravilloso. Dos semanas después de que firmara el contrato de *Plegarias atendidas,* se publicó *A sangre fría* como libro, con gran resonancia y una magnífica acogida. Durante la semana siguiente, la foto del autor apareció en la portada de varias revistas del país y la reseña principal en prácticamente todas las secciones de libros del domingo estuvo dedicada a su nueva obra. En el transcurso de ese año, *A sangre fría* vendió más de 300.000 ejemplares y estuvo en la lista de los best-sellers del *New York Times* durante treinta y siete semanas. (Finalmente, en 1966, se vendió más que cualquier otro libro no novelístico, excepción hecha de los libros de ayúdese-usted-mismo. Desde entonces ha sido publicado en unas dos docenas de ediciones extranjeras, y sólo en Estados Unidos el número de ejemplares vendidos ha ascendido a casi cinco millones.)

Durante ese año, Capote se encontraba en todas partes al mismo tiempo, concedió montones de entrevistas, apareció en televisión en programas de charlas un buen número de veces, pasó las vacaciones en yates y en ilustres casas de campo, y gozó de su fama y fortuna. La culminación de este impetuoso período fue su «Baile en blanco y negro», que todavía se recuerda y que se celebró en noviembre de 1966 en el Plaza, en honor de Kazay Graham, el editor del *Washington Post,* una fiesta cuya cobertura en la prensa nacional fue similar a la de una cumbre entre el Este y el Oeste.

La impresión de Capote era que se merecía ese respiro, y la misma impresión tenían la mayoría de sus amigos. La investigación y composición de *A sangre fría* le había llevado casi seis años, y constituyó para él una experiencia traumatizante. No obstante, a pesar de sus distracciones, durante este intervalo de tiempo hablaba constantemente de *Plegarías atendidas,* pero, aunque escribió bastantes relatos cortos y textos para revistas en los años que siguieron inmediatamente, no se consagró a la novela. El resultado fue que, en mayo de 1969, el contrato original fue sustituido por un contrato de tres libros, trasladando la fecha de entrega a enero de 1973 y aumentando sustancialmente el adelanto. A mediados de 1973 se pospuso el plazo hasta enero de 1974 y, seis meses más tarde, volvió a

modificarse hasta septiembre de 1977. (Más adelante, en la primavera de 1980, un nuevo reajuste ponía como fecha de entrega el 1 de marzo de 1981, subiendo el adelanto a un millón de dólares pagadero sólo a la entrega del libro.)

En fin, durante esos años Capote publicó varios libros, pero el contenido de la mayoría de ellos había sido escrito en los años cuarenta y cincuenta. En 1966 Random House publicó *Un recuerdo de Navidad,* originalmente escrito en 1958. En 1968, *El invitado del Día de Acción de Gracias,* un cuento publicado en una revista en 1967. En 1969, una edición con una introducción graciosa y escrita para la ocasión de *Otras voces, otros ámbitos,* su primera novela, que ya había sacudido el *establishment* literario en 1948. En 1973, una colección llamada *The Dogs Bark,* cuyos textos, menos tres, habían sido escritos muchos años antes. Sólo *Música para camaleones,* que iba a ser editado en 1980, y del que algunas personas, tanto amigos como críticos, opinaban que no estaba a la altura de sus primeras obras, contenía material nuevo, de ficción y de no ficción.

Dejemos que el propio Capote hable de esta época. En el prólogo de *Música para camaleones* escribió:

«Durante cuatro años, aproximadamente desde 1968 hasta 1972, pasé casi todo mi tiempo leyendo y seleccionando, reescribiendo y haciendo un índice de mis propias cartas y las de otra gente, de mis diarios y cuadernos de notas (que contenían descripciones detalladas de cientos de situaciones y conversaciones) desde el año 1943 hasta 1965. Mi intención era utilizar gran parte de este material en un libro que llevaba planeando desde hacía mucho tiempo: una variación de la novela de no ficción. Al libro lo llamé *Plegarias atendidas,* que es una cita de Santa Teresa, quien dijo: "Se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas." En 1972 me puse a trabajar en este libro, comenzando por el último capítulo (siempre es bueno saber a dónde vamos). Después escribí el primer capítulo "Monstruos perfectos". Luego el quinto, "A Severe Insult to the Brain". Después el séptimo, "La Cote Basque". Y seguí de esta manera, escribiendo diferentes capítulos sin correlación. Esto sólo lo podía hacer porque el argumento, o, mejor dicho, los argumentos, eran reales, así como todos los personajes: no era difícil recordarlos, ya que yo no había inventado nada.»

Finalmente, pasado un período de unos pocos meses a finales de 1974 y principios de 1975, Capote me mostró cuatro capítulos de *Plegarias atendidas,* «Mojave»[1], «La Cote Basque», «Monstruos Perfectos» y «Kate McCloud», y me

[1] En un principio «Mojave» iba a ser el segundo capítulo de la novela y, presumiblemente, era un intento de su protagonista, P.B. Jones (algo así como un oscuro «Doppelganger» del mismo autor), de escribir un relato corto. Pero unos años más tarde, Capote decidió que no se ajustaba al libro y apareció publicado en *Música para camaleones,* como relato corto.

hizo saber que iba a publicarlos en *Esquire*. Yo me opuse a esa idea, ya que pensaba que Capote revelaba demasiadas cosas del libro demasiado pronto. Y así se lo dije, pero Capote, que se consideraba a sí mismo un publicista magistral, no dio su brazo a torcer. (Si Bennett Cerf, que era también amigo íntimo y confidente del autor, hubiese estado vivo —había muerto en 1971—, es posible que hubiésemos disuadido a Capote mediante una desaprobación conjunta, aunque lo dudo. Capote pensaba que sabía muy bien lo que se hacía.)

Sin embargo, tal y como salieron las cosas, *no* sabía lo que estaba haciendo. «Mojave» fue el primer capítulo que apareció, y dio que hablar un poco, pero el siguiente, «La Cote Basque», produjo una explosión que conmovió a la pequeña sociedad que Capote se había propuesto describir. Prácticamente todos los amigos que tenía en este mundo le condenaron al ostracismo por contar, apenas disfrazadas, historias de colegiales, y muchos de esos amigos ni siquiera volvieron a dirigirle la palabra.

Capote declaró provocativamente que tal furor no le había consternado lo más mínimo («¿Qué se esperaban?», se le cita como habiendo dicho. «Soy un escritor y me sirvo de todo. ¿Es que esa gente se pensaba que me tenían para entretenerles?»), pero no cabe duda de que la reacción le afectó, y estoy convencido de que ésa fue una de las razones por las que, aparentemente, dejó de trabajar, al menos de forma momentánea, en *Plegarias atendidas,* tras la publicación de «Monstruos Perfectos» y «Kate McCloud» en *Esquire* en 1976.

Desde 1960, año en que nos conocimos, hasta 1977, Capote y yo nos veíamos con frecuencia dentro y fuera de la oficina, viajamos juntos a Kansas dos veces mientras trabajaba en *A sangre fría,* y en una ocasión pasamos una semana juntos en Santa Fe. Durante los inviernos iba a visitarle dos o tres veces a Palm Springs, donde tuvo una casa durante unos cuantos años. Además, casualmente, Capote poseía una casa en Sagaponak, una pequeña comunidad agrícola cerca del mar en el lado este de Long Island, donde yo había alquilado otra.

Desde el punto de vista profesional, los que llevaron a cabo la labor de edición de *A sangre fría* fueron prácticamente Mr. Shawn y otros del *New York Times,* donde apareció primero en cuatro entregas, en octubre y noviembre de 1965. Sin embargo, nuestra relación laboral era intensamente provechosa. Recuerdo con especial agrado cuando Capote me dio el capítulo «Monstruos Perfectos» para que lo leyera, una tarde de 1975. Lo leí durante esa noche y apenas le encontré defecto alguno, salvo una pequeña discordancia. Cuando a la mañana siguiente me llamó para saber mi opinión, me mostré muy entusiasta, pero le comenté mi objeción, una palabra que Miss Self utilizaba en un diálogo sólo media página después que el lector entra en contacto con ella por primera vez. «Miss Self no debería haber usado esa palabra —le dije a Capote—. Debería

haber dicho...» (Ahora no recuerdo el substituto que le sugerí.) Capote se rió encantado. «Anoche volví a leer el capítulo —dijo—. Sólo había un cambio que quería hacer, y te llamaba ahora para decirte que cambiases esa palabra justamente por la que tú me has sugerido.» Fue uno de esos momentos demasiado poco frecuentes de felicitación mutua dentro de esa relación tan especial que hay entre autores y editores. No se trataba de una *auto*felicitación, digamos mejor que tanto él como yo estábamos encantados el uno con el *otro.*

Volveré a citar el prólogo de Capote en *Música para camaleones,* unas líneas más adelante:

«...Sí, dejé de trabajar en *Plegarias atendidas* en septiembre de 1977, un hecho que no tenía nada que ver con las reacciones que algunas partes del libro ya publicadas suscitaron en el público. El alto se produjo porque me encontraba con no pocos problemas: sufría una crisis creativa y personal al mismo tiempo. Como esta última no tenía ninguna relación, o muy poca relación, con la primera, sólo será necesario hacer alusión al caos creativo.

«Ahora bien, aunque fuese un tormento, me alegro de que sucediera. Después de todo, alteró toda mi concepción del acto de escribir, mi actitud hacia el arte y la vida, y el equilibrio entre ambos, y mi concepción de la diferencia entre lo que es verdad y lo que *realmente* es verdad.

«Para empezar, creo que la mayoría de los escritores, incluso los mejores, escriben de forma excesivamente elaborada. Yo prefiero quedarme corto. La sencillez y la claridad de un riachuelo del campo. Sin embargo, mi impresión era que mi estilo se estaba haciendo demasiado denso, que necesitaba tres páginas para lograr efectos que debería ser capaz de conseguir en un solo párrafo. Volví a leer una y otra vez todo lo que ya estaba escrito de *Plegarías atendidas,* y empecé a tener dudas, no acerca del material o del enfoque, sino acerca de la misma textura de lo escrito. Releí *A sangre fría* y reaccioné del mismo modo: había demasiadas partes en las que no había escrito todo lo bien que podía hacerlo, en las que no me había entregado por completo. Lentamente, pero con una alarma cada vez más intensa, leí palabra por palabra todo lo que había publicado, y llegué a la conclusión de que nunca, ni siquiera una sola vez en toda mi vida de escritor, había explotado totalmente toda la energía y las emociones estéticas que albergaba aquel material. Hasta cuando aquello era bueno, veía que en ningún momento había trabajado con más de la mitad, a veces sólo una tercera parte, de mis facultades. ¿Por qué?

«La respuesta, que descubrí tras meses de meditación, era simple pero no muy satisfactoria. Lo cierto es que no disminuyó mi depresión; en realidad, la aumentó. Ya que la respuesta originaba un problema aparentemente irresoluble, y,

si no era capaz de resolverlo, más valía que dejara de escribir. El problema era: ¿cómo puede un escritor aunar con éxito, en una única forma, digamos el relato corto, todos sus conocimientos acerca de otras formas de escribir? Ya que ése era el motivo por el cual mi obra resultaba a menudo insuficientemente iluminada. No me faltaba la energía, pero al limitarme yo mismo a las técnicas de la forma en la que estaba trabajando, no utilizaba todos mis conocimientos del acto de escribir, todo lo que había aprendido en guiones de cine, obras de teatro, reportajes, poesía, cuentos, novelas corta, novela. Un escritor debería tener a su disposición todos los colores y todas sus habilidades en la misma paleta, y ser capaz de mezclarlos (y en los casos convenientes, aplicarlos simultáneamente). Pero ¿cómo?

»Volví a *Plegarias atendidas,* suprimí un capítulo[1] y reescribí otros dos[2]. Una mejora, definitivamente, una mejora. Pero la verdad era que tenía que regresar al jardín de infancia. ¡Y ya me tenían a mí embarcado de nuevo en una oscura empresa! Pero me resultaba excitante. Sentía que un sol invisible brillaba sobre mí. Sin embargo, mis primeros experimentos fueron torpes. De verdad que me sentía como un niño con una caja de lápices de colores.»

Por desgracia, pocas cosas de las que escribe Capote en los dos extractos arriba citados pueden tomarse tal cual. Por ejemplo, a pesar de que Alan Schwartz, su abogado y albacea literario; Gerald Clarke, su biógrafo, y yo, llevamos a cabo un minucioso examen de todos los efectos personales del autor tras su muerte, no encontramos[3] casi ninguna de las cartas o cuadernos de notas que Capote menciona, lo cual era especialmente fastidioso ya que sabemos que era un conservador nato de papeles. Lo guardaba todo prácticamente y no había razón alguna para destruir tales documentos. Y lo que es más, no había ninguna evidencia de «A Several Insult to the Brain» o de ese último capítulo que en su prólogo afirmaba haber escrito en primer lugar. (Iba a llamarse «El Café La Reina Negra del Padre Flanagan». Otros capítulos que mencionó en algunas conversaciones conmigo y con otras personas de vez en cuando eran «Yachts and Things» y «And Audrey Wilder Sang», un capítulo acerca de Hollywood.»

[1] "Mojave"

[2] Sólo se han encontrado las versiones *Esquire* de los tres capítulos que aparecen en este libro.

[3] Lo que se *encontró,* que fue suficiente para llenar ocho cajas grandes, fue examinado página a página y catalogado de un modo aproximado por Gerald Clarke y el editor en 1984 y 1985. El material consistía en originales manuscritos y primeros, segundos y terceros borradores escritos a máquina de varios relatos y novelas; las galeradas de *A sangre fría* del *New Yorker* corregidas por el autor; algunos dibujos; muchos recortes de periódicos; cuadernos que contenían entrevistas a los personajes de *A sangre fría;* ejemplares o galeradas de otras revistas *(Esquire, Redbook, Mademoisette, McCatt's),* en las que habían aparecido sus artículos o sus cuentos; media docena de cartas, y unas cuantas páginas de unas primeras notas sobre *Pkgarias atendidas.* En 1985 todo este material fue donado a la Biblioteca Pública de Nueva York por los herederos de Capote, y actualmente los estudiosos pueden verlo en la Sección de Manuscritos y Libros Raros de la Biblioteca Central de Investigación de la calle Cuarenta y dos.

Después de 1976, la relación entre Truman y yo se fue deteriorando lentamente. A mí me parece que todo empezó cuando se dio cuenta de que yo había tenido razón respecto a la publicación de las entregas en *Esquire,* aunque, por supuesto, nunca le eché las culpas. Quizá también se diera cuenta de que sus facultades literarias iban decayendo y temía que yo fuese un juez muy rígido. Además, debió de sentirse culpable y terriblemente asustado por la ausencia de progreso en su obra *Plegarías atendidas.* Durante los últimos años parece que trataba de engañarnos acerca de su trabajo, no sólo a mí y a sus más íntimos amigos, sino a todo el público en general. Dos veces al menos anunció a sus entrevistadores que acababa de finalizar su libro, que lo había entregado a Random House y que aparecería publicado al cabo de seis meses. Después, nuestro departamento de publicidad y yo mismo nos veíamos abrumados por infinidad de llamadas a las que sólo podíamos responder diciendo que no habíamos visto el manuscrito. Está claro que Capote tuvo que haber estado desesperado.

Un último factor en la erosión de nuestra relación fue la dependencia creciente de Capote del alcohol y los fármacos desde 1977 en adelante. Ahora me doy cuenta de que no fui todo lo comprensivo que debería haber sido con su situación. En lugar de eso me concentré en el desperdicio de su talento, en sus autoengaños, en sus incesantes divagaciones, en lo incomprensible de sus llamadas a la una de la madrugada, y sobre todo en la pérdida de mi encantador, ingenioso y travieso compañero de aquellos primeros dieciséis años al que egoístamente lloraba, más de lo que lloré su creciente dolor.

Hay tres teorías acerca de la pérdida de los capítulos de *Plegarias atendidas.* La primera sostiene que el manuscrito fue terminado y o bien se encuentra oculto en una caja fuerte en alguna parte, o se adueñó de él algún ex amante con mala intención o por sacarle provecho, o, incluso, lo último que se rumorea es que Capote lo guardó en una consigna de la estación de autobuses Greyhound de Los Ángeles. Pero cada día que pasa estas suposiciones parecen las menos plausibles.

La segunda teoría es que tras la publicación de «Kate McCloud» en 1976, Capote no escribió ninguna línea más del libro, en parte quizá porque se sentía asolado por la reacción pública, y particular, frente a estos capítulos, y en parte quizá porque llegó a comprender que nunca alcanzaría los niveles proustianos que él mismo se había puesto como meta. Esta teoría se impone al menos por una razón: Jack Dunphy, el más íntimo amigo de Capote y compañero suyo durante más de treinta años, lo cree así. Sin embargo, Capote no hablaba nunca de su obra con Jack, y durante los últimos años estuvieron más tiempo separados que juntos.

Una tercera teoría, que yo suscribo con vacilación, es que Capote sí escribió al menos algunos de los capítulos arriba mencionados (probablemente «A Severe Insult to the Brain» y «El Café La Reina Negra del Padre Flanagan»), pero que en

un momento determinado a principios de los ochenta, los destruyó deliberadamente. A favor de esta teoría, al menos cuatro amigos de Capote afirman haber leído (o haberle oído leer al autor en voz alta) uno o dos capítulos además de los tres que aquí aparecen. Cierto es que me convenció de que existía gran parte del manuscrito. Repetidas veces, almorzando, durante los seis últimos años de su vida, a menudo casi de un modo incoherente a causa de los fármacos y el alcohol, o ambas cosas a la vez, hablaba conmigo de los cuatro capítulos titulados restantes con todo detalle, hasta el punto de llegar a citar fragmentos de diálogos que eran siempre idénticos, incluso cuando los recitaba con un intervalo de meses o años. El ciclo era siempre el mismo: cuando le pedía que me enseñara el capítulo en cuestión, me prometía enviármelo al día siguiente. Al final de ese día le llamaba, y Capote decía que se lo estaban mecanografiando y que me lo enviaría el lunes. El lunes por la tarde su teléfono no respondía y él desaparecía durante una semana o más.

Yo suscribo esta tercera teoría, no tanto por no estar dispuesto a admitir mi culpabilidad, como por la convicción con la que Capote hacía la descripción de estos capítulos. No dudo que sea posible que estas líneas existieran sólo en su cabeza, pero cuesta creer que en algún momento no las plasmara en un papel. Estaba muy orgulloso de su obra, pero mostraba una objetividad poco corriente respecto a ella, y mi sospecha es que en algún momento destruyó todo vestigio de cualquier capítulo que hubiese escrito, excepto los tres de este volumen.

Sólo hay alguien que conoce la verdad, y ese alguien está muerto. Que Dios le bendiga.

JOSEPH M. FOX

I. MONSTRUOS PERFECTOS

En algún rincón de este mundo vive un filósofo excepcional, una chica que se llama Florie Rotondo.

El otro día, en una revista que recopila redacciones de colegiales, di con una de sus reflexiones. Decía así: *Si pudiese hacer lo que quisiera, me iría al centro de la Tierra, nuestro planeta, y buscaría uranio, rubíes y oro. Intentaría encontrar Monstruos Perfectos. Después me iría a vivir al campo. Florie Rotonda, ocho años.*

Florie, cariño, sé muy bien a qué te refieres, aunque tú misma no lo sepas: ¿cómo podrías saberlo, con sólo ocho años?

Porque yo he *estado* en el centro de la Tierra. O, en cualquier caso, he padecido las tribulaciones que un viaje de ese tipo puede infligir. He buscado uranio, rubíes, oro y, por el camino, he observado a otros que buscaban lo mismo. Y escúchame, Florie, ¡he encontrado Monstruos Perfectos! Y también Imperfectos. Aunque la variedad de los Perfectos sea rara avis, como lo son las trufas blancas comparadas con las negras y los espárragos silvestres frente a los de la huerta. Lo único que no he hecho ha sido irme al campo.

De hecho, estoy escribiendo esto en las cuartillas del Y.M.C.A.,[1] de un Y.M.C.A. de Manhattan donde he estado viviendo este último mes, en una celda sin vistas de la segunda planta. Habría preferido la sexta, ya que si decidiera tirarme por la ventana la diferencia sería vital. Quizá me cambie de habitación. Quizá ascienda. Aunque es probable que no lo haga. Soy un cobarde, pero no lo bastante cobarde como para dar el salto decisivo.

Me llamo P.B. Jones, y no sé qué hacer, si hablarles de mí ahora mismo, o esperar e ir intercalando la información en el desarrollo de la historia. También podría no contarles nada, o muy poco, ya que en este asunto me considero más un reportero que un participante, pues como participante casi no importo. Pero quizá sea más fácil si empiezo por mí mismo.

Como digo, me llamo P.B. Jones. Tengo treinta y cinco o treinta y seis años. El motivo de esta incertidumbre es que nadie sabe cuándo nací ni quiénes fueron mis padres. Todo lo que sabemos es que fui un bebé abandonado en el gallinero de un teatro de variedades de St. Louis. Esto ocurrió el 20 de enero de 1936. Me criaron unas monjas católicas en un austero orfanato de ladrillo rojo levantado sobre un terraplén que da al río Mississippi.

Yo era el preferido de las monjas, ya que era un muchacho brillante y muy guapo. Nunca se percataron de lo perverso y traicionero que yo era, ni de cuánto

[1] *Y.M.C.A.* Siglas de «Young Men's Christian Association» (Asociación cristiana de jóvenes varones). *(N. del T.)*

despreciaba su monotonía y su aroma a incienso y agua de fregar, a cirios y creosota, a sudor inmaculado. Le tomé bastante cariño a una de ellas, la hermana Martha. Enseña inglés y estaba tan convencida de que yo tenía cualidades para la literatura que hasta me convenció a mí mismo de que así era. A pesar de todo, cuando dejé el orfanato, cuando me escapé, no le dejé ninguna nota ni volví a ponerme en contacto con ella: algo típico de mi naturaleza indolente y oportunista.

Me puse a hacer auto-stop sin tener pensado ningún destino en particular. Me cogió un hombre que conducía un Cadillac blanco descapotable. Un tipo robusto con la nariz partida y la tez enrojecida y pecosa de un irlandés. Nadie lo habría tomado por un marica, y sin embargo lo era. Me preguntó adonde me dirigía, y yo me limité a encoger los hombros. Quiso saber mi edad y le dije dieciocho, aunque en realidad tenía tres años menos. Con una sonrisa forzada me dijo:

—Bueno, no quisiera corromper la moralidad de un menor.

Como si yo tuviera alguna *moralidad*. Después, de un modo solemne dijo:

—Eres un muchacho bien parecido.

Y era verdad, de baja estatura, uno setenta (y al final uno setenta y dos), pero fuerte y bien proporcionado, con el pelo castaño claro rizado, ojos pardos y un rostro espectacularmente anguloso. Observarme en el espejo me resultaba siempre una experiencia reconfortante. De modo que cuando Ned se lanzó al ataque, pensó que tenía fruta fresca entre sus manos. ¡Ja! Con lo temprano que había empezado yo! A los siete u ocho años, más o menos, ya había conocido toda la gama, desde numerosos chicos mayores, hasta varios curas, pasando incluso por un guapo jardinero negro. En realidad, yo era una especie de puta barata. Había pocas cosas que no hubiese hecho por cinco centavos de chocolate.

Aunque viví varios meses con él, no me acuerdo del apellido de Ned. ¿Ames? Era masajista jefe de un gran hotel de Miami Beach, una de esas guaridas de judíos inactivos de color pastel y nombre francés. Ned me enseñó el oficio, y después de abandonarle me gané la vida como masajista en una serie de hoteles de Miami Beach. De ese modo tuve un buen número de clientes particulares, hombres y mujeres a quienes daba masajes y les enseñaba ejercicios corporales y faciales, aunque los ejercicios faciales sean todos una estafa. Chupar pollas es el único eficaz. No es ninguna broma. No hay nada como eso para dar firmeza a las mandíbulas.

Gracias a mi ayuda, Agnes Beerbaum mejoró admirablemente sus líneas faciales. Mrs. Beerbaum era viuda de un dentista jubilado de Detroit que se había ido a vivir a Fort Lauderdale, donde sufrió enseguida una fatal trombosis. No era rica, pero tenía dinero, además de dolores en la espalda. La primera vez que entré en su vida fue para aliviarle los espasmos vertebrales, y, una vez dentro, me quedé

el tiempo suficiente para acumular, mediante regalos que complementaban mi tarifa normal, una cantidad superior a los diez mil dólares.

Fue en *ese momento* cuando debería haberme ido al campo.

Sin embargo, compré un billete de autobús que me llevó a Nueva York. Mi equipaje era una maleta con muy pocas cosas, únicamente ropa interior, camisas, una bolsa de aseo y un montón de cuadernos con borradores de poemas y unos cuantos relatos cortos. Tenía dieciocho años, era el mes de octubre y nunca se me ha ido de la memoria el resplandor de Manhattan en octubre conforme se aproximaba mi autobús a través de los malolientes pantanos de Nueva Jersey. Como Thomas Wolfe, ídolo antaño admirado y ahora olvidado, habría escrito, ¡oh, cuántas promesas albergaban aquellas ventanas! Frías y ardientes bajo el brillo rizado de un sol de otoño que se desploma.

Desde entonces, me he enamorado de muchas ciudades, pero tan sólo un orgasmo que durase una hora podría superar el éxtasis de mi primer año en Nueva York. Por desgracia, decidí casarme.

Quizá lo que yo quería por esposa era la ciudad en sí misma, la felicidad que allí sentía y la sensación de fama, la fortuna, eran inevitables. Pero, ¡ay de mí!, me case con una chica: una amazona exangüe, pálida como el vientre de un pescado, con una cabellera de estopa amarilla y ahuevados ojos lilas. Era mi compañera de estudio en la Universidad de Columbia, donde me había matriculado en un curso de redacción creativa que daba Martha Foley, una mujer que figura entre los directores fundadores de la antigua revista *Story*. Lo que me gustaba de Hulga (sí, ya sé que Flannery O'Connor llamó Hulga a una de sus heroínas, pero no estoy plagiando nada, es pura coincidencia) era que nunca se cansaba de oírme leer mis obras en voz alta. En general, el tema de mis cuentos era el polo opuesto a mi carácter, es decir, eran cuentos tiernos y *tristes*. Sin embargo, Hulga opinaba que eran hermosos, y sus grandes ojos color lila se cargaban gratamente de lágrimas al final de cada lectura.

Al poco de casarnos, descubrí que había una excelente razón por la que sus ojos tenían aquella maravillosa serenidad de retrasada mental. Era una retrasada mental. O casi, maldita sea. Con toda seguridad, no era ninguna lumbrera. Mi buena Hulga, una mole sin pizca de humor y, sin embargo, tan delicada y remilgadamente limpia, toda una mujercita de su casa. No tenía la menor idea de mis auténticos sentimientos hacia ella, al menos no la tuvo hasta Navidad, cuando sus padres vinieron a hacernos una visita. Eran un par de bestias suecas de Minnesota, una pareja de mamuts, dos veces el tamaño de su hija. Vivíamos en un piso de una habitación y media cerca de Morningside Heights. Hulga había comprado uno de esos árboles de Navidad tipo Rockefeller Center, que ocupaba desde el suelo hasta el techo de pared a pared. El maldito trasto se chupaba todo el oxígeno de la atmósfera. ¡La que armó Hulga, la fortuna que se gastó en esa

mierda de Woolworth! El caso es que odio las Navidades porque, perdonen ustedes la nota lacrimógena, siempre fue la época más deprimente en mi orfanato de Missouri. De modo que en Nochebuena, minutos antes de cuando suponíamos que iban a llegar los padres de Hulga para el bailecito de Navidades, perdí de repente el control: me cargué el árbol, y trozo a trozo se lo fue tragando la ventana entre llamaradas de plomos fundidos y bombillas hechas añicos; entretanto, Hulga no dejó de aullar como un cerdo medio descuartizado. (¡Atención, estudiantes de literatura! Aquí hay aliteración,[1] ¿lo han notado?, es mi vicio más pequeño.) También le dije lo que pensaba de ella, y por una vez sus ojos perdieron su inocente idiotez.

En ese momento aparecieron papá y mamá, los gigantes de Minnesota: suena a un equipo homicida de hockey, y así es como reaccionaron. Me estuvieron sacudiendo de un lado a otro entre los dos, y antes de que yo perdiera el sentido ya me habían roto cinco costillas, astillado la espinilla y dejado los dos ojos morados. Por lo visto, después empaquetaron a su niña y se la llevaron a casa. En todos estos años no he vuelto a tener noticias de Hulga, pero, que yo sepa, seguimos legalmente unidos.

¿Les resulta familiar el término «loca asesina»? Es cierto tipo de marica cuyo flujo sanguíneo está refrigerado con freón. Diaghilev, por ejemplo. J. Edgar Hoover. Adriano. No es que quiera compararle con estos personajes de pedestal, pero el sujeto en el que estoy pensando es Turner Boatwright, Boaty, como le llamaban sus cortesanos.

Mr. Boatwright era el director literario de una revista femenina que publicaba novelas de escritores de «calidad». Me llamó la atención, o más bien se la llamé yo a él, un día que dio una conferencia en nuestra clase de composición. Yo estaba sentado en la primera fila, y por el modo en que sus fríos ojos, que me observaban la entrepierna, se dejaban atraer hacia mí, supe lo que rondaba por aquella cabecita de cabellos grises bastante rizados. Vale, pero decidí no resultarle ninguna ganga. Después de la clase, los alumnos se agruparon a su alrededor para charlar con él. Yo no. Me largué sin esperar a que nos presentaran. Pasó un mes, y durante ese tiempo pulí dos de los que yo consideraba mis mejores relatos: «Bronceado», que trataba de los putos playeros de Miami Beach, y «Masaje», que contaba las humillaciones que padece la viuda de un dentista servilmente enamorada de un masajista adolescente.

Con los manuscritos en la mano, fui a visitar a Mr. Boatwright sin haber sido citado. Me fui a la redacción de la revista y le pedí al recepcionista que le dijera a Mr. Boatwright que uno de los alumnos de Miss Foley había ido a verle. Estaba

[1] En el original: «Hulga the whole while hollering like a half-slaughtered hog.» *(N. del T.)*

seguro de que sabría de quién se trataba. Pero, cuando por fin me acompañaron a su despacho, fingió no recordarme. A mí no me engañaba.

El despacho era de lo más formal. Parecía un salón victoriano. Mr. Boatwright estaba sentado en una mecedora de mimbre junto a una mesa que servía de escritorio y de la que colgaban los flecos de un tapete. Frente a la mesa había otra mecedora. El director literario, con una expresión soñolienta destinada a disfrazar su estado, alerta como una cobra, me indicó con un gesto que me sentara (como descubrí más tarde, su mecedora tenía un cojín pequeño con una inscripción bordada que decía: MADRE). Aunque era un abrasador día de primavera, las cortinas, que eran de pesado terciopelo y de tono castaño rojizo, estaban echadas. La única luz procedía de dos lamparillas de estudiante, una con la pantalla de color rojo oscuro y la otra verde. Un lugar interesante, el cubil de Mr. Boatwright. Saltaba a la vista que la dirección le concedía grandes comodidades.

— ¿Y bien, Mr. Jones?

Le expliqué el motivo de mi visita. Le dije que su conferencia en Columbia me había causado muy buena impresión por la sinceridad en su voluntad de ayudar a autores jóvenes, y le hice saber que traía conmigo dos cuentos que deseaba someter a su consideración.

Con una voz que daba miedo por su agudo sarcasmo, dijo:

— ¿Y por qué ha optado usted por presentármelos en persona? El método habitual es por correo.

Yo sonreía, y mi sonrisa siempre es una proposición insinuante, y, en efecto, así suele ser interpretada:

—Temí que no los leyese. Ya sabe, un autor desconocido, sin agente... No creo que lleguen a su mesa muchos relatos así.

—Me llegan si son buenos. Mi ayudante, Miss Shaw, es una lectora de mucho talento y sumamente perspicaz. ¿Qué edad tiene usted?

—En agosto cumpliré los veinte.

— ¿Y se considera usted un genio?

—No lo sé. —Lo cual no era cierto. Estaba seguro de serlo—. Por eso estoy aquí. Me gustaría saber su opinión.

—Le diré lo siguiente: es usted ambicioso. ¿O se trata de un simple arrebato? ¿Qué es usted, judío?

Mi respuesta no dijo mucho en mi favor. Aunque relativamente carezco de autocompasión (bueno, eso creo), nunca me he privado de sacar partido de mis antecedentes con el fin de causar una ventajosa compasión.

—Es posible. Me crié en un orfanato. Nunca llegué a conocer a mis padres.

Con todo, el caballero ya me había clavado su rodilla con una precisión dañina. El ya sabía por dónde iba yo, pero yo ya no estaba tan seguro de lo

contrario. Por aquella época, yo era inmune a los vicios mecánicos, fumaba raras veces y nunca me emborrachaba. Pero en ese momento, sin pedir permiso, cogí un cigarrillo de una caja de caparazón de tortuga que tenía cerca. Al encenderlo ardieron todas las cerillas de la caja y en mi mano se prendió una hoguera minúscula. Me puse en pie de un brinco, retorciéndome la mano entre gemidos.

Mi anfitrión se limitó a señalarme fríamente las cerillas, que se habían caído y seguían ardiendo, y dijo:

—Cuidado, apague eso con los pies. Va a estropear la alfombra. —Y, acto seguido—: Venga aquí, déme su mano.

Separó sus labios. Poco a poco su boca absorbió mi dedo índice, que era el que estaba más chamuscado. Se sumergió el dedo en las profundidades de su boca, se lo sacó y volvió a sumergirlo, como un cazador que estuviera sacando el peligroso líquido de una mordedura de serpiente. Hizo una pausa y me preguntó:

—Bueno, ¿se siente más aliviado?

El vaivén se había invertido. Se había producido una transferencia de poderes, o eso es lo que estúpidamente creí.

—Sí, mucho. Gracias.

—Muy bien —dijo, y se levantó a echar el cerrojo de la puerta del despacho—. Ahora, seguiremos con el tratamiento.

No, no fue tan fácil. Boaty era un tipo duro de pelar. Si hubiese sido necesario, habría pagado para satisfacer sus deseos, pero nunca me habría publicado un solo relato. De los dos originales que le entregué, me dijo:

—No son buenos. Normalmente nunca le daría ánimos a una persona con un talento tan limitado como el suyo. Sería muy cruel alentar a alguien y hacerle creer que tiene un don que en realidad no posee. Sin embargo, tiene cierto sentido de la palabra, sensibilidad para la caracterización. Quizá pueda sacar algo de ahí. Si desea arriesgarse, probar a arruinar su vida, cuente con mi ayuda, pero no se lo recomiendo.

Ojalá le hubiese escuchado. Ojalá me hubiese ido al campo. Pero ya era demasiado tarde, ya que mi viaje al centro de la Tierra había empezado.

Me estoy quedando sin cuartillas. Creo que me daré una ducha. Después quizá me mude a la sexta planta.

Me he mudado a la sexta planta.

No obstante, mi ventana está pegada al edificio de al lado. Aunque saltara por el alféizar, lo único que conseguiría es golpearme la cabeza. Este mes de septiembre estamos teniendo una ola de calor, y mi habitación es tan pequeña y calurosa que tengo que dejar la puerta abierta día y noche, lo cual es de lamentar ya que, como ocurre en la mayoría de los Y.M.C.A., en los pasillos se oye el

susurro de las pisadas en zapatillas de los cristianos libidinosos. Por lo tanto, dejar la puerta abierta se interpreta muchas veces como una invitación. En mi caso no, no señor.

El otro día, cuando empecé este relato, no tenía idea de si lo terminaría o no. No obstante, acabo de llegar de una tienda donde he adquirido una caja de lápices Blackwing, un sacapuntas y media docena de blocs. De todas formas, no tengo nada mejor que hacer. Excepto buscar trabajo. Lo que pasa es que no sé qué clase de empleo buscar, a menos que vuelva a dar masajes. Ya no estoy para muchos trotes. Y, para ser sincero, sigo pensando que si cambio todos los nombres podría publicar esto como una novela. Carajo, no tengo nada que perder. Claro que un par de personas podrían intentar matarme, pero me lo tomaría como un favor.

Después de haberle presentado más de veinte relatos, Boaty me compró uno. Lo revisó de cabo a cabo y la mitad lo reescribió él mismo, pero al menos mi nombre salía en letras de imprenta. «Reflexiones de Morton», de P.B. Jones. Trataba de una monja enamorada de un jardinero negro llamado Morton (el mismo jardinero que había estado enamorado de mí). El relato llamó la atención y apareció impreso en la antología *Los mejores relatos norteamericanos* de aquel año. Y, lo que es más importante, una distinguida amiga de Boaty, Miss Alice Lee Langman le hizo una reseña.

Boaty tenía una enorme y vieja casa de piedra arenisca, en la parte más oriental de las calles Ochenta. El interior era una réplica exagerada de su despacho, una mezcla carmesí de antigüedades victorianas: cortinas de cuentas y lechuzas disecadas con el ceño fruncido dentro de campanas de cristal. Esta clase de afeminamiento, ahora *démodé,* era graciosamente infrecuente por aquel entonces, y el salón de Boaty era uno de los centros sociales más concurridos de Manhattan.

Allí es donde conocí a Jean Cocteau, un rayo láser ambulante con un ramillete de *muguet* en el ojal. Me preguntó si estaba tatuado, y cuando le dije que no, sus ojos excesivamente inteligentes se vidriaron y se escurrieron hacia otra parte.

La Dietrich y la Garbo iban de vez en cuando a casa de Boaty. La última siempre acompañada de Cecil Beaton, al que conocí cuando me hizo unas fotografías para la revista de Boaty (un intercambio de ideas que les oí casualmente una vez:

Beaton: Lo que más me duele de hacerme viejo es que descubro que se me encogen las partes.

La Garbo, tras una melancólica pausa: ¡Ay!, ojalá pudiera decir lo mismo).

La verdad es que en casa de Boaty, se encontraban cantidades notables de personajes célebres. Actores tan distintos como Marta Graham y Gypsy Rose

Lee, todo género de lentejuelas salpicadas con una colección de pintores (Tchelitchew, Cadmus, Rivers, Warhol, Rauschenberg), compositores (Bernstein, Copland, Britten, Barber, Blitzstein, Diamond, Menotti) y gran abundancia de escritores (Auden, Isherwood, Wescott, Mailer, Williams, Styron, Porter y, en varias ocasiones, cuando se encontraba en Nueva York, Faulkner, a veces buscando Lolitas, pero por lo general serio y cortés bajo el doble peso de una nobleza incierta y una resaca de Jack Daniel's). Y también Alice Lee Langman, considerada por Boaty la primera dama de las letras de América.

Para todas esas personas, las que aún vivan, en estos momentos debo serles el más somero recuerdo. Como mucho. Boaty, por supuesto, se hubiera acordado de mí aunque no con alegría (me imagino perfectamente lo que diría: «¿P.B. Jones? Ese vagabundo. No tengo ninguna duda de que anda por los zocos de Marrakech vendiendo su culo a viejos moros sodomitas), pero Boaty ya no está entre nosotros, murió en su casa de caoba, víctima de los golpes que le propinó un puto puertorriqueño enloquecido por la heroína. Le dejó con los dos ojos desencajados, colgándole por debajo de las mejillas.

Y Alice Lee Langman falleció el año pasado.

El *New York Times* sacó su esquela de defunción en la primera página, acompañada de la famosa fotografía que Arnold Genthe le hiciera en Berlín en 1927. Las hembras con talento creador raras veces son presentables. ¡Fíjense en Mary McCarthy, que públicamente ha aparecido tantas veces como una Gran Belleza! Sin embargo, Alice Lee Langman fue un cisne entre los cisnes de nuestro siglo: comparable a Cléo de Merodes, a la marquesa de Casa Maury, a Barbara Cushing Paley, a las tres hermanas Wyndham, a Diana Dudd Cooper, a Lena Horne, a Richard Finnocchio (el travesti que se hacía llamar Harlow), a Gloria Guinnes, a Maya Plisetskaya, a Marilyn Monroe y, por último, a la incomparable Kate McCloud. Ha habido varias lesbianas intelectuales que se distinguieron por su físico: Colette, Gertrude Stein, Willa Cather, Ivy Compton-Burnett, Carson McCullers, Jane Bowles, y, en una categoría totalmente diferente, algunas de hermosura sencillamente adorable: Eleanor Clark y Katherine Anne Porter. Ambas merecieron la reputación que tenían.

Sin embargo, Alice Lee Langman era una presencia perfeccionada, una dama esmaltada por el sello de la androginia, y esa aura sexualmente ambivalente que parece ser el denominador común de algunas personas cuyo encanto no conoce fronteras; una mística que no sólo tienen reservadas las mujeres, ya que Nureyev la tiene, Nehru la tenía, como la tuvieron Marlon Brando y Elvis Presley de jóvenes e igualmente Montgomery Clift y James Dean.

Cuando conocí a Miss Langman, que es como la llamé siempre, ella había pasado con mucho los cincuenta y sin embargo su aspecto seguía siendo misteriosamente el mismo que en el retrato que muchos años antes le hiciera

Genthe. La autora de *Wild Asparagus* y *Five Black Guitars* tenía los ojos del color de las aguas de Anatolia, y llevaba el cabello, de un brillante azul plateado, cepillado hacia atrás, en perfecta armonía con su erguida cabeza, como si se tratara de una gorra etérea. Su nariz recordaba a la de Pavlova: prominente y algo irregular. Era pálida, de una palidez saludable y con la blancura de una manzana, y era difícil comprenderla cuando hablaba porque su voz, a diferencia de la mayoría de las mujeres de origen sureño, no era ni fuerte ni rápida (sólo los hombres del sur *mastican las palabras),* sino apagada, como un contralto de cello o el lamento de una paloma.

—¿Sería tan amable de acompañarme a casa? Estoy oyendo truenos y me dan miedo —dijo aquella primera noche en casa de Boaty.

No tenía miedo de los truenos ni de ninguna otra cosa, excepto del amor no correspondido y del éxito comercial. El renombre exquisito de Miss Langman, aunque justificado, se debía a una novela y a tres colecciones de relatos cortos, ningunos de los cuales había tenido grandes ventas o había sido muy leído, excepto en la universidad o en los pastos de los enterados. Igual que el valor de los diamantes, su prestigio exigía una producción controlada y limitada, y, en ese sentido, tenía un éxito regio, era la reina del timo del escritor residente, el negocio de los premios, la mierda de las subvenciones-auxiliadoras-para-artistas-necesitados. Todo el mundo, la Fundación Ford, la Fundación Guggenheim, el Instituto Nacional de las Artes y las Letras, el Consejo Nacional de las Artes, la Biblioteca del Congreso y demás, tenían que atiborrarla por narices de billetes verdes libres de impuestos, y Miss Langman, igual que esos enanos de circo que pierden el sustento si crecen uno o dos centímetros, fue siempre consciente de que su prestigio se vendría abajo si el público de la calle empezaba a leerla y a premiarla. Entretanto, recogía las fichas de la caridad como un croupier, en cantidad suficiente para costearse un piso en Park Avenue, un piso pequeño pero con estilo.

Después de una tranquila infancia en Tennessee —propia de la hija de un ministro metodista, que es lo que ella era—, seguida de jaranas bohemias en Berlín y Shangai, así como en París y en La Habana, y después de haber tenido cuatro maridos, uno de ellos un surfista de veinte años, todo un guaperas al que había conocido en una conferencia que dio en Berkeley, Miss Langman había vuelto a reincidir, al menos en lo material, en los valores ancestrales que quizá había extraviado pero que nunca llegó a perder del todo.

Con la perspectiva de los años, y gracias a los conocimientos adquiridos desde entonces, soy capaz de apreciar la elegancia del piso de Miss Langman. En aquella época me pareció frío y soso. Los «blandos» muebles estaban cubiertos de un lienzo crujiente, tan blanco como las paredes desnudas. El suelo estaba pulido en extremo y sin alfombrar. Este interior nevado sólo se veía interrumpido por

jardineras blancas rebosantes de hojas verdes y frescas, y además, por varios muebles firmados, entre ellos un escritorio para dos de una austeridad opulenta y un frío juego de estanterías de palo de rosa.

—Preferiría tener —me dijo Miss Langman— dos tenedores realmente buenos, a tener una docena que sólo fuesen sencillamente buenos. Por eso hay tan pocos muebles en estas habitaciones. Sólo puedo vivir con lo mejor, pero no puedo pagarlo en las cantidades necesarias. De todas formas, el desorden es algo totalmente ajeno a mi naturaleza. A mí que me den una playa desierta en un día de invierno cuando el agua está muy tranquila. En una casa como la de Boaty me volvería loca.

En las entrevistas, a menudo decían de Miss Langman que era una conversadora ingeniosa. ¿Cómo puede ser ingeniosa una mujer que no tiene sentido del humor? Y ella no lo tenía en absoluto, lo cual era su defecto principal, como persona y como artista. Sin embargo, era muy habladora, un despiadado conductor en el dormitorio del asiento de atrás:

—No, Billy.[1] Déjate la camisa puesta y no te quites los calcetines el primer hombre que vi en mi vida no llevaba más que la camisa y los calcetines. Mr. Billy Langman. El reverendo Billy. Y hay un no sé qué que me gusta en un hombre con los calcetines puestos y la pilila tiesa y preparada toma Billy coge este almohadón y pónmelo debajo de mi eso es perfecto qué gusto ay Billy qué gusto como con Natasha una vez tuve un lío con una tortillera rusa Natasha trabajaba en la embajada rusa en Varsovia y estaba siempre hambrienta le gustaba esconder una cereza ahí abajo y comérsela ay Billy no puedo *no puedo* coge eso sin sin así súbete bombón y chúpame mi eso es eso es deja que te agarre la pilila ¡pero Billy por qué no eres más! ¡ya sabesi ¡más!

¿Por qué? Porque soy una de esas personas que cuando está sexualmente inmersa necesita un silencio absoluto y el mutismo de una concentración impecable. Quizá se deba a mi formación pubescente como puta barata, y porque he pasado toda la vida esforzándome por complacer a amantes poco brillantes. Por la razón que sea, para poder llegar al clímax y desplomarme en él, tengo que estimular todos mis mecanismos mediante las fantasías más intensas, un embriagador cine mental en el que no es bien recibido el parloteo.

La verdad es que raras veces estoy con la persona con quien estoy, por decirlo de algún modo. Y estoy seguro de que muchos de nosotros, incluso una gran mayoría, compartimos ese estado de dependencia de un escenario interior, con fragmentos eróticos que imaginamos o recordamos, con sombras impertinentes sobre el cuerpo que tenemos encima o debajo. Son imágenes que

---

[1] La traducción de «billy» es «pilila». El juego de palabras se pierde en la traducción. *(N. del T.)*

nuestra mente acepta en el ataque sexual pero que excluye una vez la bestia ha sido expulsada, ya que sin importar lo tolerantes que seamos, esos camafeos resultan intolerables para el vigilante de alma mezquina que hay dentro de cada uno de nosotros.

—Así es mejor Billy mucho mejor mejor déjame cogerte la pililа eso es hmm hmm hmm así *eso* es un momento más despacio más despacio más despacio y más despacio ahora dale dale fuerte dale ay ay *los cojones* haz que me corra ahora más despacio más despacio sacasacasaaaacasacala ahora dale fuerte fuerte ay ay papaíto Jesús ten piedad Jesús Jesús diosmíomaldita papaítotodopoderoso ¡córrete Billy córrete córrete!

¿Cómo voy a correrme si la dama no me deja concentrarme en zonas más provocativas que su rugiente, indisciplinada y fastidiosa persona?

—Vamos vamos haz que me corra.

Así es como retoza la grande mademoiselle de la prensa culta y se abre camino durante una secuencia de sesenta segundos llena de éxitos. Me fui al cuarto de baño, me estiré en la bañera, fría y sin agua, pensé los pensamientos que necesitaba (así como Miss Langman había estado absorta en los suyos, en la pasividad privada que se ocultaba bajo su agitación pública: recordando... ¿la juventud? ¿los destellos inmensamente llamativos del reverendo Billy, despojado de todo menos de la camisa y los calcetines? ¿una lengua meliflua de mujer chupa que te chupa, en una de esas tardes glaciales? ¿o a un italiano pesado como una ballena y con la barriga llena de pasta que se ligó en Palermo, todo un siciliano caliente al que se folló como un cerdo hace infinidad de años?), masturbándome.

Tengo un amigo, que no es marica pero al que le desagradan las mujeres, que me ha dicho:

—Las únicas mujeres de las que me sirvo son Mrs. Puño y sus cinco hijas.

Hay muchas cosas que decir a favor de Mrs. Puño. Es higiénica, nunca arma escándalo, sale gratis, es extremadamente fiel y cuando la necesitas siempre está a mano.

—Gracias —dijo Miss Langman cuando volví al dormitorio—. Es asombroso que alguien de tu edad tenga tanta experiencia. Tanta seguridad. Yo pensaba que acogía a un alumno, pero se diría que este alumno no tiene nada que aprender.

Estilísticamente, la última frase es característica de ella: directa, sentida y sin embargo un tanto *articulada,* literaria. Me resultaba más que evidente lo valioso y halagador que suponía ser el *protégé* de Alice Lee Langman para un joven escritor ambicioso, de modo que a partir de ese momento me fui a vivir al piso de Park Avenue. Boaty, al enterarse, no se atrevió a enfrentarse a Miss Langman, pero intentó al menos envenenar el asunto, de modo que la telefoneó y le dijo:

—Alice, sólo te digo esto porque conociste a la criatura en mi casa. Por ello me siento responsable. ¡Ten mucho cuidado! Se tirará cualquier cosa, mulas, hombres, perros, bocas de incendios. Ayer precisamente me llegó una carta furibunda de Jean (Cocteau). Desde París. Pasó una noche en el hotel Plaza con nuestro *amigo*. Y ahora ¡ha pillado una gonorrea que lo demuestra! Dios sabe qué es lo que no tendrá la criatura. Mejor que vayas a ver a tu médico. Y eso no es todo: ese chico es un ladrón. Ha falsificado cheques en mi nombre por más de quinientos dólares. Le podría meter en la cárcel mañana mismo.

Algunas de estas cosas podrían haber sido ciertas, pero ninguna lo era. ¿Entienden ahora lo que quiero decir con eso de loca asesina?

El asunto no tuvo ninguna importancia. Miss Langman no se habría sorprendido en lo más mínimo aunque Boaty le hubiese demostrado que yo era un estafador que había estafado a una pareja jorobada de hermanos siameses soviéticos hasta quitarles el último rublo. Estaba enamorada de mí. Eso es lo que ella decía, y yo la creía. Una noche, con una voz ondulante y ahogada de tanto vino tinto y dorado, me preguntó si la amaba, pero lo hizo de un modo tan estúpidamente conmovedor y con una sonrisa tan tonta y llorona, que daban ganas de romperle los dientes o de darle un beso. Yo, que no soy más que un mentiroso, le dije que por supuesto. Afortunadamente sólo he sufrido en una ocasión los horrores del amor en su totalidad. Cuando llegue su hora les hablaré de este asunto. Lo prometo. De cualquier modo, volvamos a la tragedia Langman. ¿Es posible, no estoy seguro, amar a alguien si lo primero que nos interesa es el provecho que podemos sacar de esa persona? ¿Acaso no paralizan el afán de lucro, y la culpabilidad que de éste resulta, el desarrollo de otras emociones? Se podría argumentar que incluso las personas más decentemente emparejadas se vieron atraídas inicialmente por el principio de la mutua explotación: sexo, protección, apaciguamiento narcisista; sin embargo, todo eso es trivial, humano: la diferencia entre esto último y la verdadera *utilización* de otra persona es la misma que hay entre las setas comestibles y las que matan: Monstruos Perfectos.

Lo que yo quería de Langman era: su agente, su editor, y su nombre adjunto a un Rodillo Sagrado de críticas sobre mi obra en una de esas publicaciones trimestrales mohosas pero académicamente influyentes. Al final logré estos objetivos y, de un modo deslumbrante, los sobrepasé con creces. Como resultado de sus prestigiosas intervenciones, P. B. Jones fue muy pronto el destinatario de una beca de la Guggenheim (3.000 dólares), de una ayuda del Instituto Nacional de las Artes y las Letras (1.000 dólares) y un adelanto del editor por un libro de relatos cortos (2.000 dólares). Además, nueve de estos relatos los preparó Miss Langman, los cepilló hasta darles un acabado, y después les hizo una reseña: *Plegarias atendidas y otros relatos cortos,* primero en la *Partisan Review* y luego en *The*

New York Times Book Review. El título fue decisión suya. Aunque no hubiese ningún relato que se llamara «Plegarias atendidas», Miss Langman dijo:

—Le va muy bien. Santa Teresa de Avila dijo una vez: «Se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas.» Quizá no sea ésa la cita exacta, pero ya lo miraremos. Lo importante es que a lo largo de tu obra, al menos tal y como yo lo veo, aparecen personas que consiguen alcanzar un objetivo desesperado, mas sólo para que les rebote en contra de ellas mismas, lo cual acentúa y acelera su desesperación. Proféticamente *Plegarias atendidas* no atendió ninguna de mis ruegos. Cuando el libro apareció, muchas figuras clave del aparato literario pensaron que Miss Langman había patrocinado en exceso a su Baby Gigoló (mote inventado por Boaty. También le dijo a todo el mundo: «Pobre Alice. Su *Chéri y El fin de Chéri* han venido a ser lo mismo»), e incluso creyeron que, siendo una artista tan escrupulosa, había manifestado una aterradora falta de integridad.

No pretendo afirmar que mis relatos fuesen de la misma categoría que los de Turguenev y Flaubert, pero, con toda seguridad, eran lo bastante decentes como para no ser totalmente ignorados. Nadie los atacó, lo cual habría sido mejor y menos doloroso que este vacío gris que me producía náuseas y me hacía sentirme rechazado y paralizado, al mismo tiempo que hizo nacer en mí un ansia matutina de martinis. Miss Langman estaba tan angustiada como yo. Decía compartir mi decepción, pero la causa secreta de su angustia era que sospechaba que las dulces aguas de su cristalina reputación se habían enturbiado.

No puedo olvidarla, sentada en su salón perfectamente decorado, con sus bellos ojos enrojecidos por la ginebra y las lágrimas, asintiendo y asintiendo con la cabeza una y otra vez, tragándose cada una de las palabras mezquinas que me inspiraba la ginebra y todas las culpas que yo le echaba por el fracaso de mi libro, por mi derrota, por mi frío infierno. Y ella asentía y asentía con la cabeza una y otra vez, mordiéndose los labios, conteniendo cualquier muestra de venganza y tragando, porque, mientras ella era fuerte porque estaba segura de sus dones, yo era débil y paranoico porque no estaba seguro de los míos, y porque ella sabía que una verdad repentina que me dijese sería mortal. Porque temía que, si yo la abandonaba, perdería al último de sus *chéri*.

Hay un viejo dicho lejano: las mujeres son como serpientes de cascabel, lo último que muere es la cola.

Por un polvo, algunas mujeres son capaces de aguantar cualquier cosa durante toda su vida. Y según me han dicho, a Miss Langman le entusiasmaban los polvos hasta que la mató un infarto. Sin embargo, como dijo Kate McCloud: «Un buen revolcón equivale a la vuelta al mundo, y en más de un sentido.» Y Kate McCloud, como todos sabemos, sabía de lo que hablaba: Dios mío, si a Kate le salieran tantas pollas como le han metido, parecería un puerco espín.

Pero Miss Langman, que en paz descanse, había concluido su intervención con *La historia de P.B. Jones,* una película de Paranoide Films en colaboración con Producciones Príapo; porque P.B. ya había topado con el futuro. El futuro se llamaba Denham Fouts, o Denny, como le llamaban sus amigos, entre ellos Christopher Isherwood y Gore Vidal, los cuales, después de morir Denny, le empalaron en sus propias obras como personaje principal. Vidal en su relato «Pages from an Abandoned Journal» e Isherwood en su novela *Down There on a Visit.*

Mucho antes de que emergiera en mi bahía, Denny me era ya una leyenda muy sabida, un mito titulado: El muchacho mejor mantenido del mundo.

A los dieciséis años, Denny vivía en Florida, en un miserable pueblo de paso, y trabajaba en la panadería de su padre. Su salvación, otros dirían su perdición, llegó una mañana bajo la forma grasienta de un millonario dentro de un descapotable, un Duesenberg nuevo del año 1936 hecho a la medida. El tipo era un magnate de los cosméticos cuya fortuna procedía en gran parte de una loción bronceadora muy famosa. Se había casado dos veces, pero prefería a los Ganimades de entre catorce y diecisiete años. Cuando vio a Denny debió de sentirse como un coleccionista de porcelanas antiguas que, perdido en una tienda de trastos viejos, encuentra un juego «cisne blanco» de Meissen; ¡qué conmoción!, ¡qué codicioso escalofrío! Compró donuts, invitó a Denny a dar una vuelta en el Duesenberg, e incluso le ofreció llevar el volante. Y esa misma noche Denny ya se encontraba a ciento cincuenta kilómetros de distancia, en Miami, sin haber vuelto a casa ni siquiera por una muda. Un mes después, sus afligidos padres, que ya habían perdido toda esperanza después de haber enviado equipos de búsqueda por todos los pantanos del lugar, recibieron una carta con matasellos de París. La carta constituyó la primera entrada de un álbum de recortes de muchos volúmenes: *Los viajes universales de nuestro hijo Denham Fouts.*

París, Túnez, Berlín, Capri, Saint Moritz, Budapest, Belgrado, Cap Ferrat, Biarritz, Venecia, Atenas, Estambul, Moscú, Marruecos, Estoril, Londres, Bombay, Calcuta, Londres, Londres, París, París, París, y su primer propietario había sido dejado atrás, sí, muy atrás, allá por Capri, cariño. Ya que fue en Capri donde Denny le echó el ojo a un bisabuelo de setenta años que también era director de los Petróleos Holandeses, y se fugó con él. Pero este caballero perdió a Denny en manos de la realeza, del príncipe Pablo, más tarde el rey Pablo de Grecia. La edad del príncipe era mucho más próxima a la de Denny, y el cariño que sentían el uno por el otro estaba bastante equilibrado, tanto era así, que una vez, en Viena, fueron a hacerse el mismo tatuaje, una pequeña insignia azul encima del corazón, aunque no recuerdo lo que era o cuál era su significado. Tampoco recuerdo cómo terminó el asunto, excepto que el Fin fue una disputa que se originó cuando Denny esnifó cocaína en el bar del hotel Beau Rivage de

Lausana. Pero Denny, al igual que Porfirio Rubirosa, otro mito que pululaba de boca en boca dentro del circuito continental, ya había generado por entonces el *une qua non* del aventurero con éxito: el misterio y el deseo popular de escudriñar sus orígenes. Por ejemplo, Doris Duke y Barbara Hutton habían pagado, con fines prácticos, un millón de dólares para descubrir si mentían las damas que elogiaban a ese pedazo de puto con pelo de lunático, su Excelencia el embajador dominicano Porfirio Rubirosa, y que gemían en honor de la gruesa eficacia de esa polla cuarterona, al parecer, un plomo color café au lait de veintiocho centímetros, gorda como la muñeca de un hombre (según las hilanderas que habían enhebrado ambos prodigios en sus chismes, sólo el Sha de Irán era comparable al embajador en el desfile de pollas). En cuanto al bueno del difunto príncipe Ali Khan, que era un auténtico traficante y un buen amigo de Kate McCloud, pues bien, en cuanto a Ali, lo único que ese brigada de farsa de Feydeau quería saber era: «¿Es verdad que ese semental puede tenerla metida toda una hora, cinco veces al día, y sin correrse?» Supongo que ya la saben, pero, por si no la saben, la respuesta es sí. Se trata de un artificio oriental, prácticamente un truco mágico llamado *karezza,* cuyo ingrediente principal no es la potencia espermática sino el control imaginativo, es decir, al mismo tiempo que uno chupa y folla, hay que imaginar en todo momento una simple caja de cartón o un perro corriendo al trote. Claro que, al mismo tiempo, hay que atiborrarse de ostras y de caviar, y no tener ninguna ocupación que interfiera en la actividad de comer, roncar y concentrarse en simples cajas de cartón.

Hubo mujeres que experimentaron con Denny: la Honorable Daisy Fellowes, la heredera americana de las máquinas de coser Singer, que tiró de él por todo el Egeo a bordo de su yatecito, el *Sister Anne.* Sin embargo, el principal contribuyente a la cuenta bancaria de Denny en Ginebra siguió siendo la pareja más rica de viejos con pasta, un chileno del *tout Parts,* Arturo López Willshaw, el mayor proveedor de guano, mierda de pájaro fosilizada, en nuestro planeta, y el marqués de Cuevas, compañero de viaje de Diaghilev. Pero en 1938, durante una visita a Londres, Denny encontró a su último y definitivo mecenas: Peter Watson, heredero de un magnate de la margarina, que no sólo era otro marica rico, sino que en su estilo intelectual, encorvado y con labios amargos, era uno de los hombres más atractivos de Inglaterra. La revista *Horizon* de Cyril Connolly fue creada y mantenida gracias a su dinero. El círculo de Watson se quedó muy consternado al enterarse de que su severo amigo, que habitualmente había mostrado un interés convencional por simples marineros jovencitos, estaba ahora chiflado por el célebre Denny Fouts, aquel «play-boy exhibicionista», aquel drogadicto, aquel americano que hablaba como si tuviera la boca llena de medio kilo de gachas de maíz de Alabama.

Pero sólo los que habían experimentado el sometimiento a Denny, aquella su fuerza estrangulante que acercaba a su víctima de un modo atormentador al ensueño final, podían valorar su encanto. A Denny sólo le iba un papel, el de Amado, ya que nunca había sido más que eso. Ahora bien, exceptuando algún intercambio esporádico con el «comercio» marítimo, el tal Watson había sido siempre el Amado, un personaje muy solicitado cuya conducta con sus admiradores había sobrepasado muchas veces la de Sade (en una ocasión, Watson emprendió un viaje alrededor del mundo con un joven aristócrata locamente enamorado de él al que le infligía el castigo de no permitirle un solo beso o caricia, a pesar de que noche tras noche durmieran en la estrechez de la misma cama; o, mejor dicho, Mr. Watson dormía mientras su amigo, absolutamente íntegro pero en estado de desintegración, se retorcía de insomnio y de dolor de escroto).

Evidentemente, como suele ocurrir en los hombres con una vena sádica, Watson tenía paralelamente impulsos masoquistas. Sin embargo, tuvo que aparecer Denny para que, con su instinto de *puttana,* adivinase sus calladas necesidades propias de un cliente avergonzado, y actuar en consecuencia. Una vez se han vuelto las tornas, sólo el que humilla puede valorar los extremos más dulces de la humillación: Watson estaba enamorado de la crueldad de Denny, pues Watson era un artista que reconocía la valía de un artista superior, capaz de lograr que Mr. Watson, con su elegancia a la quinina, se quedara tieso, víctima de unos comas de celos que le quitaban el sueño por completo y le dejaban en un estado de deliciosa desesperación. El Amado utilizó incluso su adicción a las drogas para obtener ventajas sadorrománticas, dado que Watson, aunque obligado a suministrarle el dinero que servía para financiar un hábito que deploraba, tenía la convicción de que únicamente su amor y sus cuidados podrían liberar al Amado de una sepultura de heroína. Cuando el Amado deseaba de verdad una vuelta de tuerca, sólo tenía que recurrir a su botiquín.

Al parecer, fue esta preocupación por el bienestar de Denny lo que condujo a Watson en 1940, al inicio del bombardeo alemán, a insistir en que Denny abandonase Londres y regresara a los Estados Unidos, un viaje que Denny hizo con Jean, la esposa americana de Cyril Connolly, como carabina. Esta pareja no volvería a reunirse de nuevo; Jean Connolly, un personaje biológico y esplendoroso, se desmayó y volvió en sí como resultado de una hégira bulliciosa a campo traviesa, un jolgorio a lo Denny-Jean saturado de marihuana, *marines,* marineros y soldados.

Denny pasó la guerra en California, algunos años como prisionero en un campo para objetores de conciencia; sin embargo, fue al principio de su época californiana cuando conoció a Christopher Isherwood, el cual trabajaba en Hollywood como guionista de cine. Así es como Isherwood describe a Denny (o

a Paul, como él le llama) según su cita de la novela suya que he mencionado anteriormente y que he consultado esta mañana en la biblioteca pública:

«La primera vez que puse mis ojos en Paul, al verle entrar en el restaurante, recuerdo que caminaba con una verticalidad extraña, parecía casi paralítico por la tensión. Siempre había sido delgado, pero aquel día tenía la delgadez escuálida de un muchacho. Iba vestido como un adolescente, con un aire exagerado de inocencia con el que parecía atreverse a desafiarnos. Por la monotonía de su traje negro, un traje estrecho y sin hombreras, la camisa absolutamente blanca y la corbata toda negra, se diría que acababa de llegar a la ciudad procedente de un internado religioso muy estricto. Pero esa forma de vestir tan juvenil no me pareció ridícula, ya que iba bien con su aspecto. Sin embargo, como sabía que Denny se iba dejando la veintena, esa misma juventud encerraba un efecto un tanto siniestro, como de algo arcanamente conservado.»

Siete años más tarde, cuando me fui a vivir al 33 de la rue du Bac, dirección de un piso que Peter Watson tenía en la Rive Gauche de París, me encontré con un Denham Fouts que, aunque estaba más pálido que el marfil de su pipa de opio preferida, no había cambiado mucho respecto al amigo californiano de Herr Issyvoo: su aspecto seguía siendo vulnerablemente joven, como si la juventud fuese una solución química en la que Fouts estuviese constantemente encarcelado.

Pero ¿qué ocurrió para que P.B. se encontrase en París, huésped en el crepúsculo de techos altos de aquellas habitaciones sinuosas de cerradas contraventanas?

Un momento, por favor. Voy a bajar a las duchas. Por séptimo día consecutivo, el calor de Manhattan ha alcanzado los treinta y cinco grados o más.

Algunos de los sátiros cristianos de esta residencia se dan tantas duchas y se entretienen tanto en ellas que parecen muñequitas de celulosa empapadas, pero son chicos jóvenes y la gran mayoría están bien hechos. Sin embargo, el más obsesionado de estos fanáticos del sexo higiénico, y, asimismo, un incansable cazador-fantasma que va chancleteando por los pasillos de los dormitorios, es un tipo con el apodo de «el encías». Cojea, está tuerto del ojo izquierdo, y tiene una llaga supurante y persistente en la comisura de los labios, con hoyos que le marcan la piel a modo de tatuajes diabólicos y pestilentes. Acaba de rozarme el muslo con la mano y he fingido no darme cuenta. Sin embargo, su contacto me ha producido una sensación irritante, como si sus dedos fuesen tablillas de ortigas abrasadoras.

Ya hacía varios meses que había salido *Plegarías atendidas* cuando me llegó desde París esta breve misiva: «Apreciado Mr. Jones. Sus cuentos son geniales. Al

igual que la foto de Cecil Beaton. Le ruego se reúna aquí conmigo como mi invitado. Le adjunto un pasaje de primera clase en el Queen Elizabeth, que zarpará el 24 de abril desde Nueva York a Le Havre. Si precisa usted de alguna referencia, pregúnteselo a Beaton, un viejo conocido. Atentamente, Denham Fouts.»

Como he dicho, había oído contar un montón de cosas acerca de Mr. Fouts, al menos lo suficiente para saber que no había sido mi estilo literario lo que había provocado su atrevida carta, sino la foto que Beaton me había hecho para la revista de Boaty, la misma foto que yo había utilizado para la sobrecubierta de mi libro. Más tarde, cuando conocí a Denny, comprendí qué es lo que había en aquel rostro que le había impactado hasta el punto de disponerle a arriesgar una invitación y respaldarla con un regalo que no podía permitirse. No *podía* porque Peter Watson, que estaba de él hasta el gorro, le había abandonado, y ahora vivía al día y con derechos de squatter en el apartamento de Watson en París, sobreviviendo a base de limosnas ocasionales de amigos leales y viejos pretendientes a los que mediochantajeaba. La foto daba una idea de mí totalmente falsa, un muchacho cristalino, candoroso, sin mácula, fresco como el rocío y reluciente como las gotas de lluvia en abril. Ja, ja, ja.

En ningún momento se me ocurrió no ir, ni tampoco se me ocurrió contarle a Alice Lee Langman que iba. Alice se fue al dentista y, al llegar a casa, se encontró con que yo había hecho el equipaje y me había ido. No me despedí de nadie, lo único que hice fue largarme. Yo soy el típico individuo, por lo demás muy común, que podría ser tu más íntimo amigo, un amigacho con el que hablas cada día. Ahora bien, si un día se te pasa quedar conmigo, si se *te* olvida llamarme, se acabó, no volveríamos a hablarnos, ya que *yo* nunca *te* llamaría. He conocido a lagartos con esa sangre fría y nunca les he comprendido, aunque yo sea uno de ellos. Y sí, me largué: zarpé a medianoche, mi corazón latía con la estridencia de unos gongs que sonaran estrepitosamente, como chimeneas dando alaridos en un tono ronco. Recuerdo haber observado el resplandor vacilante de las luces de Manhattan a medianoche, oscureciéndose en temblorosos riachuelos de confeti, unas luces que no volvería a ver en doce años. Y recuerdo que bajé tambaleándome al camarote de clase turista (tras haber cambiado mi pasaje de primera clase y embolsarme la diferencia), y resbalé en un charco de vómitos de champán, y me disloqué el cuello. Lástima no habérmelo roto.

Cuando pienso en París, me resulta tan romántico como un *pissoir* inundado, y tan seductor como un cuerpo desnudo y ahogado que flotara por el Sena. Son recuerdos azules y nítidos, como las imágenes que emergen entre los lánguidos barridos de un limpiaparabrisas. Y ya que siempre es invierno y llueve, me veo a mí mismo saltando por los charcos, o bien me veo hojeando el *Time* en la terraza desierta del Deux Magots, ya que también es siempre una tarde de domingo en

agosto. Y me veo en los hoteles, despertándome en habitaciones sin calefacción, habitaciones que se ondulan y deforman bajo la resaca de Pernod. Y me veo cruzando la ciudad y los puentes, atravesando el desierto pasillo con vitrinas que enlaza las dos entradas del hotel Ritz, me veo esperando en el bar del Ritz a que aparezca un acaudalado rostro americano, y bebiendo de gorra primero allí, después en el Boeuf sur le Toit y en la Brasserie Lipp, para sudarlo todo hasta que amanece en algún tugurio cargado de putas y negros sobones, y de humo azul de los Gauloises *bleues*. Y me veo despertar de nuevo en una habitación inclinada y torcida como vista en el ojo exuberante de un cadáver. Reconozco que mi vida no era la de un francés normal y corriente, pero ni los mismos franceses pueden soportar Francia. O, mejor dicho, adoran su país pero desprecian a sus compatriotas, dado que son incapaces de perdonarse unos a otros los pecados que comparten: el recelo, la tacañería, la envidia y la mezquindad en general. Cuando se ha llegado al punto de aborrecer un lugar, es difícil acordarse de haber sentido algo diferente en otro momento. Sin embargo, por un instante minúsculo tuve una opinión distinta. Vi París como Denny quería que lo viese y cómo a él mismo le habría gustado seguir viéndolo.

(Alice Lee Langman tenía un gran número de sobrinas, y en una ocasión una de ellas, la mayor, una jovencita del campo muy educada llamada Daisy que nunca había salido de Tennessee, vino a conocer Nueva York. Me quejé cuando apareció porque su presencia significaba que yo tendría que desaparecer temporalmente del piso de Alice. Y lo que es peor, me tocó cargar con Daisy por toda la ciudad, enseñarle las Rockettes, la punta del Empire State Building, el ferry de Staten Island, alimentarla con los perritos calientes en Coney Island y con las habichuelas empanadas del Automat, en fin, toda esa basura. Ahora lo recuerdo con una nostalgia salobre. Daisy, sí, Daisy se divirtió mucho, y yo me divertía aún más, ya que para mí fue como si hubiera escalado por dentro de su cabeza y, desde el interior de aquel observatorio virgen, lo hubiese contemplado y saboreado todo. «Oh —decía Daisy, cogiendo una cucharada de su helado de pistache en Rumpelmayer—, esto es soberbio.» Y «Oh —dijo Daisy un día que nos sumamos en Broadway a un gentío que estaba animando a un suicida a saltar del alféizar de una ventana del antiguo Roxy—, de verdad que esto es soberbio».)

En París, yo fui Daisy. No hablaba una palabra de francés y no lo habría hecho nunca si no hubiera sido por Denny. Me obligó a aprenderlo, negándose a hablar cualquier otra cosa, a menos que estuviéramos en la cama: bueno, déjenme que se lo explique, aunque quería que compartiésemos la cama, su interés por mí era romántico y no sexual; tampoco se sentía inclinado hacia ninguna otra persona. Decía que no le habían cuadrado el círculo del culo desde hacía dos años, ya que el opio y la cocaína le habían quitado las ganas de todo. Por las tardes íbamos a veces a los cines de los Champs Elysées, y en un momento dado,

cuando empezaba a sudar un poco, se precipitaba hacia los lavabos de caballeros y se suministraba una dosis de droga. Por las noches inhalaba opio o sorbía té de opio, un brebaje que elaboraba haciendo hervir en agua las cortezas de opio que había ido acumulando en su pipa. Sin embargo, Denny no era ningún blando. No lo vi nunca abatido o debilitado por las drogas.

Sólo quizá al final de la noche, cuando la luz del día se acercaba y bordeaba las cortinas echadas del dormitorio, Denny podía perder un poquito el pie y, de carambola, degenerar en un arranque curvilíneo y opaco. «Dime, chico, ¿has oído hablar alguna vez del Café La Reina Negra del padre Flanagan? ¿Te suena de algo? Te apuesto los huevos a que sí. Aunque nunca hayas oído hablar de él y pienses quizá que es alguna pocilga nocturna de Harlem, aun así, lo conoces por *algún* nombre y por supuesto sabes lo que es y dónde está. En una ocasión me pasé un año en California, meditando en un monasterio, bajo la super-supervisión de Su Santidad, el reverendísimo Mr. Gerald Heard. Y busqué esa Cosa Significativa. Esa... Cosa Divina. *Juro que lo intenté.* Ningún hombre ha estado nunca más desnudo. Me acostaba pronto y me levantaba pronto, y rezaba, rezaba, nada de alcohol y ni una calada, ni siquiera me la meneaba. Y el único resultado de esa pútrida tortura fue... el Café La Reina Negra del padre Flanagan. Y ahí lo tienes, justo donde Cristo perdió el gorro. Más allá de los estercoleros. Ten cuidado. No pises la cabeza cortada. Y ahora llama a la puerta. Llama llama. Voz del padre Flanagan: «¿Quién te envía?» Cristo, por el amor de Cristo. Irlandés más que idiota. En el interior... se está...muy...a gusto. Porque en todo ese gentío no hay ningún ganador. No hay más que marginados, y sobre todo niños bien cebados con cuentas numeradas en el Crédit Suisse. De modo que ya puedes soltarte la melena, cenicienta. Y reconoce que lo que tenemos aquí son auténticas reinas. ¡Qué descanso! Basta con echar las cartas, pedir una Coca-Cola y bailotear un poquito con un viejo amigo, como aquel chico *divino* de doce años que me sacó una navaja de boy-scout y me robó mi precioso reloj ovalado de Cartier. ¡Ay, el Café de Maricas Negros! ¡Fresco y verde, tranquilo como una tumba! Por eso me drogo, no me basta con simples y aburridas meditaciones para meterme allí, para quedarme allí, quedarme allí oculto y feliz con el padre Flanagan y sus Miles de Marginados, él y todos los demás judíos, negros, hispanos, maricas, tortilleras, drogotas y rojos. Feliz de estar ahí abajo, en el lugar al que pertenezco: Sí señor, sí buana. Salvo que el precio es demasiado alto: me estoy matando.»

Después, renunciando a su repulsivo tono cómico y violento:

—De verdad, que me estoy matando, y lo sabes. Pero el conocerte me ha hecho cambiar de ideas. No tendría nada contra la vida, con tal que vivieras conmigo, Jonesy. Lo cual significa arriesgarme a una cura, porque *es* un riesgo. Ya lo hice una vez. En una clínica de Vevey. Y cada noche se me caían las montañas encima, y cada mañana quería ahogarme en el lago Léman. Pero ¿vivirías conmigo

si la hiciera? Podríamos volver a los Estados Unidos y comprar una gasolinera. No, no estoy bromeando. Siempre he deseado tener una gasolinera. En alguna parte de Arizona, o en Nevada, la última oportunidad de llenar el depósito. Allí tendríamos toda la calma del mundo, y tú podrías escribir relatos. Básicamente estoy muy bien de salud. Y también soy un buen cocinero.

Denny me ofrecía drogas, pero yo las rechazaba y él nunca insistía, aunque una vez me dijo: «¿Tienes miedo?» Sí, pero no de las drogas, lo que me asustaba era la vida desidiosa de Denny, y no quería imitarle en lo más mínimo. Me resulta extraño recordarlo, pero yo había conservado la fe: me consideraba a mí mismo un joven serio y seriamente colmado de dones, y no un vago oportunista o un estafador de sentimientos que se había taladrado a Miss Langman hasta que ésta se convirtió en un geiser de Guggenheims. Yo sabía que era un hijo de puta, pero me perdonaba a mí mismo, ya que al fin y al cabo era un hijo de puta *nato,* un joven con talento que sólo estaba comprometido con su talento. A pesar de los trastornos nocturnos, los ardores del coñac y los escozores de estómago que me causaba el vino, me las arreglaba para sacar diariamente cinco o seis páginas de una novela. No permitía que nada interrumpiera esta actividad y, en ese sentido, Denny era una presencia dañina, un pasajero opresivo. Tenía la impresión de que si no me deshacía de él, igual que Simbad del Viejo molesto, tendría que arrastrar a Denny como a un cerdito por la cola durante el resto de su vida. Sin embargo, le tenía aprecio y no quería abandonarle, al menos mientras siguiera incontrolablemente narcotizado. De modo que le dije que hiciese la cura, pero añadí:

—No hagamos promesas. Después, puede que quieras echarte a los pies dé la cruz o fregar orinales para el doctor Schweitzer. O quizá sea ése *mi* destino.

¡Qué optimista era yo en aquellos días resguardados! En comparación con los asedios que he soportado desde entonces, espantar moscas tsé-tsé y fregar orinales con la lengua sería un nirvana meloso.

Quedó decidido que Denny haría el viaje solo hasta la clínica de Vevey. Nos despedimos en La Gare de Lyon. Se había tomado algo, y el fresco color de su cara, esa cara de ángel severo y vengativo, le daba aspecto de veinteañero. Su agitada conversación trató desde el tema de las gasolineras hasta el hecho de que en una ocasión estuvo en el Tíbet. Y Denny dijo al final:

—Si sale mal, te pido que hagas lo siguiente: destruye todo lo que sea mío. Quema toda mi ropa. Mis cartas. No quisiera darle ese placer a Peter.

Quedamos en no ponernos en contacto hasta que Denny hubiese abandonado la clínica. Después, probablemente, nos reuniríamos para irnos de vacaciones a algún pueblecito costero cerca de Nápoles, a Positano o Ravelo.

Como mi intención no era ésa y tampoco pensaba volver a ver a Denny si podía evitarlo, me fui del piso de la rué du Bac y me mudé a una pequeña

habitación abuhardillada del hotel Pont Royal. Por aquella época, el Pont Royal tenía un barecito en los sótanos que era el bebedero de los traseros gordos de la haute Bohéme. Sartre, el estrábico y pálido fumador de pipa, así como su amante solterona De Beauvoir, se quedaban apuntalados en una esquina como dos muñecos de ventrílocuo abandonados. Con frecuencia veía por allí, nunca sobrio, a Koestler, un enano agresivo con los puños muy sueltos. Y a Camus, delgado como una caña, cortado y cortante, un hombre de pelo crespo castaño, los ojos húmedos de vida y una expresión inquieta y constantemente atenta: una persona abordable. Sabía que era asesor de Gallimard, y una tarde yo mismo me presenté ante él como un escritor americano que había publicado un libro de cuentos, ¿lo leería con idea de que Gallimard hiciera una traducción? Más tarde, Camus me devolvió el ejemplar que le había enviado, con una nota en la que decía que su insuficiente dominio del inglés no le permitía establecer un juicio, pero que su impresión era que tenía cierta habilidad para crear personajes y tensión dramática. «Sin embargo, encuentro los cuentos demasiado precipitados e incompletos, pero si tiene usted alguna otra cosa, déjeme verla.» Posteriormente, siempre que me encontraba con Camus en el Pont Royal, o, como en una ocasión, en una fiesta al aire libre de Gallimard en la que me había colado, asentía siempre con la cabeza y me sonreía dándome ánimos.

Otro cliente al que conocí en ese bar, y que era bastante simpático, fue la vizcondesa Marie Laure de Noailles, poetisa muy apreciada y una *saloniste* que presidía un salón donde se contaba con que de un momento a otro se materializasen las presencias ectoplasmáticas de Proust y de Reynaldo Hahn. Marie Laure era la excéntrica esposa de un rico aristócrata marsellés aficionado a los deportes, y compañera afectuosa, quizá poco selectiva, de los Julien Sorel de la época: justo la máquina tragaperras que yo andaba buscando. *Mais alors,* otro joven aventurero americano, Ned Rorem, se quedó con el premio gordo. A pesar de los defectos de Marie Laure —doble papada, labios gruesos como de picadura de abeja y un peinado con la raya en medio, duplicado pavoroso del retrato que Lautrec le hizo a Oscar Wilde— era evidente lo que Rorem veía en Marie Laure (un elegante tejado sobre su cabeza y alguien capaz de promocionar sus melodías en la estratosfera de la Francia musical), pero a la inversa no era tan evidente. Rorem venía del mediooeste, era un marica cuáquero, o lo que es lo mismo, un cuáquero marica, una combinación insoportable de conducta infernal y de piedad santurrona. Se tenía por la reencarnación de Alcibíades, teñido por el sol, dorado, y muchas personas tenían esa misma opinión, aunque yo no figuraba entre ellas. Por de pronto, poseía un cráneo de contornos criminales, plano por detrás como el de Dillinger; y su cara, blanda y dulce como una masa de pastel, era una mala mezcla de debilidad y voluntariedad. Sin embargo, es posible que esté siendo injusto, porque yo envidiaba a Rorem; envidiaba su educación, su reputación de

muchacho prometedor mucho más firme que la mía, y su mayor éxito en su papel de Consolador Viviente con las Viejas Pellejas, como llamamos los gigolos a nuestros talonarios femeninos. Si les interesa el tema, prueben a leer las confesiones de Ned en su *Paris Diary;* está bien escrito y es cruel como sólo podría serlo un cuáquero marginal con una inclinación a la franqueza. Me pregunto lo que pensó Marie Laure cuando leyó el libro. Claro que ya había hecho frente a males más severos que los que las revelaciones lacrimógenas de Ned podían infligirle. Su último compañero, o al menos el último que yo haya conocido, fue un artista búlgaro muy velludo que se suicidó cortándose las venas y, acto seguido, empuñando un pincel y con su arteria cortada como paleta, revistió dos paredes con un mural abstracto, todo de color carmesí, de trazos atrevidos.

En realidad, al bar del Pont Royal le debo haber hecho muchas amistades, incluyendo a la primera expatriada americana, Miss Natalia Barney, una heredera de espíritu y costumbres independientes que estuvo domiciliada en París durante más de sesenta años.

Mis Barney vivió en el mismo piso durante todas esas décadas, una suite con habitaciones sorprendentes que daban a un patio de la rué de l'Université. Vidrieras de colores en las ventanas y vidrieras de colores en los tragaluces, un tributo al Art Nouveau que habría conducido al pequeño Boaty a un estado delirante como de perro loco: lámparas Lauque esculpidas como ramilletes de rosas lácteas, mesas medievales abarrotadas de fotografías de amigos enmarcados en oro y carey: Apollinaire, Proust, Gide, Picasso, Cocteau, Radiguet, Colette, Sarah Bernahrdt, Stein y Toklas, Stravinsky, las reinas de España y Bélgica, Nadia Boulanger, la Garbo bien arrimadita a su vieja amigocha Mercedes D'Acosta, y Djuna Barnes, esta última una apetitosa pelirroja con labios de pimiento difícilmente reconocible como la áspera autora de *El bosque de la noche* (y como la heroína ermitaña en versión moderna de Patchin Place). Cualquiera que fuese su edad real, que debía de ser de ochenta o más años, Miss Barney, normalmente ataviada con viril franela gris, tenía aspecto de anacarada cincuentona. Disfrutaba conduciendo, e iba por todas partes en su Bugatti esmeralda descapotable, daba vueltas por el Bois o se iba a Versalles las tardes agradables. De vez en cuando, me pedía que fuese con ella, ya que Miss Barney disfrutaba echando sermones, y su impresión era que yo tenía aún mucho que aprender.

En otra ocasión hubo otro invitado, la viuda de Miss Stein. La viuda quería ir a una tienda italiana de ultramarinos, donde, según ella, era posible comprar una trufa blanca única que procedía de las colinas que rodean Turín. La tienda estaba en un barrio alejado, y mientras atravesábamos el barrio con nuestro coche, la viuda dijo de pronto:

—Pero ¿no está por aquí el estudio de Romaine? Miss Barney, al mismo tiempo que me lanzaba una mirada inquietante y especulativa, respondió:

—¿Paramos aquí? Tengo una llave.

La viuda, una araña con bigote que tanteaba sus artejos, se frotó sus manos enfundadas en guantes negros y dijo:

—¡Qué barbaridad! ¡Hará por lo menos treinta años!

Tras subir seis tramos de una escalera de piedra en el interior de un austero edificio que olía a orín de gato, esa colonia persa (y también romana), llegamos al estudio de Romaine, quienquiera que fuese la tal Romaine; ninguna de mis acompañantes dio explicaciones acerca de su amiga, pero tuve la impresión de que ya había muerto, y que Miss Barney conservaba el estudio como una especie de destartalado museo-santuario. Una luz de tarde húmeda se filtraba por los tragaluces color gris mugriento y se entreveraba con los objetos de la inmensa habitación: sillas amortajadas, un piano con un mantón español, candelabros españoles con velas medio consumidas.

Cuando Miss Barney le dio al interruptor, no ocurrió nada.

—¡Que el diablo se lo lleve! —dijo de pronto, muy a lo americana de las praderas, y encendió un candelabro que llevó consigo mientras nos conducía por toda la habitación para que contempláramos las pinturas de Romaine Brook. Es posible que hubiera unas setenta, todas ellas retratos de un realismo insípido y exagerado. Eran retratos de mujeres, y todas aparecían vestidas de un modo idéntico, completamente equipadas con corbatín blanco y trenzas. ¿Saben ustedes cómo se sabe cuándo hay algo de lo que uno no va a olvidarse? Yo no iba a olvidar aquel momento, esa habitación, esa exhibición de mujeres machotas, todas ellas, a juzgar por sus peinados y cosméticos, pintadas entre 1917 y 1938.

—Violet —declaró la viuda al examinar el retrato de una rubia escuálida, con el pelo a lo garçon y un monóculo que le aumentaba un ojo acerado—. A Gertrudis le gustaba. En cambio, a mí me parecía una chica cruel. Recuerdo que tenía una lechuza, y la guardaba en una jaula tan pequeña que no podía moverse. El bicho permanecía quieto, con las plumas que se le salían por los hierros. ¿Vive aún Violet?

Miss Barney asintió con la cabeza:

—Tiene una casa en Fiésole, y está como un roble. Me han dicho que ha seguido el tratamiento de Niehans.

Finalmente llegamos a un personaje al que reconocí como la llorada compañera de la viuda, y que aparecía representada con una copa de coñac en la mano izquierda y un puro en la otra. No era la monolítica madre tierra color marrón que nos hizo creer Picasso, sino más bien un personaje al estilo de

Diamond Jim Brady,[1] una barrigona vanidosa, cosa que uno sospecha más cercana a la verdad.

—Romaine —dijo la viuda, mientras alisaba su frágil bigote—, Romaine tenía cierta técnica, pero no era una *artista.*

Miss Barney lamentó no estar de acuerdo:

—Romaine —afirmó con un tono tan helado como las pendientes alpinas— era un poco limitada. Pero fue una gran *artista.*

Fue Miss Barney la que me concertó una cita con Colette, a la que yo quería conocer. No con fines oportunistas, como es habitual en mí, sino porque Boaty me había iniciado en su obra (les ruego tengan presente que soy, intelectualmente, un autostopista que va acumulando saber en las carreteras y bajo los puentes) y la respetaba: *Chez maman* es magistral, y su habilidad para jugar con los datos sensoriales, el gusto, el olor, el tacto, la vista, no tiene parangón.

Además sentía curiosidad por esta mujer. Mi idea era que una persona que ha vivido tan extensamente como ella, que era tan inteligente como ella, debía de tener algunas respuestas. De modo que me sentí muy agradecido cuando Miss Barney consiguió que pudiera tomar el té con Colette en su piso del Palais Royal.

—Pero —me advirtió Miss Barney por teléfono— no la canses quedándote demasiado tiempo, ha estado enferma todo el invierno.

Es verdad que Colette me recibió en su dormitorio, sentada en una cama dorada a la Louis Quatorze en su besamanos matinal; pero, por otra parte, parecía tan indispuesta como un watusi pintarrajeado que dirigiera un baile tribal. Su *maquillage* estaba a la altura de tal ocupación: ojos oblicuos y luminosos como los de un perro braco de Weimar, circuidos de kohl. Un rostro enjuto e inteligente empolvado con la palidez de un payaso. Sus labios, teniendo en cuenta su edad, eran de un rojo viscoso y brillante, como de corista excitante. Y sus cabellos eran rojos o rojizos, como un rubor sonrosado, una espuma ensortijada. Su perfume impregnaba la habitación (en un momento dado le pregunté qué era y Colette dijo: «Es Jicky. La emperatriz Eugenia se lo ponía siempre. Me gusta porque es una fragancia anticuada con una historia elegante, y también porque es picante sin ser grosero, como ocurre con los mejores conversadores. Proust se lo ponía. Eso al menos me ha dicho Cocteau. Aunque Cocteau no sea demasiado de fiar»), su perfume, y el olor de las cestas de frutas, así como la brisa de junio que agitaba las cortinas de gasa.

Una doncella trajo el té, dejando la bandeja sobre la cama ya abarrotada de gatos soñolientos y cartas, libros y revistas, y diversos objetos de adorno, sobre

[1] Jim Brady, popular, gordo y ostentoso millonario norteamericano cuyo apodo «Diamond» se debía a su costumbre de adornarse el cuerpo y la ropa con docenas de diamantes. *(N. del T.)*

todo un montón de antiguos pisapapeles franceses de cristal. Muchos de estos objetos preciosos aparecían expuestos sobre las mesas y en la repisa de la chimenea. Era la primera vez que veía uno. Al darse cuenta de mi interés, Colette cogió un espécimen y lo hizo brillar a la luz amarilla de una lámpara:

—A éste lo llaman La Rosa Blanca. Como puede ver, en el centro de este cristal purísimo hay una rosa blanca. Procede de la fábrica de Clichy y es de 1850. Todos los grandes pisapapeles fueron creados entre 1840 y 1900 por sólo tres casas, Clichy, Baccarat y St. Louis. Cuando empecé a comprarlos en los rastros y otros sitios por el estilo no eran excesivamente caros, pero en las últimas décadas se ha puesto de moda coleccionarlos, una auténtica manía, y los precios son ahora desorbitados. Pero a mí —Colette lanzó una mirada rápida a una esfera que contenía un lagarto verde, y a otra en cuyo interior había una cesta de cerezas rojas— me producen mayor satisfacción que las joyas, o que las esculturas. Estos universos de cristal son como música silenciosa. Y ahora —dijo Colette, volviendo de pronto al asunto— dígame, ¿qué espera usted de la vida? Aparte de fama y dinero; eso ya lo doy por supuesto.

—No sé lo que espero —le dije—. Sé lo que me gustaría; me gustaría ser un adulto.

Colette levantó y bajó sus pintados párpados con el lento movimiento de alas de un águila azul:

—Ah, pero eso —dijo— es lo único que ninguno de nosotros podremos ser nunca, personas adultas. A menos que entienda usted por adulto un alma envuelta en el sayal y las cenizas de la sabiduría solitaria. Libre de malignidades, envidia, malicia, codicia y culpabilidad. Imposible. Voltaire, incluso Voltaire, llevó un niño dentro de sí toda la vida, un niño envidioso y con mal genio, un muchachito obsceno, que siempre se olía los dedos; y Voltaire llevó ese niño hasta su sepultura, como haremos todos nosotros hasta la nuestra. El Papa en su balcón...soñando con una bonita cara de un guardia suizo. Y el juez británico bajo su exquisita peluca, ¿en qué piensa cuando envía a un hombre a la horca? ¿En la justicia, en la eternidad y en cosas *serias?* ¿O acaso se pregunta cómo se las podrá arreglar para que lo elijan miembro del Jockey Club? Por supuesto, los seres humanos tiene *momentos* adultos, unos cuantos momentos magnánimos esparcidos aquí y allá, y, como es obvio, la muerte es el más importante de todos ellos. La muerte expulsa a ese muchachito obsceno y nos deja con lo que queda de nosotros, simplemente un objeto, sin vida pero puro, como La Rosa Blanca. Tome —acercó hacia mí el cristal en flor—, guárdese esto en el bolsillo. Consérvelo como un recuerdo de que ser duradero y perfecto, ser de hecho un adulto, es ser un objeto, un altar, una figura en una vidriera de colores: una cosa apreciable. Sin embargo, es mucho mejor estornudar y sentirse humano.

En una ocasión le enseñé este regalo a Kate McCloud, y Kate, que podría haber trabajado de tasadora en Sotheby's, dijo:

—Debía de estar delirando. Quiero decir, ¿cómo pudo darte eso, a ti? Un pisapapeles de Clichy de esa calidad vale... ¡uau!, sin exagerar cinco mil dólares.

Me habría dado igual no saber su valor, dado que mi intención no era considerarlo como una reserva para los días de borrasca. Sin embargo, nunca lo vendería, y menos ahora que soy un pobre diablo que anda de culo, ya que, en fin, lo valoro como un amuleto bendecido por algo así como un santo, y hay al menos dos ocasiones en que una persona no sacrifica un amuleto: cuando no tiene nada y cuando lo tiene todo; ambas son un abismo. En todos mis viajes, en momentos de hambre y desesperación suicida, un año en que padecí de hepatitis en un hospital deformado por el calor y zumbante de moscas en Calcuta, siempre me he aferrado a La Rosa Blanca. Aquí, en el Y.M.C.A., lo tengo escondido debajo de mi catre, está oculto en uno de los viejos calcetines amarillos de esquiar de Kate McCloud, el cual a su vez está guardado en el único equipaje que tengo, un bolso de viaje de Air France (cuando me escapé de Southampton) me largué pitando, y dudo que vuelva a ver las maletas Vuitton, las camisas Battistoni, los trajes Lanvin, los zapatos Peal, aunque no me importa, ya que sólo verlos haría que me ahogase en mi propio vómito).

Hace poco saqué La Rosa Blanca, y en sus caras centelleantes vi los campos nevados de St. Moritz bajo el cielo azul, y vi a Kate McCloud, un fantasma escarlata a horcajadas sobre sus rubios esquís Kneissl, de perfil, veloz como un rayo, en ángulo con la espalda inclinada, en una pose tan elegante y precisa como el mismo gélido cristal de Clichy.

Anteanoche llovió. Por la mañana, un soplo de aire seco del Canadá detuvo la siguiente borrasca, de modo que salí a dar un paseo y ¿con quién creen que fui a toparme? Pues con Woodrow Hamilton, el hombre responsable, por lo menos indirectamente, de la última aventura desastrosa que he tenido. Aquí me tienen ustedes en el zoo de Central Park, solidarizándome con una cebra, cuando oigo una voz incrédula que me dice:

—¿P.B.? —Y ahí estaba él, el descendiente de nuestro vigésimo octavo presidente— Dios mío, P.B., si pareces...

Yo sabía muy bien lo que parecía, bajo mi piel gris y mi mugriento traje de sarga:

—¿Y por qué no?

—Ya veo. Me preguntaba si estarías implicado en ese asunto. No sé más que lo que he leído en el periódico. Vaya historia. Oye —dijo al ver que no le respondía—, vamos a tomar algo al Pierre.

En el Pierre no quisieron servirme porque no llevaba corbata. Seguimos andando hasta una cafetería de la Tercera Avenida y durante el camino decidí que no hablaría de Kate McCloud o de lo ocurrido, no por discreción, sino porque era demasiado brutal: mis entrañas esparcidas seguían arrastrándose por el suelo.

Woodrow no insistió. Puede que Woodrow parezca un cuadrado de celuloide bonito y pulcro, pero en realidad ése es el camuflaje que protege los aspectos más ondulantes de su naturaleza. La última vez que le vi fue en el Trois Cloches de Cannes, y de esto hace un año. Me dijo que tenía un piso en Brooklyn Heights y que estaba enseñando latín y griego en un colegio de Manhattan.

—Pero —rumió maliciosamente— tengo un trabajo de media jornada. Algo que podría interesarte: a juzgar por las apariencias supongo que te vendrá bien un poco de dinero extra.

Inspeccionó su cartera y me entregó primero un billete de cien dólares:

—Esto acabo de ganármelo esta tarde, jugando al corro alrededor de un mástil de mayo con un licenciado de Vassar de la promoción de 1909. —Y después me dio una tarjeta—. Así es como conocí a la dama, y como los conozco a todos, hombres, mujeres, cocodrilos. Follar por placer y sacar provecho. Sacar provecho, sea como sea.

La tarjeta decía: THE SELF SERVICE, PROPIETARIO: MISS VICTORIA SELF. Contenía una dirección de la calle. Cuarenta y dos Oeste, y un número de teléfono con un prefijo del Circle.

—De modo que —dijo Woodrow— date un buen lavado y vete a ver a Miss Self. Te dará trabajo.

—No creo que sea capaz de trabajar. Me encuentro demasiado desafinado. Además, estoy intentando volver a escribir. Woodrow le dio un mordisco a la cebollita de su Gibson.

—Yo no lo llamaría un *trabajo*. Son sólo unas cuantas horas a la semana. Después de todo, ¿qué clase de servicios crees que proporciona The Self Service?

—Los propios de un semental, evidentemente.

—¡Ah! Conque *has estado* escuchando. Y parecías en las nubes. Los propios de un semental, en efecto. Pero no del todo. Se trata de una labor de colaboración. *La Self* siempre está dispuesta para cualquier cosa, en cualquier sitio, de cualquier manera y a cualquier hora.

—Qué raro, nunca te habría imaginado como un semental de alquiler.

—Ni yo. Pero doy cierto tipo: buenos modales, traje gris, gafas de concha. Créeme, hay muchísima demanda. Y la especialidad de *La Self* es la variedad. En su lista hay de todo, desde gorilas puertorriqueños hasta policías novatos y agentes de bolsa.

—¿Y cómo dio contigo?

—Eso —dijo Woodrow— es largo de contar. —Pidió otra bebida. Yo no quise tomar nada, ya que no había bebido alcohol desde la última e increíble sesión loca de ginebra con Kate McCloud, y ahora una sola copa me había dejado ya un poco sordo (el alcohol me afecta al oído en primer lugar) —. Sólo te diré que fue a través de un chico que conocí en Yale, Dick Anderson. Trabaja en Wall Street. Un chico totalmente normal, pero que no ha tenido demasiado éxito o al menos el éxito suficiente para vivir holgadamente en Greenwich y tener tres niños, dos de ellos en Exeter. El verano pasado estuve un fin de semana con los Anderson. Ella es una chica *estupenda*. Dick y yo estuvimos toda la noche bebiendo «cold duck», un mezclote hecho con champán y borgoña espumoso. Chico, se me revuelve el estómago nada más de pensarlo. Y Dick decía: «La mayoría de las veces siento asco. *Simplemente asco*. ¡Maldita sea, qué no hará un hombre cuando tiene dos hijos en Exeter!» —Woodrow soltó una risita—. Suena mucho a novela de John Cheever, ¿no? Respetable, pero un suburbanita sin blanca empeñado en pagar las cuotas del club de campo y mantener a sus niños en un buen colegio.

—No.

—¿No qué?

—Cheever es un escritor demasiado cauto como para arriesgarse a hablar de un agente de bolsa que trafica con su polla. Simplemente, porque nadie se lo creería. Sus obras son siempre realistas, hasta cuando son ridículas, como *La monstruosa radio* o *El nadador*.

Woodrow se sintió molesto. Con mucho cuidado deposité su billete de cien dólares en un bolsillo interior, de donde le iba a costar mucho rescatarlo.

—Y si es verdad, como lo es, ¿por qué no iba a creerlo nadie?

—Porque el hecho de que algo sea verdad no quiere decir que sea convincente, tanto en la vida como en el arte. Piensa en Proust. ¿Crees que *En busca del tiempo perdido* hubiese tenido la resonancia que tiene si Proust hubiera sido históricamente literal, si no hubiese cambiado los sexos y alterado hechos e identidades? Si hubiera sido absolutamente objetivo, la obra habría sido menos creíble, sin embargo —y ésta era una idea que yo había tenido a menudo— podría haber sido mejor—. Menos aceptable, pero mejor. —Decidí tomar otra copa, a pesar de todo—. Y ésa es la cuestión: ¿es la verdad una ilusión o es la ilusión verdad?, o ¿son ambas básicamente lo mismo? En lo que a mí respecta, no me preocupa lo que se diga de mí mientras no sea verdad.

—Quizá harías mejor en no tomarte eso.

—¿Crees que estoy bebido?

—Bueno, estás desvariando.

—Me siento a gusto, eso es todo.

—¿De modo que has empezado a escribir otra vez? ¿Una novela? —dijo amablemente Woodrow.

—Un reportaje. Un informe. Sí, lo *llamaré* una novela. Si es que la termino algún día. Claro que nunca termino nada.

—¿Tienes ya algún título?

¡Ah! Allí estaba Woodrow haciéndome todas esas preguntas de «garden party».

—*Plegarías atendidas.*

Woodrow frunció el ceño:

—Eso lo he oído antes.

—No lo creo, a menos que fueses uno de los trescientos ignorantes que compraron mi primera y única obra publicada. También se llamó *Plegarías atendidas*. Por ningún motivo en especial. Pero esta vez sí tengo un motivo.

—*Plegarias atendidas*. Una cita, supongo.

—Santa Teresa. Nunca la he consultado yo mismo, por eso no sé exactamente lo que dijo, pero era algo así como «se derraman más lágrimas por plegarias atendidas que por las no atendidas».

—Ya veo de qué va —dijo Woodrow—. El libro trata de Kate McCloud y compañía.

—Yo no diría que *trata* de ellos, aunque aparezcan en el libro.

—Entonces, ¿de qué trata?

—De la verdad como ilusión.

—¿Y de la ilusión como verdad?

—Lo primero. Lo segundo es otra proposición.

Woodrow quiso que le aclarara todo eso, pero el whisky ya me estaba haciendo efecto, y me sentía demasiado sordo para explicárselo. Sin embargo, lo que le habría dicho era: Ya que la verdad no existe, la verdad no puede ser más que ilusión; pero la ilusión, el subproducto de artificios reveladores, puede alcanzar las cimas más próximas al pico inaccesible de la Verdad Perfecta. Pongamos como ejemplo a los que se hacen pasar por mujeres. El travestí es en realidad un hombre (verdad) hasta que se recrea a sí mismo como mujer (ilusión), y, de los dos momentos, el de la ilusión es el más verdadero.

Aquella tarde, alrededor de las cinco, cuando las oficinas iban quedándose vacías, me encontré deambulando por la calle Cuarenta y dos buscando la dirección que aparecía inscrita en la tarjeta de Miss Self. Resultó que el local estaba situado encima de un entresuelo que era un emporio pornográfico, una de esas pocilgas con las paredes cubiertas de nabos colgando y conos abiertos. Al acercarme se le cayó un paquete a un cliente excitado, alguien de aspecto respetable e insignificante y al abrirse se desparramaron por el suelo varias

docenas de revistas en blanco y negro. Nada del otro mundo, los sesenta y nueve de siempre y unos bomboncitos en una cabalgada a tres bandas. Sin embargo, un grupo de peatones se paró a mirar mientras el propietario se arrodillaba para recuperar sus propiedades. La pornografía, en mi opinión, ha sido muy mal interpretada, ya que no fomenta maníacos sexuales ni los manda a dar vueltas por las callejuelas, sino que constituye un bálsamo para los sexualmente reprimidos y no correspondidos, ya que ¿cuál es el fin de la pornografía sino estimular la masturbación? Y la masturbación es con toda seguridad la alternativa más agradable para los hombres «en buena forma».

Un chulo puertorriqueño se quedó allí parado burlándose del hombre que estaba inclinado («¿Se puede saber qué hace con eso?, con las *putas* guapas de carne y hueso que yo tengo»), pero sentí pena por el hombre, me miraba como si fuera un pastor solitario más bien joven que hubiese malversado toda la colecta del domingo anterior con el fin de comprar las instantáneas masturbantes. De modo que decidí ayudarle a recogerlas, pero nada más empezar me sacudió en toda la cara: un golpe de kárate que debió de machacarme un pómulo, tal y como lo sentí.

—¡Lárgate! —gruñó.

—¡Por Dios!, si sólo quería ayudarle —dije yo.

—Lárgate antes de que te parta la boca —dijo él.

Su cara se había puesto de un rojo tan brillante que me hacia daño a los ojos. Fue entonces cuando me di cuenta de que no se trataba únicamente del color de la rabia sino también del de la vergüenza. Supuse que él había pensado que yo quería robarle las fotos, cuando lo que en realidad le había cabreado había sido la compasión implícita al ofrecerle mi ayuda.

Aunque Miss Self es una mujer de negocios con mucho éxito no puede decirse que derroche en vistosidad. Su despacho se encuentra situado en un edificio de cuatro plantas sin ascensor. THE SELF SERVICE: una puerta de cristal esmerilado con ese rotulo. Pero yo vacilé (¿realmente quería hacerlo? Bueno, no había otra cosa *mejor* que hacer, al menos para sacar dinero). Me peiné, me hice la raya en los pantalones, unos que acababa de comprar en Robert Hall, en una oferta especial de dos pantalones de espiga por cincuenta dólares, llamé al timbre y entré.

En la oficina exterior no había más muebles que un banco, una mesa de despacho, y dos caballeretes, uno de ellos un secretario recepcionista sentado detrás de la mesa, y el otro, un guapo mulato que llevaba puesto un traje de seda azul oscuro, *muy* del momento. Ambos optaron por no hacerme caso.

—...y después de eso —decía el mulato— me quedé en San Diego una semana con Spencer. ¡Spencer! ¡Uau, vaya *cohete!* íbamos a toda velocidad por la

carretera de San Diego cuando Spencer recogió al *marine* negro, todo un chico del campo, un pedazo de carne ahumada de Alabama, de modo que a Spencer le apeteció hacerlo en el asiento de atrás y el chico dijo: «Yo tengo muy claro lo que saco de esto. Me da gusto. Pero ¡hombre!, lo que no tengo nada claro es lo que sacan ustedes.» Y Spencer va y le dice: «Es delicioso. Lo mismo que un biscocho ensartado.»

Lánguidamente, el secretario dirigió hacia mí un par de verdes ojos invernales con una expresión censuradora. Un rubio, y ¡qué rubio! Su piel tenía ese dorado brillo aceitoso, típico de los largos fines de semana en Cherry Grove. Sin embargo, en conjunto, su aspecto era decididamente cochino, algo así como un Uriah Heep bronceado.

—¿Sí? —preguntó con una voz que se arrastraba fríamente por el aire como una exhalación de humo mentolado.

Le dije que quería ver a Miss Self. Me preguntó el motivo, y le dije que venía de parte de Woodrow Hamilton. Dijo:

—Tendrá que rellenar nuestro formulario. ¿Viene usted como cliente o como futuro empleado?

—Empleado.

—Hmmm —caviló la Belleza Negra—. ¡Qué lastima! No me habría importado batirte los huevos, papaíto. Y el secretario, con un cabreo repipi, dijo:

—O.K. Lester. Quita ese culo inflamado de la mesa de tu hermanita y vete a pasearlo por el Americana. Tienes una cita a las cinco y media, habitación 507.

Una vez hube rellenado el cuestionario, en el que no se preguntaba más que lo habitual —¿edad?, ¿dirección?, ¿estado civil?—, la hija de Drácula se evaporó con la hoja en una oficina interior, y mientras estaba ausente, entró una chica con una calma vacuna, una chica con exceso de peso pero endiabladamente atractiva, una *boule de suif* joven, con una cara redonda, cremosa y rosada, y un par de melones que se le revolvían dentro del corpiño de su vestido rosa de verano.

Se acurrucó junto a mí y se metió un cigarrillo en los labios:

—¿Qué?

Le dije que si era fuego lo que quería no podía ayudarla, ya que había dejado de fumar; y me dijo:

—Yo también. Esto es sólo para aguantar. Lo que quiero es saber dónde está Butch! ¡Butch! —exclamó, levantándose para envolver en sus brazos al secretario, que ya estaba de vuelta.

—¡Maggie!

—¡Butch!

—¡Maggie! —Y acto seguido, recuperando el sentido—: ¡Más que puta! ¡Cinco días! ¿Dónde te has metido?

—¿Has echado de menos a tu Maggie?

—No jodas. ¿Por *mí* qué más da? Pero ese tipo de Seattle, ¡Dios mío!, la que armó cuando le diste plantón el jueves por la noche.

—Lo siento, Butch.

—Pero ¿dónde te *has* metido, Maggie? He estado dos veces en tu hotel. Te he llamado mil veces. Podías haber fichado.

—Lo sé. Pero verás..., me he casado.

—¿Que te has casado? ¡Maggie!

—Butch, por favor. Si no tiene importancia. No *interferirá* en nada.

—Ya me imagino lo que dirá Miss Self. Y por fin se acordó de mí.

—Ah, sí —dijo el secretario, como quien se sacude el polvo—.

Ahora le recibirá Miss Self, Mr. Jones. Miss Self —anunció, abriéndome la puerta—, aquí tiene a Mr. Jones.

Se parecía a Marianne Moore. Una Miss Moore más maciza, teutonizada. Unas trenzas grises de *hausfrau* mantenían sujeto su cráneo reducido; no iba maquillada, y su traje, aunque mejor sería decir uniforme, era de sarga azul de matrona de prisión. Una dama en general tan carente de lujos como su propia oficina. Con una *excepción*... Le vi en la muñeca un reloj ovalado de oro con números romanos. Kate McCloud tenía uno igual. Se lo había dado John F. Kennedy, y procedía de la casa Cartier de Londres, donde su precio era de mil doscientos dólares.

—Siéntese, por favor. —Su voz era frágil como una taza de té, pero sus ojos de cobalto eran tan acerados como los de un matón. Echó un vistazo a su reloj, tan discorde con su aspecto falto de elegancia—. ¿Se apunta? A esta hora sienta muy bien.

Y de un cajón de su mesa sacó dos vasos pequeños y una botella de tequila, algo que yo no había probado nunca y no creía que me gustara.

—Le gustará —dijo—. Es una bebida con cojones. Mi tercer marido era mexicano. Y ahora dígame —dijo mientras le daba golpecitos a mi formulario— ¿ha hecho usted antes este trabajo? ¿Profesionalmente?

Una pregunta interesante. Le estuve dando vueltas.

—Yo no diría que profesionalmente, sino que lo he hecho... por sacar provecho.

—Eso ya es suficientemente profesional. ¡Ahí va! —dijo, y se tragó todo el vasito de tequila. Hizo una mueca y se estremeció.

—*Buenos Dios,*[1] esto es excitante. *Excitante.* Vamos —dijo—. Trágueselo. Le gustará.

Me supo a gasolina perfumada.

---

[1] Sic en el original. *(N. del T.)* 64

—Y ahora —dijo— le pondré las cartas sobre la mesa, Jones. Un noventa por cien de nuestra clientela son hombres de mediana edad, y la mitad de nuestro negocio son gente excéntrica, de un tipo u otro. De modo que si su idea es inscribirse estrictamente como un semental normal, olvídelo. ¿Me sigue usted?

—De cabo a rabo.

Guiñó un ojo y se propinó otra dosis.

—Dígame, Jones, ¿hay algo que no esté usted dispuesto a hacer?

—No pondré el culo. Yo la meto, pero el culo no lo pongo.

—Ah, ¿sí? —Era alemana, y aquello era sólo el recuerdo de un acento, como la fragancia de una colonia en un pañuelo antiguo—. ¿Se trata de un prejuicio moral?

—No, no es eso. Se trata de almorranas.

—¿Y qué me dice usted de sadomasoquismo? ¿Y de meter el puño?

—Pero ¿todo?

—Por supuesto, querido. Latigazos, cadenas, cigarrillos, meter el puño. Todo eso.

—Me temo que no.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y eso, se trata de otro prejuicio?

—No creo en la crueldad. Aunque haya a quien le proporcione placer.

—¿De modo que no ha sido usted nunca cruel?

—No he dicho eso.

—Levántese —dijo—. Quítese la chaqueta. Dese la vuelta. Otra vez. Más despacio. Qué lástima que no sea usted un poco más alto. Pero tiene buen tipo. Un vientre liso muy bonito. ¿Está usted bien dotado?

—Nunca he tenido quejas.

—Es posible que nuestra clientela sea más exigente. ¿Sabe?, ésta es la pregunta que nos hacen siempre: «¿Tiene un buen nabo?»

—¿Quiere verlo? -dije jugando con la bragueta de mis super Robert Hall.

—No hay por qué ponerse vulgares, Mr. Jones. Ya se dará usted cuenta de que aunque sea una persona que habla siempre muy claro, no soy en absoluto *vulgar*. Y ahora, siéntese —dijo, y volvió a llenar los dos vasos de tequila—. Hasta ahora he sido yo el inquisidor. ¿Qué es lo que le gustaría a usted saber?

Lo que yo quería saber era su vida. Hay poca gente que me haya despertado tanta curiosidad de un modo tan inmediato. ¿Sería una refugiada de Hitler, una veterana del Reeperbahn de Hamburgo que emigró a México antes de la guerra? Y se me pasó por la cabeza que quizá no era ella quien dirigía este negocio, sino, como la mayoría de los encargados de burdeles y patrones de sex-cafés americanos, no era más que una fachada de empresarios mañosos.

—¿Le ha comido la lengua el ratón? Bueno, estoy segura de que querrá usted conocer los aspectos financieros de nuestro contrato. Los honorarios estándar

por una cita de una hora son cincuenta dólares a repartir mitad y mitad con nosotros, aunque puede usted quedarse con las propinas que el cliente le dé. Claro que los honorarios varían. Habrá veces en que sacará usted mucho más. Y podrá disponer de bonificaciones por cada cliente aceptable o por cada empleado que reclute usted. Ahora bien —dijo, apuntándome con aquellos ojos que eran como un par de escopetas—, hay una serie de reglas a las que tendrá usted que atenerse. No podrá usted drogarse ni beber en exceso. Bajo ningún concepto tratará usted directamente con un diente; será el servicio quien haga todas las citas. Cualquier intento de negociar un trato privado con un cliente implicará el despido inmediato. Cualquier tentativa de chantajear o molestar de algún modo a un cliente será motivo de un severo castigo, con lo cual no me estoy refiriendo a un simple despido.

De modo que estas arañas negras sicilianas son de hecho los que tejen esta maraña.

—¿He hablado claro?

—Clarísimo.

El secretario se coló en la oficina:

—La llama Mr. Wallance. Es muy urgente. Me parece que está borracho.

—No nos interesa su opinión, Butch. Limítese a ponerme con él.

Miss Self levantó entonces un auricular, uno de los muchos que había en su mesa.

—Miss Self al habla. ¿Cómo está usted? Le creía en Roma. Bueno, lo leí en el *Times*. Que estaba usted en Roma y tenía una audiencia con el Papa. Oh, estoy segura de que tiene usted razón. ¡*Quelle* loca! Sí, le oigo perfectamente. Ya veo, ya veo. —Tomó unas notas a toda prisa, pero pude leer lo que escribía, ya que uno de mis dones es leer al revés: *Wallance. Suite 713. Hotel Plaza*—. Lo lamento, pero Gumbo ya no está con nosotros. Ya se sabe lo que pasa con estos negros, no se puede confiar en ellos. Sin embargo, le enviaremos a alguien inmediatamente. En absoluto. Gracias a usted.

Después se me quedó mirando durante un rato.

—Mr. Wallance es un cliente muy valioso. —Volvió a prolongar su mirada—. Wallance no es su nombre, por supuesto. Utilizamos pseudónimos con todos nuestros clientes. También con los empleados. Usted se llama Jones, nosotros le llamaremos Smith.

Arrancó la hoja con la nota. La hizo una bolita y me la tiró.

—Creo que sabrá usted llevar este asunto. En realidad no se trata de una...situación física. Se trata más bien de...un problema de niñera.

Llamé a Mr. Wallance desde una de las endebles cabinas doradas del vestíbulo del Plaza. Contestó un perro. Se oyó el ruido de un auricular cayéndose estrepitosamente, seguido de unos ladridos de sabueso infernales.

—Eh, eh, ha sido mi perro —explicó una voz correosa—. Cada vez que suena el teléfono se engancha al auricular. ¿Es usted el chico del servicio? Bueno, suba volando.

Cuando mi cliente abrió la puerta, el perro se precipitó hacia el pasillo y se abalanzó contra mí, como un defensa de los Gigantes de Nueva York. Era un negro bulldog inglés manchado, de setenta centímetros de altura, y es posible que un metro de ancho. Pesaría unos cincuenta kilos y al atacarme me empujó contra la pared con la fuerza de un huracán. Yo grité de lo lindo y su dueño se rió.

—No tenga miedo. Es que mi viejo Bill es muy cariñoso. Pero les aseguro que el hijo de puta iba salido y se estaba restregando contra mi pierna como un semental drogado.

—¡Bill, estáte quieto! —El dueño de Bill dio la orden con una voz metálica, entre risitas tontas y confusas por la ginebra—. Te estoy hablando en serio, Bill.

Al final ató una correa al collar del maníaco sexual, y me lo quitó de encima al mismo tiempo que decía:

—Pobre Bill, es que no he estado en condiciones de pasearle. Durante dos días. Por eso he llamado al servicio. Lo primero que quiero que hagas es llevártelo al parque.

Bill se portó bien hasta que llegamos al parque.

En route, pensé en Mr. Wallance. Era un enano fornido y panzudo, hinchado de alcohol, con un teatral bigote pegado encima de unos labios lacónicos. El tiempo había deteriorado su aspecto, ya que solía ser razonablemente presentable. No obstante, le reconocí inmediatamente, aunque sólo le había visto una vez, y de eso hacía ya diez años. Aun así, recordaba con toda claridad ese instante en que le vi, ya que en aquella época era el escritor americano más aclamado, y, para mí, el mejor. Además, la curiosa *mise en scène* me había ayudado a refrescar la memoria: fue en París, pasada la medianoche. Yo estaba en la barra del Boeuf sur le Toit, y él se encontraba en una mesa con mantel rosa acompañado de tres hombres, dos de ellos putas caras, piratas corsos vestidos de franela británica, y el tercero era nada menos que Summer Welles. Los fans de *Confidential* se acordarán del aristócrata Mr. Welles, ex subsecretario de Estado, gran y buen amigo de la Hermandad de los Mozos de Estación de los Coches Cama. Su Excelencia, empapado en alcohol como melocotones al brandy, empezó a mordisquear las orejas de los corsos; la escena fue todo un *tableau,* y un *tableau* especialmente *vivant.*

Los paseantes otoñales deambulaban lentamente por los atardecidos senderos del parque. Una pareja de nipones se paró a hacerle caricias a Bill, y al

tirarle de su enroscada cola y apretujarlo, cometieron en cierto modo una locura. Era algo comprensible, ya que Bill, con su cara mellada y sus patas de Quasimodo, con su físico intrincadamente retorcido, era un objeto tan atrayente para el sentido estético oriental como los bonsais, los ciervos enanos y un pez de colores que alimentan hasta que llega a pesar dos kilos y medio. No obstante, yo no soy oriental, y cuando Bill, tras arrastrarme hasta la hierba, volvió de pronto a atacarme sexualmente, no se lo agradecí en absoluto.

Al no poder competir con un violador tan decidido, me pareció que lo más oportuno sería echarme boca arriba en la hierba y dejarle a su aire, incluso darle ánimos.

—Eso es cariño, métemela bien, córrete bien.

Teníamos público, rostros humanos que se agitaban más allá de los ojos saltones y drogados de pasión de mi travieso amante. Una mujer dijo severamente:

—¡Degenerado repugnante! ¡Deje de abusar del animal! ¿Es que nadie va a llamar a un policía?

—Albert, quiero volver a Utica. Esta misma noche —dijo otra.

Entre babas y jadeos, Bill se santiguó.

Me empapó los pantalones Robert Hall, pero ésta no fue su única afrenta antes de que finalizara la tarde. Cuando le llevé de vuelta al Plaza y entré en el recibidor de la suite, puse el pie encima de un considerable montón de mierda húmeda, la mierda de Bill, patiné, y me caí de bruces encima de un segundo montón de mierda. A Mr. Wallance no le dije más que:

—¿Le importa que me dé una ducha? Y él dijo:

—Es algo en lo que siempre insisto.

Sin embargo, como me había indicado Miss Self, Mr. Wallance, al igual que Denny Fouts, era, más que una persona sensual, un brillante conversador.

—Eres un buen chico —me hizo saber—. Bueno, ya sé que no eres tan chico, no estoy tan borracho. A la vista está que tienes muchas horas de vuelo, pero no importa, eres un buen chico. Lo llevas en los ojos. Ojos heridos. Humillados y ofendidos. ¿Has leído a Dostoievski? Bueno, ya me imagino que no es eso a lo que te dedicas, pero eres uno de sus personajes. Humillado y ofendido. También yo, por eso me siento seguro contigo.

Con sus ojos recorrió, al igual que un espía, todo el dormitorio iluminado por una lámpara. Por el aspecto de la habitación, parecía que hubiese pasado por ella un maleante de Kansas. Ropa sucia y en desorden por todas partes, mierda de perro por todos lados y, en las alfombras, marcas de charcos secos de orín de perro. Bill estaba dormido al pie de la cama, y sus ronquidos rezumaban la melancolía del postcoito. Al menos consintió en que su dueño y el huésped de su dueño compartieran un poco la cama; el huésped desnudo, mientras que el dueño

permaneció totalmente vestido, con zapatos negros, un chaleco con lápices en el bolsillo y un par de gafas de concha. En una mano, Mr. Wallace tenía agarrado un vaso de los de enjuagarse la boca que rebosaba de Scotch solo, y en la otra un puro en el que la ceniza se iba acumulando temblorosamente. De vez en cuando se acercaba para acariciarme y una de las veces la ceniza ardiendo me chamuscó el ombligo. Pensé que había sido a propósito, pero decidí que quizá no.

—Todo lo seguro que pueda sentirse un hombre perseguido. Un hombre con asesinos pisándole los talones. Puedo morir de repente. Y si eso me ocurre no será por muerte natural. Harán que parezca un ataque cardíaco, o un accidente. Pero prométeme que no creerás una palabra. Prométeme que escribirás una carta al *Times* contándoles que fue un asesinato.

Siempre hay que ser lógico con los borrachos y con los locos:

—Pero si cree usted que está en peligro, ¿por qué no llama a la policía?

—No soy un gallina —dijo, y acto seguido añadió—: De todas formas, soy un hombre moribundo. Voy a morir de cáncer.

—¿Cáncer de qué?

—De sangre, de garganta, de pulmones, de lengua, de estómago, de cerebro, de culo.

En realidad, los alcohólicos desprecian el sabor a alcohol. Vertió la mitad de Scotch que había en su vaso, y tuvo un escalofrío.

—Todo empezó hace siete años, cuando los críticos se volvieron contra mí. Todo escritor tiene sus trucos, y los críticos, tarde o temprano, terminan por descubrirlos. Y mientras te tengan fichado, muy bien, les encantas. Mi error fue que me harté de mis viejos trucos y aprendí algunos nuevos. Pero esto los cristianos no lo soportan. Odian la versatilidad. No les gusta ver crecer o cambiar a un autor, ese de ningún modo. Y ahí es donde apareció el cáncer. Cuando los críticos empezaron a decir que mis viejos trucos eran «pura fuerza poética», y que mis nuevos trucos eran «míseras pretensiones». Seis fracasos seguidos, cuatro en Broadway y dos fuera de Broadway. Me están matando, movidos por la envidia y la ignorancia, y sin ninguna vergüenza o remordimiento. ¡Les trae sin cuidado que el cáncer me esté comiendo el cerebro! —Luego, y de un modo bastante complaciente, dijo—: No me crees, ¿verdad?

—No puedo creer en un cáncer galopante que dura siete años. Es imposible.

—Soy un hombre moribundo. Pero tú no me crees. No te crees lo más mínimo que tenga cáncer. Crees que lo mío es de psicoanalista.

No. Lo que yo creía era lo siguiente: aquí tenemos a un tipo regordete y bajito con una mente dramática, el cual, al igual que sus heroínas abandonadas a su suerte, lo que busca es llamar la atención y que le compadezcan, ofreciendo mentiras semicreíbles a personas totalmente desconocidas. Desconocidas porque

no tiene amigos, ya que sólo se compadece de sus propios personajes y de sí mismo; cualquier otra persona forma parte del público.

—Pero, para tu información, he estado con un psicoanalista —prosiguió—. Me gasté setenta *pavos* la hora, cinco días a la semana, durante dos años. Lo único que hizo ese hijo de puta fue interferir en mis asuntos personales.

—¿Acaso no se les paga para eso? ¿Para que interfieran en nuestros asuntos personales?

—No te pases de listo, amiguito. No estoy bromeando. El doctor Kewie arruinó mi vida. Me convenció de que yo no era marica y de que no amaba a Fred. Me dijo que, a menos que me librase de Fred, estaba acabado como escritor. Pero la verdad es que Fred era lo único bueno que había en mi vida. Es posible que *yo* no lo amara. Pero él me amaba a mí. Me mantenía vivo. No era el embustero que Kewie decía que era. Kewie decía: «Fred no te quiere, sólo quiere tu dinero.» El que quiere el dinero es Kewie. Bueno, yo no pensaba dejar a Fred, de modo que un día Kewie le llamó en secreto y le dijo que la bebida iba a matarme si él no desaparecía de mi vista. Y en esto que Fred recoge sus cosas y se larga. Y yo sin comprender nada hasta que el doctor Kewie, muy orgulloso de sí mismo, me confesó lo que había hecho. Y yo le dije: «Ves, Fred te ha creído y de tanto que me amaba se ha sacrificado.» Pero me equivocaba, ya que cuando encontramos a Fred, para lo cual alquilé a unos detectives que le localizaron en Puerto Rico, Fred dijo que lo único que quería era romperme las narices. Pensó que había sido *yo* el que había incitado a Kewie a que le llamase, y que todo lo había manipulado yo. Sin embargo, hicimos las paces. Total, para lo que sirvió. A Fred le operaron en el Memorial Hospital el diecisiete de junio, y murió el cuatro de julio. Sólo tenía treinta y seis años. Pero él no fingía, tenía cáncer de verdad. Y eso es lo que ocurre cuando los psicoanalistas interfieren en tu vida privada. Fíjate qué desastre, tener que alquilar a putos para que paseen a Bill, ¡imagínate!

—No soy un puto.

Aunque no sé por qué me molesté en contestar; soy un puto y siempre lo he sido.

Gruñó sarcásticamente. Como todos los llorones, era una persona fría.

—¿Qué te parece? —dijo al mismo tiempo que soplaba la ceniza de su puro—. Date la vuelta y extiende esos mofletes.

—Lo siento, pero no pongo el culo. Meterla, sí; poner el culo, no.

—¡Ohhh! —dijo con una voz que se perdía a lo lejos, pastosa como un pastel dulce de patatas— Si no voy a perforarte muchachito. Sólo quería apagar el cigarrillo.

Chicos, me largué de allí pitando. Me precipité en el baño con toda mi ropa y eché el cerrojo. Mientras me vestía, oí a Mr. Wallace riéndose entre dientes.

—¿Muchachito? —dijo— ¿No pensarás que hablaba en serio, lo has pensado de verdad, muchachito? No sé, ya nadie tiene sentido del humor.

Pero al salir me lo encontré roncando ligeramente, como un suave acompañamiento al robusto ronquido de Bill. El puro seguía ardiendo entre sus dedos; es probable que un día en que no haya nadie para salvarle, sea ése el modo en que desaparezca el Sr. Wallace.

Aquí en el Y.M.C.A. hay un hombre ciego de sesenta años que duerme en la celda contigua a la mía. Es masajista y ha estado empleado durante varios meses en el gimnasio de abajo. Se llama Bob y es un tipo barrigón que huele a aceite de niños y a linimento Sloan. En una ocasión le comenté que yo había trabajado de masajista, y me dijo que le gustaría ver qué tal masajista era, de modo que intercambiamos técnicas y mientras me frotaba con sus gruesas manos sensibles de ciego, me contó un poco su vida. Me dijo que había estado soltero hasta los cincuenta años, edad en que se casó con una camarera de San Diego.

—Helen, ella misma se describía como una rubia magnífica de treinta y un años, divorciada. Pero yo creo que exageraba, de otro modo, ¿por qué se habría casado conmigo? Helen tenía buen tipo sin embargo, y con estas manos la ponía muy caliente. En fin, compramos una camioneta Ford y una roulotte pequeña de aluminio, y nos fuimos a Cathedral City, en el desierto de California, cerca de Palm Springs. Supuse que encontraría algo de trabajo en uno de los clubs de Palm Springs, y así fue. Desde noviembre hasta junio es un lugar espléndido, el mejor clima del mundo, caluroso durante el día y frío por la noche; pero en verano, Dios mío, podía llegar hasta cuarenta o cincuenta grados, y no era un calor seco como cabría esperar, al menos desde que construyeron por allí millones de piscinas: las piscinas volvieron húmedo el desierto, y la humedad a cuarenta grados no está hecha para hombres blancos, ni para mujeres.

»Helen sufría terriblemente pero no podíamos hacer nada. Durante el invierno nunca llegaba a ahorrar lo suficiente para salir de allí en verano. Nos freíamos vivos en nuestra pequeña roulotte de aluminio. Nos quedábamos allí metidos, Helen viendo la televisión y empezando a odiarme. Quizá me había odiado siempre, o había odiado nuestra vida, o *su* vida. Pero dado que era una mujer tranquila, y apenas nos peleábamos, no llegué a saber lo que sentía hasta el pasado mes de abril. Fue entonces cuando tuve que dejar el trabajo e ingresar en el hospital para operarme. Varices en las piernas. No podía pagarlo, pero era un asunto de vida o muerte. El médico me dijo que si no me operaba podía darme una embolia de un momento a otro. Tres días después de la operación, Helen vino a verme. No me dijo cómo estás, ni me dio un beso, nada. Lo que dijo fue: "No quiero nada, Bob. Abajo he dejado una maleta con tu ropa. No me llevo más que el camión y la roulotte." Y yo le pregunto de qué me está hablando y me dice:

"Lo siento, Bob, pero debo seguir mi vida." Me sentí aterrorizado y empecé a llorar. Le supliqué, le dije: Helen, mujer, por favor. Estoy ciego, y ahora también cojo y tengo sesenta años. No me puedes dejar así, sin un hogar y sin ninguna parte donde meterme. ¿Y sabes qué me dijo? "Si no tienes dónde meterte, mete la cabeza en el horno". Y ésas fueron las últimas palabras que me dirigió. Cuando salí del hospital sólo tenía catorce dólares y setenta y ocho centavos, pero quería distanciarme lo más posible de aquel lugar, de modo que haciendo autostop me largué a Nueva York. Espero que Helen, dondequiera que esté, sea más feliz. No le guardo ningún rencor, aunque creo que me trató muy pero que muy mal. Aquello fue muy duro, un hombre ciego y medio cojo, haciendo auto-stop de una punta a otra de América.

Un hombre desamparado, en la oscuridad, al lado de una carretera desconocida y esperando: así es como debió de sentirse Denny Fouts, ya que yo me porté con él tan desalmadamente como Helen con Bob.

Denny me había enviado dos mensajes desde la clínica de Vevey. El texto del primero era casi incomprensible: Me es difícil escribir porque no puedo controlar mis manos. El padre Flanagan, el conocido propietario del Café Reina Negra del padre Flanagan, me ha dado mi cheque y me ha dicho dónde estaba la puerta. *Mera, merci pour toi.* De otro modo me habría sentido muy solo.» Seis semanas más tarde, recibí una tarjeta escrita con toda firmeza: «Por favor, llámame al 46 27 14 de Vevey».

Llamé desde la barra del Pont Royal. Me acuerdo que mientras esperaba oír la voz de Denny, observé cómo Arthur Koestler abusaba metódicamente de una mujer que estaba sentada con él a su mesa. Alguien dijo que era su novia. La mujer lloraba, pero no hacía nada para protegerse de las ofensas. Es intolerable ver llorar a un hombre o ver a una mujer tiranizada; sin embargo, nadie intervino, y los encargados del bar y los camareros fingían no darse cuenta.

En ese momento, la voz de Denny descendió de las altitudes alpinas. Su voz resonaba como si tuviera los pulmones llenos de aire brillante. Me dijo que la cura había sido dura, pero que ahora estaba dispuesto a dejar la clínica, y me preguntó si podía reunirme con él en Roma, el martes, donde el príncipe Ruspoli («Dado») le había prestado un piso. Soy un cobarde, en el sentido frívolo y también en el más serio. Nunca puedo ser más que moderadamente sincero en mis sentimientos hacia otra persona, y digo sí cuando quiero decir no. Le dije a Denny que nos reuniríamos en Roma, ya que ¿cómo iba a decirle que mi intención era no volver a verle porque me daba miedo? Y no era por las drogas y el caos sino por ese halo fúnebre de desecho y fracaso que se cernía sobre él, y la sombra de ese fracaso parecía amenazar de algún modo mi propio e inminente triunfo.

De modo que fui a Italia, pero a Venecia, no a Roma, y hasta principios del invierno, una noche que estaba solo en el bar de Harry, no supe que Denny había muerto en Roma unos pocos días después de cuando se suponía que iba a encontrarme con él. Me lo dijo Mimi. Mimi era un egipcio más gordo que Farouk, un traficante de drogas, que iba y venía entre El Cairo y París, Denny sentía devoción por él, o al menos por los narcóticos que Mimi le suministraba, pero yo apenas le conocía y me sorprendió que Mimi, al verme en el bar de Harry, viniera hacia mí como un pato y me besara en la mejilla con sus babeantes labios de frambuesa.

—Tengo que reírme —dijo—. Cada vez que pienso en Denny, tengo que reírme. El se habría reído. ¡Morirse así! Eso sólo le pudo ocurrir a Denny. —Mimi levantó sus cejas depiladas—. ¡Ah!, ¿no lo sabías? Fue la cura. Si hubiera seguido con la droga habría vivido otros veinte años. Pero la cura le mató. Estaba sentado en el water, cagando, cuando se le averió el corazón.

Según Mimi, a Denny le habían enterrado en el cementerio protestante de Roma, pero la primavera siguiente, cuando estuve allí buscando su tumba, no la encontré.

Durante muchos años tuve una gran afición por Venecia, y pasaba allí todas las estaciones del año, siendo mis preferidas el final del otoño y el invierno, cuando la bruma se arrastra por las piazzas y el susurro plateado de las campanas de las góndolas hace temblar los velados canales. Allí pasé mi primer invierno en Europa, en un piso sin calefacción, en la última planta de un palazzo del Gran Canal. Nunca había padecido tanto frío en mi vida. Había momentos en que un cirujano hubiera podido amputarme los brazos y las piernas sin producirme el menor dolor. No obstante, no me sentía desdichado, ya que estaba convencido de que la obra que tenía entre manos, *Millones insomnes,* era una obra maestra. Ahora la reconozco como lo que era. Una comida de perros de prosa surrealista como condimento a una receta de Vicky Baum. Aunque me avergüence admitirlo, pero en fin, para que conste, trataba de una docena de americanos (una pareja divorciada, una chica de catorce años en la habitación de un motel con un joven voyeur rico y guapo, un general de la marina que se masturbaba, etc.) cuyas vidas estaban vinculadas únicamente por una circunstancia, y es que estaban viendo una película de madrugada en la televisión.

Trabajaba en el libro todos los días, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y a las tres, hiciera el tiempo que hiciera, me iba a dar una caminata por el laberinto veneciano hasta que caía la noche y se hacía la hora de ir al bar de Harry, meterme allí empujado por el frío, y sentarme al calor de la chimenea del microscópico palacio de comidas y bebidas selectas de Cipriani. En invierno, el bar de Harry es un tipo de casa de locos diferente de la que es durante

el resto del año. Está igual de abarrotada, pero en Navidad el local no pertenece a los ingleses y americanos sino a la excéntrica aristocracia local, jóvenes condes pálidos y afectados, y príncipes chirriantes, ciudadanos que no ponen un pie en el lugar hasta pasado octubre, cuando la última pareja de Ohio se ha ido. Todas las noches gastaba nueve o diez dólares en el bar de Harry en martinis, bocadillos de gambas, y recipientes colmados de pasta verde con salsa boloñesa. Aunque mi italiano no ha sido nunca gran cosa, hice un montón de amigos y podría hablarles de muchos ratos increíbles (pero, como decía un antiguo conocido mío de Nueva Orleáns: ¡chico, no permitas que empiece!).

Los únicos americanos que recuerdo haberme encontrado aquel invierno fueron Peggy Guggenheim y George Arwin, este último un pintor americano con mucho talento que tenía aspecto de rubio entrenador de baloncesto con el pelo al rape. Estaba enamorado de un gondolero y vivió durante muchos años en Venecia con el gondolero, la esposa del gondolero y los hijos de éstos (de un modo u otro este arreglo se terminó finalmente, y cuando esto ocurrió Arwin se metió en un monasterio italiano, donde, llegado el momento, se convirtió, según me dijeron, en hermano de la orden).

¿Se acuerdan de Hulga, mi esposa? Si no hubiera sido por Hulga y por el hecho de que estábamos legalmente encadenados, me habría casado con la Guggenheim, aunque era treinta o quizá más años mayor que yo. Y si lo hubiera hecho, no habría sido porque me hacía gracia, a pesar de su costumbre de hacer sonar su dentadura postiza y de que tuviese todo el aspecto de una Bert Lahr con el pelo largo. Era un placer pasar toda una tarde de invierno veneciano en el sólido y blanco Palazzo dei Leoni donde la Guggenheim vivía con once terriers tibetanos y un mayordomo escocés, el cual continuamente estaba escapándose a Londres para ver a su amante, hecho del que su patraña no se quejaba ya que era una esnob, y se decía que el amante era un criado del príncipe Felipe. Era un placer beber el vino tinto de la dama y escucharla rememorar en voz alta sus matrimonios y aventuras, y me asombró oír entre aquella brigada de gigolos el nombre de Samuel Beckett. Es difícil imaginarse un acoplamiento más extraño, la judía rica y mundana, y el monacal autor de *Molloy* y de *Esperando a Godot.* Hace que uno se *cuestione* la pretenciosa soledad y austeridad de Beckett. Ya que si un escritorzuelo inédito y en la miseria, que es lo que era Beckett en el momento de la liaison, se echa como amante a una heredera del cobre, americana y fea, no lo hace sin pensar en algo más que en el amor. Yo mismo, no obstante mi admiración hacia ella, supongo que habría estado bastante interesado por su riqueza. Pero la única razón por la cual no me comporté según acostumbro, intentando sacarle algo, fue porque la vanidad me había convertido en un simple

y maldito idiota. El día en que *Millones insomnes* apareciera impreso, el mundo sería mío.

Salvo que nunca apareció impreso.

En marzo, cuando terminé el manuscrito, envié un ejemplar a mi agente Margo Diamond, una lameculos picada de viruelas a la que otra de sus clientes, mi antigua descarte Alice Lee Langman, había convencido para que se encargara de mí. Margo contestó que le había enviado la novela al editor de mi primer libro, *Plegarias atendidas.* «Sin embargo —me escribió—, sólo lo he hecho por cortesía, y si me lo devuelven, me temo que tendrá usted que buscarse otra agente, ya que pienso que ni a usted ni a mí nos interesa que yo siga representándole. Reconozco que su actitud para con Miss Langman, el modo increíble en que usted le ha recompensado su generosidad, ha influido en mi opinión. Sin embargo, esto no sería un obstáculo para mí si yo creyera que tiene usted un talento tal que hubiese que estimularlo a cualquier precio. Pero no lo creo ni lo he creído nunca. Usted no es un artista, y si no es usted un artista, al menos debería usted mostrarse dispuesto a convertirse en un auténtico escritor profesional cualificado. Pero hay en usted una carencia de disciplina y unos altibajos tan constantes, que me hacen pensar que la profesionalidad no es su fuerte. Y ya que es usted todavía joven, ¿por qué no piensa usted en otra carrera?»

¡Perra babosa degollada! ¡Chico (pensé), ésta se va a enterar! Y al llegar a París, me encontré en el American Express con una carta del editor diciéndome que habían rechazado el libro («Lamentándolo mucho, pensamos que no le haríamos ningún favor patrocinándole su debut como novelista con una obra tan artificial como *Millones insomnes»)* y preguntándome qué quería que hiciesen con el manuscrito; pues bien, ni siquiera entonces flaqueó mi fe. Me imaginé simplemente que, por haber abandonado a Miss Langman, ahora estaba siendo la víctima de un linchamiento literario a manos de sus amigos.

De mis diversas estafas y ahorros me quedaban mil cuatrocientos dólares, y no quería regresar a casa. Pero si quería ver publicado *Millones insomnes* no me quedaba otra alternativa: a esa distancia y sin un agente sería imposible sacar el libro al mercado. Es más difícil dar con un agente competente y honrado que con un editor acreditado. Margo Diamond figuraba entre los mejores. Era tan amiga de la redacción de fanfarrones esnobs de la *New York Review of Books,* como de los redactores-jefes de *Playboy.* Quizá Margo pensaba de verdad que yo carecía de talento, pero en realidad era envidia, porque lo que esa perra caliente siempre había querido era tocarle la vagina a la mismísima Langman. No obstante la idea de volver a Nueva York hizo que se me revolviera el estómago y se me viniera abajo con la agresividad de una montaña rusa. Mi impresión era que nunca podría volver a poner el pie en esa ciudad donde, en aquel momento, no tenía amigos y sí muchos enemigos, a menos que fuese precedido de pasacalles y de todos los

confeti del éxito. Para regresar allí con el rabo entre las piernas y con una novela sin vender a rastras, se necesitaba una persona con un carácter inferior o superior al mío.

Entre las tribus más patéticas del planeta, más triste incluso que un grupo de esquimales sin hogar y con hambre en un invierno que dura siete meses, está la tribu de los americanos que hacen del destierro una carrera, sea por vanidad, por supuestas razones estéticas, o por problemas sexuales o financieros. El hecho de sobrevivir en el extranjero año tras año, o ir siguiendo la primavera desde Taroudant en enero hasta Taormina, Antenas o París en junio, es por sí mismo un modo de justificar una actitud superior y un sentido de logro excepcional. Y, de hecho, *es* todo un logro si se tiene poco dinero o, como la mayoría de los americanos desterrados con ingresos, «el suficiente para ir tirando». Si se es lo suficientemente joven, está bien para un par de años, pero los que siguen así hasta pasados los veinticinco, o los treinta como máximo, se dan cuenta de que lo que parecía un paraíso es un mero decorado, un telón, que al levantarse revela horcas y hogueras.

Sin embargo, gradualmente fui absorbido por esta escuálida caravana, aunque tardé cierto tiempo en descubrir lo que me había ocurrido. Como el verano ya había empezado y había decidido no regresar, sino intentar sacar mi libro al mercado enviándolo por correo a diferentes editores, mis días de quebraderos de cabeza empezaban con unos cuantos Pernods en la terraza del Deux Magots. Después cruzaba el bulevar hasta la Brasserie Lipp, para tomar choucroute y cerveza, litros de cerveza, todo ello seguido de una siesta en mi agradable cuartito con vistas al río en el hotel Quai Voltaire. Empezaba a beber en serio sobre las seis, cuando un taxi me llevaba al Ritz y me pasaba las primeras horas de la tarde gorroneando martinis en el bar. Si no establecía algún contacto, o abordaba a algún marica reprimido para que me invitase a cenar, o de vez en cuando a dos damiselas que viajaban solas, o a una ingenua pareja americana, me solía quedar sin comer. Me imagino que, nutritivamente hablando, consumía menos de quinientas calorías al día. Pero el alcohol, sobre todo las copas de Calvados que me ponían enfermo y que vaciaba noche tras noche en los retorcidos cabarets senegaleses y en bares sospechosos como Le Fiacre y Mon Jardín y Madame Arthur's y Boeuf sur le Toit, me mantenían, para lo que era mi desintegración interna, en un aspecto vigoroso y bien alimentado. Sin embargo, a pesar de mis resacas torrenciales y mis constantes cascadas de náuseas, me dominaba el sentimiento de que estaba pasando por una época espléndida, por una de esas experiencias educativas que todos los artistas necesitan. Y es bien cierto que un buen número de las personas que se cruzaron en mis juergas atravesaron las nieblas del Calvados para dejar garabateadas en mi mente firmas que aún permanecen.

Y esto nos conduce a Kate McCloud. ¡Kate! ¡Kate McCloud! ¡Mi amor, mi tormento, mi *Götterdämmerung,* mi propia *Muerte en Venecia:* ineludible y peligrosa como el áspid en el pecho de Cleopatra!

Fue en París, a finales del invierno. Había regresado a París después de pasar varios meses nada sobrios en Tánger, casi todos ellos como un *habitué* de Le parade de Jay Hazlewood, un pequeño tugurio muy bien puesto que llevaba un tipo larguirucho y amable de Georgia, el cual se había hecho con una fortuna moderada sirviendo auténticos martinis y hamburguesas enormes a los americanos que padecían de morriña. Asimismo, a sus clientes extranjeros predilectos les ofrecía culitos de muchachos y muchachas árabes, por supuesto, sin ningún recargo, sólo como cortesía de la casa.

Una noche conocí en la barra del Parade a alguien que influiría inmensamente en futuros acontecimientos. Tenía el pelo rubio peinado hacia atrás y con la raya en medio, como un anuncio de tónico para el cabello de los años veinte. Era pulcro, pecoso y con buen color en la cara, además de una bonita sonrisa y dientes saludables, aunque con unos cuantos de más. Llevaba un bolsillo lleno de cerillas que encendía siempre con la uña del pulgar. Tendría unos cuarenta años y era americano, pero con uno de esos acentos descentrados propio de la gente acostumbrada a hablar varias lenguas; no se trataba de una falta de naturalidad sino más bien de un defecto indefinible del habla. Me invitó a un par de copas, jugamos un poco a los dados y, más tarde, le pedí a Jay Hazlewood que me hablase de él.

—No es nadie —dijo Jay con su engañosa lentitud arcillosa—. Se llama Aces Nelson.

—Pero ¿a qué se dedica?

Jay dijo, y lo dijo *así* de solemne:

—Es amigo de los ricos.

—¿Eso es todo?

—¿Todo? ¡Mierda! —dijo Jay Hazlewood—. Ser amigo de los ricos, ganarse la vida de ese modo... Una jornada así es más dura que el trabajo que hacen veinte negros encadenados durante un mes.

—Pero ¿cómo consigue ganarse la vida con eso?

Hazlewood abrió un ojo y bizqueó el otro, como un comerciante de caballos del sur. Pero yo no le estaba tomando el pelo, de verdad que no lo entendía.

—Mira —dijo—, hay un montón de peces piloto como Aces Nelson. Aces no tiene nada especial, salvo que es algo más mono que la mayoría. Está bien, comparativamente hablando. Va a Tánger dos o tres veces al año, siempre en el yate de alguien. El verano se lo pasa de un yate a otro, el *Gaviota,* el *Siesta,* el *Christina,* el *Sister Anne,* el *Creóle,* el que quieras. El resto del año está allá arriba en

los Alpes, en St. Moritz o en Gstaad. O en las Antillas, Antigua, Lyford Cay. Haciendo altos en París, Nueva York, Beverly Hills, Grosse Pointe. Pero, esté donde esté, siempre está haciendo lo mismo. Ganándose el pan. Jugando desde el almuerzo hasta que se apagan las luces. Al bridge, al gin, al cutthroat, al old maid, al backgammon, resplandeciente, sonriendo con sus dientes con fundas y haciendo felices a los carcamales en sus salones de alta mar. Así es como se saca el dinero para sus viajes. El resto procede de extorsionar a tipas de diferentes edades y pasiones, culos acaudalados con maridos a quienes no les importa un rábano quién se lo haga con tal que no tengan que hacérselo ellos.

Jay Hazlewood no fumaba nunca, era un verdadero hijo de las colinas de Georgia que masticaba tabaco. En ese momento soltó un salivazo marrón en su escupidera particular.

—¿Que si es un trabajo duro? Pregúntamelo *a mí*. Casi me he follado cobras. Así es como conseguí *las pesetas* para abrir este bar. Pero lo hacía pensando en mí. Para llegar a convertir*me* en algo. Aces ya ha perdido el rumbo. Ahora mismo se encuentra aquí, con la panda de Bob.

Tánger es un bloque blanco de escultura cubista expuesta contra un fondo montañoso frente a la bahía de Gibraltar. Desde la cima de la montaña se baja por un barrio de clase media salpicado de feos chalets mediterráneos hasta llegar a la ciudad «moderna», un miasma hirviente de bulevares excesivamente anchos, rascacielos color de cemento, hasta el laberinto de la Casbah circundada por el mar. Excepto los allí presentes por motivos de negocios supuestamente legítimos, prácticamente todos los forasteros tangerinos se instalan allí por una, si no todas, de estas cuatro razones: la facilidad para conseguir drogas, la lujuriosa prostitución adolescente, los agujeros fiscales, o porque se trata de alguien tan indeseable que en ningún lugar al norte de Port Said le dejarían salir del aeropuerto o desembarcar. Es una ciudad aburrida donde se han suprimido todos los riesgos esenciales.

Por aquella época, las cinco reinas que gobernaban en la Casbah eran dos ingleses y tres americanas. Entre las féminas se encontraba Eugenia Bankhead, una mujer tan original como su hermana Tallulah, alguien que por sí misma producía un delirante resplandor solar en los atardeceres de la bahía. Y Jane Bowles, ese diablillo genial, esa conciencia torturadora, regocijante y riente. Autora de una novela siniestramente maravillosa, *Dos damas muy serías,* y de una única comedia, *En la casa de verano,* de la que podría darse la misma descripción. La difunta Mrs. Bowles vivía en una casa infinitesimal de la Casbah, una vivienda a una escala tan pequeña y con el techo tan bajo que para ir de una habitación a otra había casi que arrastrarse. Vivía allí con su amante mora, la famosa Cherifa, una vieja y ruda campesina que era la emperatriz de las hierbas y de las especias raras en el más grande de todos los bazares al aire libre de Tánger, y una

personalidad abrasiva que sólo un genio tan ingenioso y consagrado a las rarezas más extremas como Mrs. Bowles podía haber aguantado («Pero —decía Jane con una risa de querubín—, yo quiero a Cherifa. Cherifa no me quiere. ¡Cómo iba a quererme!, ¿a una escritora? Una judía tarada de Ohio. Sólo piensa en mi dinero. Mi dinero, el poco que me queda, y cómo quedarse con la casa. Cada seis meses por lo menos, intenta muy en serio envenenarme. Y no creas que estoy paranoica. Es la pura verdad»).

La casa de muñecas de Mrs. Bowles era todo lo contrario al palacio amurallado propiedad de la genéticamente tercera auténtica reina del vecindario, la marajá de los almacenes de «todo a perra gorda», Barbara Hutton. La Ma Baker de la panda de Bob, por citar a Jay Hazlewood. Miss Hutton, con un entorno de maridos temporales, amantes espontáneos y otros de oficio (si es que lo tenían) no especificado, solía reinar en su mansión marroquí algo así como un mes al año. Frágil, aterradora, apenas iba más allá de sus muros, y poquísimos lugareños eran invitados a traspasarlos. Como una niña desamparada y errante, hoy Madrid, mañana México, Mrs. Hutton nunca viajaba, únicamente cruzaba fronteras, llevándose detrás cuarenta baúles y todo su *ambiente* insular.

—¡Eh, tú! ¿Te gustaría ir a una fiesta?

Aces Nelson. Me estaba llamando desde la terraza de un café en el Petit Soco, una plaza de la Casbah y un gran salón al aire libre con una barahúnda que duraba las veinticuatro horas del día. Eso fue pasadas las doce de la noche.

—Mira —dijo Aces, que no estaba exaltado por nada excepto por su propia exaltación. De hecho, estaba bebiendo *té árabe*—. Tengo un regalo para ti.

—E hizo aparecer entre sus manos una perrita rolliza de vientre bailón, un cachorrito negro con el pelo a lo afro y dos círculos blancos que le rodeaban sus ojazos temerosos, como un panda, como un panda de gueto.

—Hace cinco minutos que se la he comprado a un marinero español —dijo Aces—. Se estaba paseando con esta cosita tan divertida metida en el bolsillo de su chaquetilla. Llevaba la cabeza colgando y he visto esos ojos encantadores. Y las orejas encantadoras, mira, una caída y la otra tiesa. Interrogué al marinero y me dijo que su hermana le había enviado a venderla al señor Wu, el chino que come perros asados. De modo que le di cien *pesetas,* y aquí la tienes.

Aces me puso la perrita delante, como una mendiga de Calcuta que ofreciera a una criatura afligida.

—No he sabido por qué la he comprado hasta que te he visto deambulando por el zoco. ¿Mr... Jones? ¿Me permite usted? Aquí tiene, Mr. Jones, cójala. Estáis hechos el uno para el otro.

Perros, gatos, niños, nunca he tenido nada que dependiera de mí. Cambiarme mis propios pañales ya era una faena que me quitaba demasiado tiempo. De modo que dije:

—Olvídalo. Dásela al chino.

Aces me lanzó una mirada de jugador. Puso al cachorrito en medio de la mesa del café, donde se quedó un instante temblando traumáticamente, y al momento se agachó para mear. ¡Aces! ¡Hijo de perra! *Las monjas del orfanato. Los precipicios encima de St. Louis.* La agarré, la envolví en un pañuelo Lanvin que Denny Fouts me había dado hacía tiempo y la acerqué a mí. La perrita dejó de temblar, sorbió por el hocico, suspiró y se quedó profundamente dormida.

Aces dijo:

—¿Y cómo vas a llamarla?

—Chucho.

—¿Ah, sí? Ya que he sido yo quien los ha presentado, lo menos que podrías hacer es llamarla Aces.

—Chucho. Lo que es ella, y tú, y yo. Chuchos.

Se rió.

—*Alors.* Pero te prometí una fiesta, Jones. La esposa de Cary Grant se encarga esta noche de darla. Será un aburrimiento, pero en fin.

Aces, al menos a sus espaldas, se refería siempre a la hotentota (una invención de Winchell) llamándola la esposa de Cary Grant.

—Es por respeto, de verdad. Fue el único de sus maridos con un nombre importante. El la adoraba, pero claro, ella tuvo que dejarle. Es incapaz de confiar o comprender a un hombre que no vaya detrás de su dinero.

Un senegalés de dos metros con un turbante carmesí y una chilaba blanca abrió las puertas de hierro. Las puertas daban paso a un jardín donde los árboles de Judas brillaban a la luz de las farolas y la fragancia hipnotizante de los nardos bordaba el aire. Pasamos a una habitación pálidamente viva con una luz que se filtraba por unos paneles con filigranas de marfil. A lo largo de las paredes había banquetas de brocado cargadas con cojines de brocado de un limón sedoso y de un lujo plateado y escarlata. Había preciosas mesas de latón brillantes con velas y cubetas de champán perladas. Los suelos eran espesos, con capas superpuestas de alfombras de las tejedoras de Fez y de Marrakech que semejaban extraños lagos de colores intrincados y antiguos.

Había pocos invitados y todos ellos sumisos, como si estuviesen esperando a que la anfitriona se retirase para lanzarse a una libertad exuberante, con esa inhibición propia de los cortesanos que esperan a que se retire la realeza.

La anfitriona, con un sari verde y una cadena de esmeraldas oscuras, estaba reclinada en los cojines. Sus ojos tenían esa vacuidad que se observa en las personas que han estado muchos años presas y, al igual que sus esmeraldas,

presentaban una distancia mineralizada. Su vista, o lo que optaba por ver, era misteriosamente selectiva. Me vio a mí, pero no se fijó en el perro que llevaba encima.

—¡Oh, Aces, querido! —dijo con una vocecita apagada—. ¿Qué has encontrado esta vez?

—Te presento a Mr. Jones. P.B. Jones, creo.

—Usted es poeta, Mr. Jones. Yo también lo soy, y siempre reconozco a los poetas.

Con todo, de un modo conmovedor y marchito, era bastante bella, una belleza desfigurada por esa apariencia suya de estar precariamente en equilibrio al borde del dolor. Recuerdo haber leído en un suplemento dominical que de joven era una mujer regordeta, una bola de manteca, flor de pared en los guateques, y que por indicación de un maniático de las dietas se había tragado una o dos solitarias, y ahora, debido a su rígida desnutrición y a su ligereza plumosa, uno se preguntaba si esos gusanos no seguirían siendo enormes inquilinos que daban cuenta de la mitad de su actual peso. Evidentemente, me había leído los pensamientos.

—No es una tontería. Estoy muy delgada, estoy demasiado débil para caminar. Me tienen que transportar a todas partes. Me gustaría leer sus poemas, de verdad.

—No soy poeta, soy masajista. La anfitriona retrocedió.

—Moretones. Me cae una hoja encima y me hace un morado.

Aces dijo:

—Me dijiste que eras escritor.

—Bueno, lo soy. Lo era. Algo así. Pero parece que soy mejor masajista que escritor.

Mrs. Hutton consultó a Aces. Era como si estuvieran cuchicheando con los ojos.

—Es posible que pueda ayudar a Kate —dijo ella. Y él, dirigiéndose a mí, dijo:

—¿Estás dispuesto a viajar?

—Pues sí. No tengo nada que hacer.

—¿Cuándo podrías reunirte conmigo en París? —preguntó, esta vez enérgico, como un hombre de negocios.

—Mañana.

—No. La semana próxima. El jueves. En el bar del Ritz, por el lado de la rué Cambon. A la una y cuarto.

La heredera suspiró entre los brocados rellenos de pluma de ganso.

—Pobre chico —dijo, y le dio golpecitos a una copa de champán con sus uñas curvas de albaricoque exageradamente esmaltadas. Era una señal para que el

criado senegalés la levantara, la levantara y se la llevara por las escaleras de baldosas azules hasta las habitaciones iluminadas con fuego, donde Morfeo, el eterno hacedor de males de los frenéticos, de los ofendidos, pero sobre todo de los ricos y los poderosos, esperaba alegre para jugar al escondite.

Le vendí a Dean un anillo de zafiro, también regalo de Denny Fouts, el cual a su vez lo había recibido como regalo de cumpleaños de su príncipe griego. Dean era el propietario mulato del Dean's Bar, el rival principal de Le Parade en lo referente a la trata de *haute monde* de la colonia. Lo vendí regalado, pero me permitió volar a París, a mí y a Chucho, aunque Chucho metida en un bolso de viaje de Air France.

El jueves, a la una y cuarto exactas, entré al bar del Ritz, con Chucho a rastras metida en su bolso de lona, ya que se había negado a quedarse en la habitación del hotel barato al que nos habíamos trasladado, en la rué du Bac. Aces Nelson, con el pelo terso y un humor radiante, nos estaba esperando en una mesa de un rincón.

Aces acarició a la perrita y dijo:

—Bien. Estoy sorprendido. De verdad que pensaba que no acudirías.

Yo me limité a decir:

—Más te vale que sirva de algo.

Georges, el jefe de la barra del Ritz, es un especialista en daiquiris. Pedí uno doble y Aces también, y mientras los estaba preparando, Aces preguntó:

—¿Qué sabes de Kate McCloud? Me encogí de hombros.

—Sólo lo que he leído en la prensa del corazón. Muy diestra con la escopeta. ¿No es ella la que disparó contra el leopardo blanco?

—No —dijo Aces meditabundo—. Estaba en la India de safari, y disparó a un hombre que había matado a un leopardo blanco. Afortunadamente, el tiro no tuvo consecuencias fatales.

Aparecieron las bebidas y nos las bebimos sin intercambiar una palabra más entre nosotros, excepto los agudos ladridos intermitentes de Chucho. Un buen daikiri es suavemente áspero y ligeramente dulce. Un daikiri malo es un frasco de ácido. Georges conocía la diferencia, de modo que pedimos otro, y Aces dijo:

—Kate tiene un apartamento aquí, en el hotel. Una vez que hayamos hablado, quiero que vayas a verla. ¿Te apetece un sandwich?

Pedimos dos sandwiches de pollo, la única variedad disponible en el bar del Ritz, en el lado de la rué Cambon. Aces dijo:

—En Choate tuve un compañero de habitación, Harry McCloud. Su madre era una Otis de Baltimore y su padre tenía muchas tierras en Virginia; en concreto, tenía una gran extensión de Middleburg, donde criaba caballos de caza. Harry era muy exagerado, un tipo muy competitivo y celoso. Pero de alguien tan

rico como él, tan guapo y atlético, no se oyen nunca quejas. Todo el mundo le tenía por alguien normal, salvo en una cosa extraña, cada vez que los chicos empezábamos a decir guarradas sobre sexo, nombrábamos las chicas que nos habíamos tirado o queríamos tirarnos, en fin, todo eso, Harry no abría el pico. Durante los dos años que compartimos la habitación nunca tuvo una cita y nunca mencionó a ninguna chica. Algunos muchachos decían que quizá Harry era marica, pero yo tenía la certeza de que el asunto no iba por ahí. Era todo un misterio. Al final, una semana antes de la clausura del último curso, llevábamos encima unas cuantas cervezas de más, ¡ay!, ¡qué felices éramos a los diecisiete!, y le pregunté si su familia asistiría al acto de clausura. Harry me dijo: «Viene mi hermano. Y papá y mamá.» Después dije yo: «¿Y tu novia? Olvidaba que no tienes novia.» Se me quedó mirando eternamente como si estuviera decidiendo entre pegarme o ignorarme. Al final sonrió. Era la sonrisa más feroz que jamás he visto en rostro humano. No sé explicarlo, pero me dejó pasmado. Me entraron ganas de llorar. «Sí, tengo novia. No lo sabe nadie. Ni su familia ni la mía. Sin embargo, llevamos tres años prometidos. El día en que cumpla veintiún años me casaré con ella. En julio tendré dieciocho, y me casaría con ella, pero no puedo. Mi novia sólo tiene doce años.» »No se deberían contar la mayoría de los secretos, pero especialmente los que amenazan más al oyente que al hablante. Pensé que Harry se volvería contra mí por haberle sonsacado, o mejor dicho permitido, su confesión. Pero una vez que había empezado ya no hubo descanso. Era incoherente, con la incoherencia de los obsesos. El padre de la chica, un tal Mr. Mooney, era un inmigrante irlandés, una auténtica rata de alcantarilla de County Kildare, el caballerizo de la granja de los McCloud en Middleburg. La chica, o sea Kate, era una de las cinco hijas, todas eran chicas y todas espantosas, salvo la más pequeña, Kate. La primera vez que la vi, bueno, que *me fijé* en ella, tenía seis o siete años. Todas las niñas de los Mooney eran pelirrojas. Pero *su* pelo..., ¡incluso al rape, como un chico! Era una gran amazona. Era capaz de hacer brincar un caballo de tal modo que podía saltársete el corazón. Y tenía los ojos verdes. No sólo verdes. No sé explicarlo.

»Los McCloud tenían dos hijos, Harry, y otro chico más pequeño, Wynn. Pero siempre habían deseado tener una niña, y poco a poco, sin ninguna resistencia por parte de la familia de Kate, fueron absorbiendo a la niña en la casa principal. Mrs. McCloud era una mujer de muy buena educación, sabía idiomas y música, y era coleccionista. Le dio clases a Kate de francés y alemán, y le enseñó a tocar el piano. Y lo que es más importante, suprimió del vocabulario de Kate todos los dejos irlandeses. Mrs. McCloud la vestía, y Kate viajaba con la familia cuando iban de vacaciones a Europa. "Nunca he amado a ninguna otra persona". Es lo que me dijo Harry. "Hace tres años le pedí que se casara conmigo, y me prometió que nunca se casaría con ningún otro. Le di un anillo de diamantes. Lo

robé del joyero de mi abuela. Mi abuela llegó a la conclusión de que lo había perdido, reclamó incluso el seguro. Kate lo tiene escondido en un baúl."

Cuando llegaron los sandwiches, Aces puso el suyo a un lado para fumarse un cigarrillo. Yo me comí la mitad del mío y el resto se lo di a Chucho.

—Y en efecto, cuatro años más tarde Harry McCloud se casó con esta extraordinaria chica de apenas dieciséis años. Yo asistí a la boda, fue en la iglesia episcopal de Middleburg, y la primera vez que vi a la novia fue cuando bajó por el pasillo principal cogida del brazo de la rata de alcantarilla de su papi. La verdad es que era *todo un fenómeno.* Su gracia, su porte, su *autoridad:* cualquiera que fuese su edad, era una actriz espléndida. Jones, ¿te gusta Raymond Chandler? Ah, bien, bien. Creo que es un gran artista. Y lo importante es que Kate Mooney me recordaba a una de esas heroínas de Raymond Chandler, niñas ricas, misteriosas y enigmáticas. ¡Ah!, pero con mucha más clase. Bueno, el caso es que Raymond Chandler escribió acerca de una de sus heroínas: «Hay rubias y, después, hay rubias.» Es una gran verdad, pero aún es más verdad a propósito de las pelirrojas. Las pelirrojas siempre tienen algo que las estropea. O tienen el pelo arrugado, o de un tono que no es bonito, demasiado oscuro y estropajoso o demasiado pálido y mortecino. Y su piel rechaza todos los elementos, el viento, el sol, todo la decolora. Una pelirroja guapa de verdad es más difícil de encontrar que un rubí impecable color sangre de pichón de cuarenta quilates o, para el caso, uno defectuoso. Sin embargo, nada de esto se cumplía en el caso de Kate. Su pelo era como una puesta de sol en invierno, iluminado con los últimos fulgores del atardecer. Pamela Churchill es la única pelirroja que yo haya visto con un cutis comparable al de Kate. Pero, aun así, Pam es inglesa y se crió empapada del rocío de las nieblas inglesas, algo que todo dermatólogo debería embotellar. Y Harry McCloud tenía mucha razón a propósito de sus ojos. Generalmente es un mito. Suelen ser grises, grises azulados con destellos verdes por dentro. En una ocasión, en Brasil, conocí en la playa a un muchacho con una piel muy suave y los ojos tan ligeramente almendrados y verdes como los de Kate. Comparables a las esmeraldas de Mrs. Grant.

»Era perfecta. Harry la adoraba, igual que sus padres. Sin embargo había pasado por alto un pequeño factor; Kate era sagaz; podía pensar más que todos ellos juntos y estaba haciendo planes que iban más allá de los McCloud. Me di cuenta inmediatamente. Somos de la misma casta, aunque con esto no quiera decir que yo tenga ni la décima parte de la inteligencia de Kate.

Aces buscó una cerilla en el bolsillo de su chaqueta, la encendió con la uña del pulgar, y le prendió fuego a otro cigarrillo.

—No —dijo Aces respondiendo a una pregunta que no había sido formulada—, nunca tuvieron hijos. Pasaron los años y todas las Navidades me llegaban tarjetas suyas, casi siempre una foto de Kate montada elegantemente a

un caballo para alguna cacería, y Harry sujetando las riendas con la corneta en la mano. Bubber Hayden, un tipo que conocimos en Choate, acudió a una de esas cenitas familiares del Georgetown de José Alsop. Sabía que vivía en Middleburg, de modo que le pregunté por los McCloud. Bubber dijo: «Kate se divorció de Harry y se fue a vivir al extranjero, creo que hace unos tres meses. Es una historia horrible pero no sé ni la mitad. Lo que sí sé es que los McCloud metieron a Harry en uno de esos cómodos asilos de Connecticut con los portales vigilados y fuertes barras en las ventanas.

»Esta conversación debió de tener lugar a principios de agosto. Llamé a la madre de Harry, que estaba en la feria de primales de Saratoga, y le pregunté por Harry. Dije que quería hacerle una visita y me dijo que no, que no era posible, y empezó a llorar; dijo que lo sentía y colgó.

»En esto sucedió que ese año fui a St. Moritz para las Navidades. En el trayecto hice un alto en París y llamé a Tutti Rouxjean, que había trabajado de *vendeuse* para Balenciaga durante muchos años. La invité a almorzar y aceptó, pero teníamos que ir a Maxim's. Le dije si no podíamos vernos en algún bar bistró tranquilo y me contestó que no, que teníamos que ir a Maxim's, "es algo importante, ya verás por qué".

»Tutti había reservado mesa en la sala delantera y después de habernos tomado un vaso de vino blanco me señaló una mesa libre que había cerca puesta muy ostentosamente para una persona. "Espera y verás —dijo Tutti—, dentro de poco la joven más hermosa del mundo se sentará a esa mesa, completamente sola; Cristóbal la ha estado vistiendo durante estos últimos seis meses y cree que desde Gloria Rubio no ha habido nadie que se le pueda comparar." (Nota: la señora Rubio, una mexicana sumamente elegante a quien se le ha conocido en varias etapas de sus compromisos maritales como la esposa del conde alemán von Fürstenberg, el príncipe egipcio Fakri y el millonario inglés Loel Guinness.) "*Le tout París* habla de esa mujer, y sin embargo, nadie sabe gran cosa de ella. Excepto que es americana y que almuerza aquí todos los días. Siempre sola. Al parecer no tiene amigos. ¡Ah, mira! ahí viene."

»A diferencia de cualquier otra mujer del salón, llevaba puesto un sombrero. Era un sombrero negro elegantísimo de ala blanda, grande, y con la forma de un Borsalino de hombre. En el cuello llevaba un pañuelo de seda gris con un nudo muy flojo. El sombrero, el pañuelo, todo eso era el drama, el resto era el más sencillo, pero mejor cortado, de los trajes de chaqueta cuadrados de Balenciaga en bombasí negro.

»Tutti dijo: "Es de alguna parte del sur. Su nombre es Mrs. McCloud."

»"¿La esposa de Harry Clinton McCloud?

»Tutti dijo: "¿La conoces?"

»Y yo dije: debería. Estuve en su boda. Fantástico. Pero, ¡Dios mío!, si no puede tener más de veintidós años.

»Le pedí un papel a un camarero y le escribí una nota: Querida Kate. No sé si te acuerdas de mí, pero fui compañero de habitación de Harry en la escuela y estuve en tu boda. Estoy unos días en París y me encantaría verte, si quieres. Me alojo en el hotel Lotti. Aces Nelson.

»Tutti no se ofendió porque la excluyera de la invitación. Estaba demasiado fascinada. "Ahora no voy a insistir, pero prométeme, Aces, que me lo contarás todo. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Pensaba que por lo menos tenía treinta años. Debido a su 'ojo', ese auténtico saber, ese gusto. Supongo que no es más que una de esas criaturas por las que no pasa el tiempo."

»Y después de que Tutti se fuera, me reuní con Kate en su apartada mesa; me senté a su lado en la banqueta roja y, para sorpresa mía, me dio un beso en la mejilla. Yo me ruboricé, sorprendido y encantado, y Kate se rió, ¡oh!, ¡y qué risa! Siempre me hace pensar en una copa de brandy brillando a la luz del fuego. Se rió y dijo: "¿Por qué no? Hace mucho tiempo que no he besado a un hombre o dirigido la palabra a alguien que no sea un camarero, una doncella o un dependiente. Hago muchísimas compras. He comprado suficientes cosas como para amueblar Versalles." Le pregunté cuánto tiempo llevaba en París, dónde vivía, y qué vida hacía en general. Y me dijo que se hospedaba en el Ritz, que llevaba en París casi un año. "Y en cuanto a mis asuntos cotidianos, voy de compras, voy a probarme, voy a todos los museos y galerías, monto a caballo por el Bois, leo, duermo muchísimo y almuerzo aquí todos los días en la misma mesa; no es muy original por mi parte, pero desde el hotel es un paseo delicioso y no hay muchos restaurantes agradables donde una mujer joven pueda almorzar sin dar una impresión algo sospechosa. Hasta el propietario de este sitio, Monsieur Vaudable, creo que al principio pensó que yo debía de ser una especie de cortesana.» Y yo dije: Pero debe de ser una vida tan solitaria. ¿No quieres ver nunca a gente?, ¿o hacer algo diferente?

»"Sí —dijo—. Me gustaría tomar otro tipo de licor con el café. Algo que no haya oído nunca. ¿Qué me sugieres?"

»De modo que le describí el Verveine. Pensé en ese licor porque es del mismo color verde que sus ojos. Está hecho con un millón de hierbas raras de la montaña. Fuera de Francia, no lo he encontrado en ningún sitio y, dentro de Francia, en poquísimos lugares. Delicioso, pero te da un topetazo como el de un licor mal hecho. En fin, nos tomamos un par de Verveines y Kate dijo. "En efecto, es verdad que esto es diferente. Y sí, para responder en serio a tu pregunta, estoy empezando a sentirme...bueno, no *aburrida,* pero sí *tentada;* asustada, pero tentada. Cuando se ha sufrido durante mucho tiempo, cuando todas las mañanas uno se despierta con una sensación creciente de histeria,

entonces lo que uno quiere es aburrirse, maratones de sueño, sentir el silencio dentro de uno mismo. Todo el mundo quería que fuese a un hospital, y habría hecho cualquier cosa por complacer a la madre de Harry, pero sabía que nunca podría volver a vivir, ser *tentada,* hasta que no lo intentara por mí misma, sin la ayuda de nadie."

»De repente le dije: ¿Eres buena esquiadora? Y Kate dijo: "Podía haberlo sido. Pero Harry me arrastraba siempre a ese lugar horrible en Canadá. Grey Rocks. A treinta bajo cero. A él le encantaba porque todo el mundo era muy feo. Aces, esta bebida es un descubrimiento maravilloso. Tengo la sensación de que mis venas se derriten por completo."

»Acto seguido le dije: ¿Te apetecería pasar las Navidades conmigo en St. Moritz? Y Kate quiso saber: "¿Se trata de una invitación platónica?" ¡Qué Dios me bendiga! Nos hospedaremos en el Palace. Con la distancia que quieras entre planta y planta. Se rió y dijo: "La respuesta es sí. Pero a condición de que me convides a otro Verveine."

»De esto hace seis años. ¡Dios mío, lo que habrá llovido desde entonces! ¡Pero aquellas primeras Navidades en St. Moritz! La joven Mrs. McCloud de Middleburg, Virginia, fue una de las cosas más importantes que sucedieron en Suiza desde que Aníbal cruzó los Alpes, de verdad.

»En todo caso, Kate era una esquiadora fabulosa, tan buena como Doris Brynner o Eugenia Niarchos o Marella Agnelli. Kate, Eugenia y Marella se convirtieron en las trillizas Bobbsey. Solían subir en helicóptero hasta el Club Corviglia todas las mañanas, almorzaban allí y bajaban esquiando por la tarde. La gente la amaba. Los griegos. Los persas. Los germanos. Los italianos. En todas las veladas, sin excepción, el Sha pedía que la sentaran a su mesa. Y no sólo los hombres, las mujeres, incluso las grandes bellezas, jóvenes rivales como Fiona Thyssen y Dolores Guinness, reaccionaron calurosamente; creo que por la actitud tan prudentemente correcta de Kate: nunca coqueteaba, y cuando asistía a las fiestas, iba conmigo y se retiraba conmigo. Algunos idiotas pensaban que lo nuestro era un romance, pero los más listos decían, con toda razón, que un cisne con el plumaje de Kate no iba a preocuparse lo más mínimo por un pobre diablo del backgammon como Aces Nelson.

»En cualquier caso, yo no aspiraba a ser su amante, sino su amigo, o quizá su hermano. Solíamos dar paseos bajo la nieve en los bosques blancos que rodean St. Moritz. Hablaba con frecuencia de los McCloud y de lo buenos que habían sido con ella y con sus hermanas, las feas Mooney. En cambio, evitaba hablar de Harry, y cuando le mencionaba se refería a él de paso, aunque de un modo cargado de amargura. Hasta una tarde en que paseábamos alrededor del lago helado que hay al pie del Palace. El caballo de un trineo resbaló en el hielo, se cayó y se rompió las patas delanteras.

»Kate dio un grito. Un grito que debió de oírse en todo el valle. Echó a correr y se metió de cabeza bajo otro trineo que doblaba por esa esquina. No estaba herida físicamente, pero entró en un estado de coma histérico que la dejó prácticamente inconsciente hasta que la llevamos al hotel. Mr. Badrutt tenía ya un médico esperando. El médico le puso una inyección que pareció reanimarle el corazón y colocarle de nuevo los ojos en su sitio. Después quiso llamar a una enfermera, pero yo me negué y dije que me quedaría con ella. De modo que la acostamos y el médico le puso otra *piqure* que borró por completo cualquier huella de terror. En ese momento me di cuenta de que, nadando bajo esa primorosa superficie, siempre había habido un niño temeroso a punto de ahogarse.

»Bajé las luces y Kate dijo: por favor no me dejes, y yo dije: si no me voy, me siento aquí, y ella dijo: no, quiero que te eches a mi lado, en la cama, y así lo hice; nos cogimos de la mano y dijo: lo siento. Ha sido por el caballo, el que se cayó en el hielo. Yo siempre había deseado tener un palomino y Mrs. McCloud me regaló uno el día de mi cumpleaños, hace dos años, una yegua, ¡qué buena cazadora y qué valiente era, cuánto nos divertimos juntas! Como es natural, Harry la odiaba. Su manera de comportarse conmigo desde que éramos niños, todo, formaba parte de sus celos de hombre demente. En una ocasión, el primer verano después de casarnos, destrozó un jardín de flores que yo había plantado. Al principio dijo que había sido un zorro, pero después admitió que lo había hecho él: dijo que le dedicaba demasiada atención al jardín. Y por ese mismo motivo no quería que tuviese hijos. Su madre siempre sacaba ese tema a colación y un domingo, en la comida, delante de toda la familia, Harry le dijo gritando: "¿Es que quieres tener un nieto negro? ¿Es que no conoces a Kate? Folla con negros, se va al campo, se tumba en el suelo y los negros se la follan." Fue a la facultad de derecho en Washington y en Lee, y lo suspendían porque no podía concentrarse a menos que me tuviese vigilada. Abría todas mis cartas y las leía, antes incluso de que yo pudiera verlas. Controlaba todas mis llamadas: siempre se le oía respirar ligeramente al otro lado del hilo. Desde hacía tiempo ya nadie nos invitaba a fiestas, ni siquiera podíamos ir al club de campo; Harry, sobrio o ebrio, estaba siempre dispuesto a soltar un puñetazo, normalmente a cualquier hombre que me sacara a bailar más de una vez. Lo peor de todo es que estaba convencido de que yo tenía una aventura con su padre y con su hermano, Wynn. Centenares de noches me sacudía y me despertaba, y, poniéndome un cuchillo en la garganta, me decía: "A mí no me mientas, cerda, puta, follanegros. Reconócelo, o te rajo el cuello de oreja a oreja. Te corto la cabeza. Dime la verdad. Wynn es un auténtico semental, el mejor que has tenido nunca, igual que papá, también es un gran verraco." Y así nos quedábamos en la cama durante horas, Aces, y ese frío cuchillo en mi garganta. Mrs. McCloud me imploraba y me suplicaba que no me

fuese, ya que estaba completamente segura de que Harry me mataría si yo me iba. Entonces sucedió lo de Nanny, el palomino. Incluso Mrs. McCloud tuvo que reconocer el verdadero alcance de la demencia de Harry, sus celos dementes. Porque lo que Harry hizo fue bajar al establo y romperle a Nanny todas las patas con una barra. Incluso Mrs. McCloud vio que era inútil, que Harry, tarde o temprano, me mataría. Alquiló un avión y volamos a Sun Valley, donde permaneció conmigo durante todo el tiempo que duraron los trámites para obtener el divorcio en Idaho. Una mujer maravillosa. La llamé el día de Navidad y se sintió feliz de que estuviera en St. Moritz y que saliera y conociera a gente. Quiso saber si había conocido a algún hombre interesante. ¡Cómo si me fuera a casar otra vez!

—Pero ¿sabes? —dijo Aces—. Se casó. Y tardó menos de un mes.

Sí: me acordaba de un montón de portadas de revista en los quioscos de París: *Der Stern, París Match, Elle.*

—Sí, claro. Se casó con...

—Axel Jaeger. El hombre más rico de Alemania.

—¿Y ahora se ha divorciado de Herr Jaeger?

—No exactamente. Es una de las razones por las que quería que la conocieses. Está corriendo un gran peligro. Necesita protección. También necesita a un masajista que viaje con ella todo el tiempo. Alguien con educación. Presentable.

—Yo no tengo ninguna educación.

Se encogió de hombros y echó un vistazo a su reloj.

—¿La llamo ahora y le digo que ya vamos para arriba?

Debería haberle hecho caso a Chucho. Gimoteaba como si me avisara. En lugar de eso, me dejé llevar al encuentro de Kate McCloud. Kate, por quien mentiría, robaría, cometería crímenes por los que me podrían, y aún pueden, haber metido en la cárcel para toda mi vida.

Cambio de clima. Chubascos, un spray tonificante que despeje el hedor de la ola de calor de Manhattan. Aunque, por supuesto, nada puede librarnos de los olores de la ropa de deporte y del Lysol en mi amado Y.M.C.A. Dormí hasta el mediodía, después llamé al Self Service para cancelar una cita que tenía concertada para las seis de la tarde con un carcamal que se hospedaba en el Yale Club. Pero esa zorra besada por el sol, Butch el dorado, dijo: ¿Estás loco? Este es un idiota de cien dólares. Un Benjy Franklin sin problemas.» Como seguí poniendo pretexto (de verdad, Butch, tengo un dolor de cabeza de cojones), me puso con la *mismísima* Miss Self, y ésta me soltó un auténtico Buchenwald, un castigo a lo Ilse Koch («¿Ah, sí? Que ahora quiere trabajar, que ahora no quiere, aquí no queremos diletantes»).

Vale, vale. Me di una ducha, me afeité y llegué al Yale Club con un botón del cuello desabrochado, el pelo bien corto, discreto, ni gordo ni *femme,* entre treinta y cuarenta años, con un buen paquete y buenos modales: justo lo que el carcamal había encargado.

Pareció encantado conmigo. Y no hubo ningún problema. Cuestión de recostarse, los ojos bien cerrados. Y, de vez en cuando, un falso gruñido de agradecimiento a medida que iba fantaseando para llegar al espasmo obligatorio («No te contengas. Échamela toda»).

El «patrono», por usar la terminología de Miss Self, era campechano, casi calvo, firme como una nuez, un hombre sesentón, casado, con cinco hijos y dieciocho nietos. Un viudo que se había casado hacía quizá unos diez años con su secretaria, una persona veinte años más joven. Era un ejecutivo de seguros retirado que poseía una granja cerca de Lancaster, Pennsylvania, donde criaba vacas y, como pasatiempo, cosas «raras». Me contó todo esto mientras me vestía. El tipo me gustó, y lo que más me gustó es que no me hizo una sola pregunta sobre mí mismo. Cuando ya me iba, me dio su tarjeta (caso único entre los clientes del Self-Service, siempre conscientes de su anonimato), y me dijo que si en algún momento me apetecía sacudirme el polvo de la ciudad, que le llamara: me invitaba a pasar unas vacaciones en Appleton Farms. Se llamaba Roger W. Appleton, y Mrs. Appleton, me informó con un simpático guiño en absoluto vulgar, era una mujer comprensiva: «Alice es una buena persona. Aunque inquieta. Lee mucho.» Con lo cual me percaté de que me estaba proponiendo una orgía entre los tres. Nos dimos la mano. Su apretón de manos era tan musculoso que mis nudillos se quedaron entumecidos durante un minuto entero, y le prometí que lo pensaría, ¡Caramba, era para pensárselo! Vacas por ahí sueltas, prados verdes, rosas, ausencia de...

¡Todo esto! Ronquidos. Sucios resuellos. Asfixia. El chancleteo lúgubre de pies escrutadores. En el camino de regreso a «casa», ja, ja, me compré una pinta de ginebra, en oferta, el tipo de ambrosía sin mezcla que dejaría sin hablar a un montón de gargantas de mala vida. Me cargué la mitad en dos tragos, empecé a dar cabezadas, empecé a recordar a Denny Fouts y a sentir el deseo de bajar corriendo las escaleras, buscar un autobús, el Hongo Mágico Exprés, un torpedo alquilado que me lanzara en propulsión hasta el fin del recorrido, que me impulsara todo el camino hasta esa discoteca encalmada: el Café La Reina Negra del padre Flanagan.

Stop. Estás como una cuba, P.B. Eres un perdedor. Un perdedor borracho, un tonto del culo, P.B. Jones. De modo que buenas noches. Buenas noches, Walter Winchell, cualquiera que sea el infierno en donde te estés abrasando. Buenas noches, Mr. y Mrs. América, y todos los barcos del mar, cualquiera que sea el mar en donde os estéis hundiendo. Y un buenas noches muy especial a esa

sabia filósofa de ocho años, Florie Rotondo. Florie, cariño, te lo digo en serió, espero que no alcances nunca el centro del planeta Tierra y que nunca descubras uranio, rubíes y Monstruos Perfectos. De todo corazón, el que aún me queda, espero que te vayas al campo y vivas allí por siempre feliz.

II. KATE McCLOUD

«Quizá sea una oveja negra, pero mis pezuñas son de oro»
P.B. JONES (bajo los efectos de la gripe)

Durante esta semana, mi santa jefa, Miss Self, me envió a siete «citas» en tres días, aunque alegué de todo, desde bronquitis a gonorrea. Y ahora intenta convencerme para que aparezca en una película porno («escucha, P.B., cariño. Es una producción de calidad. Con *guión.* Puedo conseguirte doscientos diarios). Pero no quiero meterme en esas historias, y menos ahora.

De todas formas, anoche tenía la sangre demasiado rizada, me sentía demasiado intranquilo como para dormirme. Era imposible, y es que no podía estar aquí tumbado, despierto, en mi divina celda del Y.M.C.A. escuchando los pedos de medianoche y los lamentos de las pesadillas de mis hermanos cristianos.

De modo que decidí recorrerme la calle Cuarenta y dos oeste, que no cae muy lejos de aquí, y buscar una película en uno de esos palacios del cine abiertos toda la noche y con aroma a amoníaco. Cuando me puse en camino, eran más de la una y el itinerario de mi paseo me llevó por nueve manzanas de la Octava Avenida. Prostitutas, negros, puertorriqueños, unos cuantos blancos y, en realidad, todos los estratos sociales de gente de la calle, los lujuriosos chulos latinos (uno con un sombrero blanco de visón y una pulsera de diamantes), los cabeceantes heroinómanos dando cabezadas desde los portales, los chaperos, entre los cuales los más valientes eran los gitanos, puertorriqueños y rudos montañeses fugitivos de no más de catorce o quince años («Señor, ¡diez dólares! ¡Fólleme toda la noche!) que rondaban por las aceras como un águila ratonera sobrevolando un matadero. Y, de vez en cuando, el coche de la policía patrullando, con sus pasajeros desinteresados y sin ver nada, al haberlo visto todo hasta tener reuma en los ojos de ver el espectáculo.

Pasé por delante del Loading Zone, un bar de sadomasoquistas entre la calle Cuarenta y la Octava Avenida, y vi a una pandilla de chacales con cascos de cuero y chaquetas de cuero, aullando y riéndose, apiñados en la acera alrededor de un joven vestido exactamente igual que ellos, el cual, inconsciente, estaba tendido en el suelo entre el bordillo y la acera, y todos sus amigos, colegas, torturadores o como coño quieran ustedes llamarles, se le estaban meando encima, empapándole de pies a cabeza. Nadie se fijaba. Bueno, *se fijaban,* pero sólo lo suficiente para moderar un poco sus movimientos. Todo el mundo pasaba de largo, todos excepto una pandilla de prostitutas indignadas, negras, blancas, y de ellas por lo menos la mitad travestís, que no cesaban de gritarles a los meones («¡Ya vale, eh, ya vale, *maricones,* maricones de mierda!») y de golpearles con sus bolsos hasta que

los chicos de cuero empezaron a regarlas de arriba abajo, riéndose aún más fuerte, y las «chicas», con sus pantalones elásticos y sus pelucas surrealistas (arándano, fresa, vainilla, dorado afro), salieron corriendo, volando calle abajo con alas en el culo y chillando, aunque divertidas: «¡Maricas. Maricones, miserables maricas de mierda!»

En la esquina, se quedaron dudando si interrumpir a un predicador, o uno de esos oradores, quien, al igual que un exorcista derribando a los demonios, estaba atacando a un auditorio movedizo y holgazán de marineros y chaperos, traficantes y mendigos, y chicos del campo, basura blanca recién llegada a la estación de autobuses de Port Authority. «¡Sí, sí!», gritaba el predicador, las luces titilantes de un puesto de perritos calientes le daban un color verde a su cara histérica, hambrienta, tirante y joven:

—El diablo se está revolcando dentro de ustedes —gritó con su voz de Oklahoma, erizada como un alambre de espino—. El diablo se ha apropiado de ustedes y ahí lo tienen, grueso y alimentándose de su maldad. ¡Dejen que la luz del señor lo mate de hambre! ¡Dejen que la luz del señor los eleve hasta el cielo!

—¿Ah, sí? —vociferó una de las putas— No hay Señor que levante a nadie tan pesado como tú. Estás demasiado lleno de mierda.

La boca del predicador se retorció con un resentimiento lunático:

—¡Son una basura, una mierda! Una voz le respondió:

—¡Calla! ¡No las insultes!

—¿Qué? —dijo el predicador, gritando de nuevo.

—Yo no soy mejor que ellas. Y tú no eres mejor que yo. Todos somos iguales.

Y de repente me di cuenta de que la voz era *la mía,* y pensé: anda chico, estás perdiendo los estribos, los sesos se te salen por las orejas.

De modo que me metí rápidamente en el primer cine que me salió al paso, sin molestarme en mirar qué películas proyectaban. En el vestíbulo me compré una tableta de chocolate y una bolsa de palomitas de maíz con mantequilla; desde el desayuno aún no había comido nada. Después busqué un sitio en el gallinero, lo cual fue un error, ya que es en los gallineros de estos emporios abiertos todo el día donde las sombras infatigables de los buscadores de sexo serpentean y deambulan entre las filas. Putas hundidas, mujeres de sesenta y setenta años que quieren chupártela por un dólar (¿cincuenta centavos?) y hombres que ofrecen el mismo servicio por nada, y otros hombres, a veces cierta clase de ejecutivos un tanto conservadores cuya especialidad al parecer es hacer proposiciones deshonestas a los numerosos borrachos amodorrados.

Acto seguido, en la pantalla, vi a Montgomery Clift y a Elizabeth Taylor. *Una tragedia americana.* Una película que había visto dos veces por lo menos y no es que fuese una película grandiosa; sin embargo, era muy buena, sobre todo la escena

final que aparecía en pantalla justo en ese momento: Clift y la Taylor de pie, juntos, separados por los barrotes de la celda de la muerte, ya que a Clift sólo le quedan unas horas para ser ejecutado. Clift, un fantasma poético dentro de su traje gris de la muerte, y la Taylor, con diecinueve años y deslumbrante, sublimemente fresca como una lila después de la lluvia. Triste. *Triste.* Lo suficiente como para que a Calígula se le saltasen las lágrimas. Me atraganté al llenarme la boca de palomitas.

Terminó la película e inmediatamente siguió *Río rojo,* la historia de amor de vaqueros con John Wayne y, una vez más, Montgomery Clift. Fue el primer papel importante de Clift, el que lo convirtió en una *estrella.* Mis motivos tenía para recordarlo.

¿Se acuerdan de Turner Boatwright, el difunto, el no muy llorado director de la revista, mi antiguo mentor (y némesis), ese querido amigo al que un latino enloquecido por la droga apaleó hasta que se le paró el corazón y se le saltaron los ojos de la cabeza?

Una mañana, cuando todavía disfrutaba de sus favores, me llamó y me invitó a cenar:

—Es sólo una fiestecita. Seis en total. La doy para Monty Clift. ¿Has visto su última película, *Río rojo?* —preguntó. Y siguió explicándome que conoció a Clift hacía mucho tiempo, cuando era un actor muy joven, un *protégé* de los Lunt—. Bueno —dijo Boaty—, le pregunté si había alguien en particular a quien quería que invitase y dijo que sí, a Dorothy Parker, siempre había querido conocer a Dorothy Parker. Y pensé, ¡oh! ¡Dios mío!, porque Dorothy se ha convertido en una borracha de tal calibre que nunca sabes cuándo va a aterrizarle la cara en la sopa. Sin embargo, llamé a Dottie y dijo ¡oh!, que le *emocionaría* ir a la fiesta. Pensaba que Monty era el hombre más guapo que había visto en su vida. «Pero no puedo —dijo— porque ya me he comprometido con Tallulah para cenar esta noche, y ya sabes cómo es: me tiraría a la vía del tren si intentara escaquearme.» De modo que le dije, escucha, Dottie, déjame arreglarlo: llamaré a Tallulah y la invitaré también a ella. Y eso es lo que ocurrió. Tallulah dijo que le encantaría asistir, ca-ca-riño, pero que había un problema, ya había invitado a Estelle Winwood, ¿podía llevar a Estelle?

Era una idea embriagadora reunir a estas tres formidables mujeres en la misma habitación: Bankhead, Dorothy Parker y Estelle Winwood. La invitación de Boaty era para las siete y media, con un margen de una hora para los cócteles antes de la cena que él mismo había preparado: sopa senegalesa, estofado, ensalada, un surtido de quesos y soufflé de limón. Llegué algo temprano para ver si podía ser de alguna ayuda, pero Boaty, que llevaba una chaqueta de terciopelo color aceituna, estaba tranquilo, todo en orden, no quedaba nada por hacer salvo encender las velas.

El anfitrión nos sirvió a cada uno de nosotros uno de sus martinis «especiales», ginebra a cero grados a la que se le había añadido una gota de Pernod.

—Nada de vermú. Sólo un toque de Pernod. Un viejo truco que me enseñó Virgil Thompson.

Las siete y media se convirtieron en las ocho. Cuando íbamos por nuestra segunda copa, los demás invitados ya llevaban una hora de retraso, y la serenidad de Boaty, lustrosamente tricotada, empezó a desenmarañarse. Empezó a mordisquearse las uñas, una complacencia de lo menos característica. A las nueve estalló:

—Dios mío, ¿se dan cuenta de lo que he *hecho?* Yo no sé Estelle, pero las otras tres son todas unas borrachas. He invitado a cenar a tres alcohólicas. *Una* ya está mal, pero *tres.* No acudirán nunca.

Sonó la campanilla de la puerta.

—Ca-ca-riño... —Era Miss Bankhead, girando dentro de un abrigo de visón del mismo color que su largo cabello holgadamente ondulado—. ¡Cuánto lo lamento! Toda la culpa ha sido del taxista. Nos llevó a una dirección equivocada. A un infame bloque de pisos del West Side.

—Benjamín Katz. Así se llamaba. El taxista —dijo Miss Parker.

—Te equivocas, Dottie —la corrigió Miss Winwood mientras las damas se quitaban sus abrigos y Boaty las escoltaba hasta su oscuro salón Victoriano, donde unos troncos crujían alegremente en una chimenea de mármol.

—Se llamaba Kevin O'Leary. Sufría muchísimo del virus irlandés. Por eso no sabía adonde se dirigía.

—¿Virus irlandés? —dijo Miss Bankhead.

—El alcohol, querida —dijo Miss Winwood.

—¡Ah, el alcohol! —suspiró Miss Parker—. Eso es exactamente lo que necesito.

—Aunque un ligero balanceo en su modo de andar hacía pensar que otra copa era exactamente lo que no necesitaba.

—Un bourbon con agua —pidió Miss Bankhead—. Y no seas tacaño.

Miss Parker, quejándose de cierta *crise de foie,* se negó al principio, pero después dijo:

—Bueno, un vaso de vino quizá.

Yo estaba de pie junto a la chimenea y Miss Bankhead, espiándome, se lanzó hacia adelante. Era una mujer bajita, pero, debido a su voz gruñona y a su vitalidad invencible, parecía una amazona.

—*Y* —dijo, entornando sus ojos miopes en un parpadeo— ¿es éste Mr. Clift, nuestra nueva gran estrella? Le dije que no, que me llamaba P.B. Jones.

—No soy nadie, sólo un amigo de Mr. Boatwright.

—¿No serás otro de sus «sobrinos»?

—No, soy escritor, o quiero serlo.

—¡Boaty tiene tantos sobrinos! Me pregunto de dónde los saca. ¡Maldita sea!, Boaty, ¿dónde está mi bourbon?

Cuando los invitados se sentaron en los sofás de piel de Boaty, llegué a la conclusión de que Estelle Winwood, una actriz por aquel entonces con poco más se sesenta años, era la más importante de las tres. La Parker tenía el aspecto de esas mujeres a las que cualquiera le cedería inmediatamente el sitio en el metro, una niña vulnerable engañosamente imposibilitada que se hubiese ido a dormir y se hubiese despertado cuarenta años más tarde con ojos hinchados, dentadura postiza y whisky en el aliento. Y la Bankhead tenía la cabeza demasiado grande para su cuerpo y los pies demasiado pequeños. En cualquier caso, su presencia era demasiado fuerte para que una habitación la contuviera: necesitaba un auditorio. Pero Miss Winwood era una criatura exótica, delgada como una serpiente, tiesa como una directora de colegio. Llevaba un sombrero de paja descomunal, de ala ancha, que no se quitó en toda la noche. El ala del sombrero oscurecía la palidez perlina de su arrogante rostro y ocultaba, aunque no con demasiado éxito, la malicia que encendía ligeramente sus ojos púrpura. Estaba fumando un cigarrillo, y descubrimos que los empalmaba uno tras otro, igual que Miss Bankhead. Y que Miss Parker.

Miss Bankhead se encendió un cigarrillo con la punta de otro, e hizo saber:

—Anoche tuve un sueño extraño. Soñé que estaba en el Savoy, en Londres. Bailando con Jock Whitney. Vamos, *eso* era un hombre atractivo. Con esas grandes orejas rojas y esos hoyuelos.

—Y bien, ¿qué hay de extraño en eso? —dijo Miss Parker.

—Nada. Excepto que hace veinte años que no había pensado en Jock. Y después, esa misma tarde, lo *vi*. Estaba cruzando la calle Cincuenta y siete en una dirección, y yo iba en sentido contrario. No estaba muy cambiado, algo más grueso, un poco mofletudo. ¡Dios mío, qué bien la pasábamos juntos! Solía llevarme a los partidos y a las carreras. Pero, en la cama, nunca salía bien. ¡La misma historia de siempre! En una ocasión fui a un psicoanalista y malgasté cincuenta dólares la hora en intentar descubrir por qué nunca funciono con hombres que amo de verdad, y que me vuelven loca de verdad. En cambio, con cualquier tramoyista que me importa un rábano, me quedo exhausta.

Boaty apareció con las bebidas. Miss Parker vació su copa de un solo trago, y acto seguido dijo:

—¿Por qué no traes la botella y la dejas en la mesa?

—No sé qué puede haberle pasado a Monty —dijo Boaty—. Por lo menos podría haber llamado.

—Miau, miau. —El maullido lastimero de un gato iba acompañado del ruido de unas uñas que arañaban la puerta principal— ¡Miau!

—*Pardonnez-moi, señor* —dijo el joven Mr. Clift, al tiempo que se desplomó en la habitación y se abrazó a Boaty—: He estado durmiendo la mona.

Así de pronto, yo diría que no la había dormido del todo. Cuando Boaty le ofreció un martini, me di cuenta de que sus manos temblaban mientras se esforzaba por sostenerlo.

Debajo de su arrugada gabardina llevaba unos pantalones de franela gris y un suéter gris de cuello vuelto. También llevaba unos calcetines a rombos y unos mocasines. Se quitó los zapatos de un puntapié y se sentó a los pies de Miss Parker.

—De sus relatos, el que más me gusta es el que trata de una mujer que está esperando a que suene el teléfono, esperando que llame un tipo que intenta mandarla a la porra, y la mujer sigue inventándose motivos por los cuales no llama, y suplicándose a sí misma no llamarle. Todo eso lo conozco. Yo mismo lo he sufrido. Y ese otro relato «Big Blonde», en el que la mujer se traga todas las pastillas. Sólo que no se muere, se despierta y tiene que seguir viviendo. ¡Uau!, odiaría que me pasara eso. ¿Ha conocido usted a alguien a quien le haya pasado?

Miss Bankhead se rió:

—Pues claro que conoce a alguien. Dottie siempre está engullendo pastillas o cortándose las venas. Recuerdo que una vez fui a verla al hospital, tenía las venas vendadas con gasa rosa, con unos lazos de gasa rosa muy monos. Bob Benchley dijo: «Dottie, si no dejas de hacer eso, uno de estos días vas a hacerte daño.»

—Benchley no dijo eso —protestó Miss Parker—. Lo dije *yo*. Dije: si no dejo de hacer esto, un día voy a hacerme daño.

Durante la hora siguiente, Boaty anadeó entre la cocina y el salón, yendo por bebidas y más bebidas, y afligiéndose por la cena, sobre todo por el estofado, que se estaba quedando seco. Ya pasaba de las diez cuando convenció a los demás para que se instalaran alrededor de la mesa del comedor, y yo, para ayudar, serví el vino que en cualquier caso era el único sustento que parecía interesar a todo el mundo. Clift dejó caer un cigarrillo en su recipiente de sopa senegalesa que estaba intacto, y se quedó inerte, mirando fijamente al vacío, como si estuviera representando a un soldado con neurosis de guerra. Sus compañeras fingieron no darse cuenta y Miss Bankhead siguió con su serpenteante anécdota (era cuando tenía una casa en el campo, y Estella vivía conmigo y estábamos tumbadas fuera en el césped escuchando la radio. Era una radio portátil, una de las primeras que se fabricaron. De pronto apareció la voz de un locutor. Pidió nuestra atención para dar un aviso importante. Resultó tratarse del secuestro Lindbergh. De cómo alguien había utilizado una escalera para trepar y meterse en la habitación del bebé

y robarlo. Cuando terminó el aviso, Estella bostezó y dijo: «Bien, en *esto* por lo menos no estamos metidas nosotras, Tallulah»).

Mientras Miss Bankhead hablaba, Miss Parker hizo algo tan extraño que atrajo la atención de todos nosotros. Hasta hizo callar a Miss Bankhead. Con lágrimas en los ojos, Miss Parker estaba tocando la cara hipnotizada de Clift, y con sus dedos rechonchos le estaba rozando la frente, las mejillas, los labios, la barbilla.

—¡Maldita sea, Dottie! —dijo Miss Bankhead—. ¿Quién te crees que eres, Hellen Keller?

—Es tan hermoso —murmuró Miss Parker—. Delicado. Hecho con tanta finura. El hombre más bello que he visto en mi vida. Qué lástima que sea un chupapollas. —Y, acto seguido, dulcemente, con los ojos abiertos de par en par y el candor de una niña, dijo—. ¡Oh, oh, querida! ¿He dicho algo que esté mal? Lo que quiero decir es que es un chupapollas, ¿no, Tallulah?

—Bien, ca-ca-riño —dijo Miss Bankhead—. La verdad es que no sabría decirte. *Mi* polla no la ha chupado nunca.

Me sentía incapaz de mantener los ojos abiertos. *Río rojo* era muy aburrida, y el olor a desinfectante de letrinas me estaba cloroformizando. Necesitaba beber algo y ese algo lo encontré en el bar irlandés de la calle Treinta y ocho y la Octava Avenida. Estaban a punto de cerrar, pero una gramola seguía funcionando, y había un marinero bailando solo. Pedí una ginebra triple. Al abrir la cartera, se me cayó una tarjeta. Una tarjeta de visita blanca con un nombre, dirección y número de teléfono: Roger W. Appleton Farms, Aptdo. 711, Lancaster, Pa. Tel: 905-537-1070. Me quedé mirando la tarjeta fijamente, preguntándome cómo podía haber llegado a mis manos. ¿Appleton? Un largo trago de ginebra me iluminó la memoria. Appleton. Claro. Un cliente del Self Service. Uno de los pocos que puedo recordar con agrado. Pasamos una hora juntos en su habitación del Yale Club. Un hombre mayor, pero curtido, fuerte, bien hecho y con un apretón de manos que podía estrujarte los huesos. Un tipo agradable, muy abierto. Me habló mucho de sí mismo: después de morir su primera esposa, se casó con una mujer mucho más joven. Y vivían en las tierras de una extensa granja llena de árboles frutales, vacas sueltas rumiando y arroyos retozones. Me dio su tarjeta y me dijo que lo llamara y fuera a hacerle una visita cuando quisiera. Ahogado por la autocompasión, animado por el alcohol y olvidando totalmente que debían de ser las tres de la mañana, le pedí al encargado del bar que me cambiara cinco dólares.

—Lo siento, hijito. Pero vamos a cerrar.

—Por favor. Es una emergencia. Tengo que poner una conferencia.

—Quienquiera que sea, no se lo merece —dijo contando el dinero.

Tras marcar el número, una operadora pidió otros cuatro dólares. El teléfono sonó media docena de veces hasta que por fin respondió una voz de mujer, profunda y lenta, a causa del sueño.

—Hola, ¿está Mr. Appleton? Vaciló:

—Sí, pero está durmiendo. Aunque si se trata de algo importante...

—No, no es nada importante.

—¿Puedo saber quién llama?

—Dígale solamente..., solamente que le ha llamado un amigo. Su amigo del otro lado de la laguna Estigia.

Pero volvamos a aquella tarde de invierno en París, la tarde en que vi por primera vez a Kate McCloud. Allí estábamos los tres, yo, mi perrita cruzada, Chucho, y Aces Nelson, todos agolpados en uno de esos pequeños ascensores del Ritz forrados de seda.

Subimos al último piso, desembarcamos, y mientras caminábamos por el pasillo, decorado con anticuados baúles de barco de vapor a ambos lados, Aces dijo:

—Kate, por supuesto, no sabe el verdadero motivo por el que te traigo aquí...

—¡Ya que lo dices, yo tampoco!

—Todo lo que dije fue que había encontrado a un masajista maravilloso. ¿Sabes? Este último año ha sufrido mucho de dolores de espalda. Ha ido de médico en médico, aquí y en América. Algunos dicen que es una hernia discal, aunque la mayoría están de acuerdo en que es psicosomático, *una maladie imaginaire*. Pero el problema es...

—Su voz se quedó suspendida en el aire.

—¿Es?

—Si ya te lo he dicho. Hace un minuto. Mientras tomábamos las copas en el bar.

Reaparecieron en mi cabeza fragmentos de nuestra conversación. Kate McCloud estaba ahora separada de Axel Jaeger, uno de los hombres más ricos del mundo, según dicen. Antes, a los diecisiete años, la casaron con el hijo de un rico criador de caballos de Virginia para quien trabajaba como preparador el padre de Kate. Aquel matrimonio terminó por causas bien fundadas de crueldad mental. Kate se trasladó más tarde a París y acabó convirtiéndose, con el paso de los años, en una diosa de la prensa de sociales: Kate McCloud en una cacería de osos en Alaska, en un safari en África, en un baile de Rothschild, en el Grand Prix con la princesa Grace, en un yate con Stavros Niarchos.

—El problema es... —titubeó Aces—, es, como te he dicho, que corre peligro. Y necesita..., bueno, alguien que esté con ella. Un guardaespaldas.

—Joder, ¿y por qué no le vendemos a Chucho?

—Por favor —dijo—. No es ningún chiste.

Esa fue la mayor verdad que el viejo Aces dijo en su vida. ¡Si al menos hubiese podido prever el laberinto al que Aces me conducía cuando una negra abrió la puerta! La negra llevaba un elegante traje pantalón negro con muchas cadenas de oro alrededor del cuello y las muñecas. La boca también la tenía cargada de oro. Sus dientes parecían más una inversión que una dentadura. Tenía el pelo blanco rizado y un rostro sin arrugas, redondo. Si me hubieran pedido que adivinase su edad habría dicho cuarenta y cinco años. Más tarde, supe que era una doncella de honor.

—¡Corine! —exclamó Aces, y besó a la mujer en las dos mejillas— *Comment ça va?*

—Nunca me he sentido mejor, ni nunca he sido tan pobre.

—P.B., te presento a Corinne Bennett, la factótum de Mrs. McCloud. Corinne, te presento a Mr. Jones, el masajista.

Corinne inclinó la cabeza pero sus ojos se concentraron en el perro que yo llevaba escondido bajo el brazo.

—Lo que quiero saber es qué hace aquí ese perro. No será un regalo para Miss Kate, espero. Desde lo de Febo ha estado refunfuñando si tener otro perro o no.

—¿Febo?

—Tuve que matarlo, igual que harán un día de éstos conmigo, pero a ella no se lo diga. Eso equivaldría a volver a empezar de nuevo. Tenga piedad. Nunca he visto llorar tantísimo a un adulto. Vengan, les está esperando. —Después, bajando la voz, añadió—: Esa tal Mme. Appledorf está con ella.

Aces hizo una mueca. Me miró como si estuviese a punto de decir algo, pero no fue necesario. Yo ya había ojeado bastantes *Vogue* y *Paris-Match* como para saber quién era Perla Appledorf. La esposa de un magnate sudafricano del platino, muy racista; ella, en el *milieu* mundano, destacaba tanto como Kate McCloud. Era brasileña y, en privado, aunque esto lo descubrí más tarde, sus amigos la llamaban la Duquesa Negra, con lo que insinuaban que no era de puro origen portugués como ella afirmaba, sino una niña de *los favelos* de Río, nacida con un buen toque de mulata, cosa que si era verdad, era todo un chiste a costa del hitleriano Herr Appledorf.

El apartamento de Kate se guarecía bajo los aleros del hotel. Las habitaciones, en las que dominaban unas amplias ventanas abuhardilladas que daban a la Place Vendôme, eran de idéntico tamaño. Originalmente, habían sido utilizadas como habitaciones para criados, pero Kate McCloud había unido seis de esas estancias y las había decorado con una finalidad distinta cada una. En conjunto, el efecto era el de un apartamento de lujo dentro de un ferrocarril.

—¿Miss Kate? Los señores han llegado. Y, como por arte de magia, allí estábamos, en el dormitorio de Kate McCloud.

—¡Aces! Ángel mío. —Kate estaba cepillándose el pelo encaramada en un borde de la cama—. ¿Vas a tomar el té? Perla está tomándolo. ¿O algún licor? ¿No? Entonces, lo tornaré yo. Corinne, ¿puedes traerme un vasito de Verveine? Aces, ¿que no vas a presentarme a Mr. Jones? Mr. Jones —le dijo confidencialmente a Mme. Appledorf, que estaba sentada en una silla al lado de la cama— va a expulsar los demonios de mi columna.

—Bueno —dijo Mme. Appledorf, que tenía un cabello negro y terso, brillante como el de un cuervo, y una voz como el graznido de un cuervo—, espero que sea mejor que aquel sádico japonesito que me envió Mona. Nunca más volveré a confiar en Mona. Aunque no es que haya confiado en ella alguna vez. No creerán lo que ocurrió. Me hizo tumbarme desnuda en el suelo y después, con sus pies descalzos, se *plantó* encima de mi cuello, se paseó por mi espalda de arriba abajo y, vamos, es que bailó. La *agonía.*

—¡Oh, Perla! —dijo Kate McCloud con lástima—, ¿qué sabrás tú de la agonía? Acabo de pasar una semana en St. Moritz y no he visto un solo par de esquís. No he salido en ningún momento de mi habitación, salvo para ver a Heinie. No he hecho más que estar tumbada, masticar Doridens y rezar. Aces —dijo, pasándole un marco plateado que había encima de una mesa cerca de la cama—, es una foto reciente de Heinie. ¿No es encantador?

—Es el hijo de Miss McCloud —explicó Aces, mostrándome la foto enmarcada: un niño solemne de mejillas mofletudas enfundado en una bufanda, un abrigo de pieles y un sombrero de pieles, con una bola de nieve en la mano. Y, acto seguido, me di cuenta de que por todas partes en la habitación había, sin exagerar, docenas de fotos del mismo chiquillo a edades diferentes.

—Es un encanto. ¿Qué edad tiene ahora?

—Cinco años. Bueno, cumplirá cinco en abril —prosiguió mientras se cepillaba el pelo, pero ahora de un modo severo y destructivo—. Fue una pesadilla. Antes nunca me permitían verlo a solas. El querido tío Frank, y el amado tío Otto, las dos viejas solteronas, siempre estaban delante, vigilando, contando los besos que le daba y dispuestos a echarme a la calle en cuanto se me acababa la hora. —Lanzó el cepillo al otro lado de la habitación, lo cual hizo ladrar a Chucho—. ¡Mi hijo!

La Duquesa Negra carraspeó, sonó como un cuervo que hiciese gárgaras.

—Secuéstralo —dijo.

Kate McCloud se rió y se echó contra un montón de cojines Porthault.

—¡Qué raro! En estas dos últimas semanas eres la segunda persona que me lo dice. —Se encendió un cigarrillo—. No es del todo verdad que no saliera nunca en St. Moritz. Sí salí. Dos veces. Una para cenar con el Sha, y la otra fue

una noche que asistí a un baile descabellado que daba Mingo en el King's Club, donde conocí a esa mujer increíble.

—¿Estaba Dolores? —dijo Mme. Appledorf.

—¿Dónde?

—En la fiesta del Sha.

—Había tanta gente que no me acuerdo. ¿Por qué?

—No, nada. Sólo son rumores. ¿Quién dio la fiesta?

Kate McCloud se encogió de hombros.

—Uno de los griegos. Livanos, creo. Y después de la cena, Su Alteza hizo el numerito de siempre: mantener a todo el mundo sentado a sus mesas durante horas mientras contaba chistes insulsos. En francés, inglés, alemán, persa. Y todo el mundo daba alaridos de risa aunque no hubiese comprendido una palabra. Es una lástima ver a Farah Diba, de verdad que se ruboriza de vergüenza.

—Al parecer, el hombre no ha cambiado mucho desde que íbamos a la escuela en Gstaad. Le Rosey.

—Y Niarchos se sentó a mi lado, lo cual no fue ningún alivio. Llevaba encima bastante coñac como para conservar en alcohol a un rinoceronte. Se me quedó mirando de un modo beligerante y me dijo: Míreme a los ojos. Bueno, yo no podía. Niarchos tenía los ojos desenfocados. Míreme a los ojos y dígame, ¿qué es lo que la hace más feliz en este mundo? Yo le dije que dormir, y él dijo: ¿Dormir? Es lo más triste que he oído en mi vida. Ya tendrá miles de años para dormir. Ahora le diré lo que me hace a mí más feliz. Cazar. Matar. Merodear por las selvas y matar a un tigre, un elefante, un león. En esos momentos soy un hombre pacífico. Feliz. ¿Qué me dice a eso? Y yo dije: es lo más triste que he oído en mi vida. Matar y destruir. Me resulta algo muy patético llamar a eso felicidad.

La Duquesa Negra inclinó la cabeza, asintiendo:

—Sí. Los griegos tienen ideas muy negras. Los griegos ricos.

Se parecen tanto a los humanos como los coyotes a los perros. Lo coyotes tienen el mismo *aspecto* que los perros, pero, naturalmente, no son perros.

Aces intervino para hacer un comentario:

—Pero Kate, a ti te gusta cazar. ¿Cómo justificas eso?

—Me gusta *jugar* a cazar. Me gustan los paseos y la soledad. A lo único que he disparado en mi vida fue a un oso Kodiak, y fue en defensa propia.

—Disparaste a un hombre —le recordó Aces.

—Sólo a las piernas. Y se lo merecía. Mató a un leopardo blanco.

Corinne apareció con un vasito de Verveine, y Aces tenía razón, el licor le iba perfectamente con el super-verde de sus ojos.

—Pero de lo que he empezado a hablarles era de esa mujer increíble que conocí en la juerga de Mingo. Se sentó a mi lado y dijo: «Hola, monada. He oído que eres una chica del sur, igual que yo. Soy de Alabama. Me llamo Virginia Hill.»

Aces dijo:

—¿La famosa Virginia Hill?

—Bueno, yo no sabía que era conocida hasta que me lo dijo Mingo. Nunca había oído hablar de ella.

—Ni yo —dijo Mme. Appledorf—. ¿Quién es? ¿Una actriz?

—La querida de un gángster —le informó Aces—. La mujer Más Buscada. El F.B.I. tiene fotos suyas en todas las oficinas de correos de América. Leí un artículo sobre ella. Se titulaba: «La Madonna del hampa.» Todo el mundo la persigue, no sólo el F.B.I. sino también la mayoría de sus antiguos compinches. Piensan que si el F.B.I. la agarra algún día, es posible que hable demasiado. Cuando las cosas se pusieron muy mal, se largó a México en un avión y se casó con un instructor de esquí austriaco. Desde entonces la han tenido oculta en Austria y en Suiza. Los americanos no han podido extraditarla nunca.

—*Mon Dieu* —dijo Mme. Appledorf, santiguándose—. Esa mujer debe de tener mucho miedo.

—No es que tenga miedo. Está desesperada, hasta es posible que piense en el suicidio. Pero lleva una máscara jovial muy convincente. Y siguió rodeándome con su brazo, apretándome y diciendo y diciendo: «¡Mira que es bueno hablar con un compatriota! ¡Carajo, por mí puedes coger toda Europa y metértela en el culo! ¿Ves mi mano? Me enseñó su mano, la tenía escayolada y dijo: «Pesqué a mi marido en la cama con una de esas nenas repipis, y le partí la mandíbula a la chica. Y se la habría partido también a mi marido, si no hubiera saltado por la ventana. Supongo que estarás al corriente de todos los problemas que he tenido en los Estados Unidos, pero a veces pienso que haría mejor en largarme a casa y acabar de una vez con el asunto. Allí no puedo estar más encarcelada que aquí.»

—¿Pero qué aspecto tenía realmente? ¿Es guapa? —dijo Aces.

Kate se quedó pensativa:

—Guapa no, pero sí es mona, graciosa, como una camarerita de un motel. Tiene una cara simpática, pero acompañada de doble papada. Y ni me imagino lo que le pesarán las tetas, por lo menos un par de kilos.

—Por favor, Kate —protestó la Duquesa Negra—, ya sabes cuánto me desagradan esas palabras. Tetas.

—Ah, sí. Siempre se me olvida que te educaron las monjas brasileñas. Bueno, lo que iba diciendo es que esta mujer, de pronto, me pegó los labios a la oreja y me susurró: «¿Por qué no lo secuestras?» Y me limité a mirarla. No tenía la menor idea de lo que me estaba hablando. Dijo: «Tú lo sabes todo de mí, pero yo sé mucho de ti. Que te casaste con ese hijo de puta alemán y te dio la patada y se

quedó con el niño. Escucha, yo también soy madre. Tengo un chico y sé cómo te sientes. Con su dinero y estas leyes europeas, el único modo de recuperar a ese niño es secuestrándolo.»

Chucho gimoteó. Aces hizo sonar unas monedas en su bolsillo. Mme. Appledorf dijo:

—Creo que tiene toda la razón. Y el secuestro podría llevarse a cabo.

—Sí, podría hacerse —dijo Aces—. Sería un asunto terriblemente peligroso, pero *podría* hacerse.

—¿Cómo? —gritó Kate McCloud, golpeando los cojines con sus puños—. Ya conocen esa casa. Es una fortaleza. No podría sacarlo nunca de allí. Y menos con esas viejas solteronas de tíos vigilando todo el tiempo. Y los criados.

—Sin embargo —dijo Aces—, podría llevarse a cabo. Con una planificación ejemplar.

—¿Y después qué? Una vez que hubiera sonado la alarma no podría acercarme ni a quince kilómetros de la frontera suiza.

—Pero imagínate —graznó Mme. Appledorf—, imagínate que no intentaras cruzar la frontera. En coche, quiero decir. Imagínate que tuvieses un avión privado Grumman esperándote en el valle. Todos a bordo, sería despegar e irnos.

—¿Ir adonde?

—A América.

Aces estaba entusiasmado:

—¡Sí, sí! Una vez que estuvieses en los Estados Unidos, Herr Jaeger se vería impotente. Podrías pedir el divorcio, y no hay un solo juez en América que no te diese la custodia de Heinie.

—Soñar despierto es soñar imposibles. Mr. Jones —dijo Kate—, lamento haberle hecho esperar tanto. La camilla de masajes está en aquel armario.

—Sueños imposibles, quizá. Pero yo lo pensaría —dijo la Duquesa Negra, poniéndose en pie—. ¿Qué tal si almorzamos juntas la semana próxima?

Aces le dio un beso a Kate McCloud en la mejilla.

—Te llamaré más tarde, cariño. P.B., cuida bien de mi chica. Y, cuando hayas terminado, búscame en el bar.

Mientras yo instalaba la camilla, Chucho se subió a la cama y dobló las patas para hacer pipí. Intenté agarrarla.

—No pasa nada. Cosas peores han pasado en esta cama. Es una perrita tan fea que resulta adorable. Me encanta su cara negra con esos circulotes blancos alrededor de los ojos. Igual que un panda. ¿Qué tiempo tiene?

—Tres, cuatro meses, quizá. Me la dio Mr. Nelson.

—Ojalá me la hubiera dado a *mí*. ¿Cómo se llama?

—Chucho.

—¿Cómo puede llamarla usted así? Es demasiado encantadora. Vamos a pensar en algo que le vaya mejor.

Cuando tuve dispuesta la camilla, Kate saltó de la cama y se desprendió de su negligé corto de gasa, bajo el que no llevaba nada. El vello del pubis y su cabello rojo color miel, largo hasta los hombros, eran exactamente del mismo color. Era una auténtica pelirroja, perfecta. Estaba delgada, pero su cuerpo no necesitaba un gramo de más. Por la perfección de su postura parecía más alta de lo que era, más o menos de mi estatura: un metro setenta y dos centímetros. Sin darle importancia, cruzó la habitación. Sus pechos, firmes, apenas temblaban. Apretó el botón de un estéreo: música española, la guitarra de Segovia mitigó el silencio. Se acercó en silencio a la camilla y se recostó dejando caer su fascinante cabellera por un lado. Al suspirar, veló sus brillantes ojos. Los cerró como si estuviera posando para una mascarilla mortuoria. No llevaba maquillaje y no lo necesitaba, ya que el color natural de sus elevados pómulos era cálido y sus labios gratamente enfurruñados eran ya rosados.

Sentí que mi entrepierna se excitaba, una excitación que se endurecía a medida que contemplaba toda la longitud de su saludable y esculpido cuerpo, sus suculentos pezones, la amplia curva de sus caderas, y sus piernas tendidas hacia arriba que se alargaban hasta sus delgados pies, defectuosos únicamente por los juanetes de esquiador en sus dedos pequeños. Mis manos vacilaban, estaban húmedas y me maldije a mí mismo. Basta ya, P.B., esto no es muy profesional por tu parte, muchacho. Pero aún mi verga siguió presionando contra la bragueta. Ahora bien, nunca me había ocurrido nada parecido tan espontáneamente, y eso que he dado masajes, y más que masajes, a un buen número de mujeres estimulantes, aunque reconozco que ninguna de ellas era comparable a esta Calatea. Me sequé las manos húmedas en mis pantalones, y empecé a manipularle el cuello y la zona superior de los hombros, sobándole la piel tirante y los tendones como si fuera un comerciante manoseando un costoso tejido. Al principio Kate estuvo tensa, pero poco a poco conseguí que se sintiera flexible y cómoda.

—Hmmm —murmuró como una niña soñolienta— ¡Qué gusto! Dígame, ¿cómo cayó usted en manos de nuestro pícaro Mr. Nelson?

Me alegré de poder hablar. Cualquier cosa con tal de librarme de aquel malicioso deseo. De modo que no sólo le conté que había conocido a Aces en un bar de Tánger, sino que proseguí con un breve resumen de P.B. Jones y sus viajes. Un hijo de puta nacido en St. Louis y criado allí mismo en un orfanato católico hasta los quince años, que es cuando me largué a Miami, donde trabajé como masajista durante cinco o seis años, hasta que ahorré el dinero suficiente para irme a Nueva York y probar suerte en lo que yo quería ser de verdad, un escritor. ¿Con éxito? Bueno, sí y no. Publiqué un libro de relatos cortos que la crítica y el

público desgraciadamente ignoraron: una decepción que me trajo a Europa y me hizo viajar mucho, gorroneando aquí y allá mientras trataba de escribir una novela. Pero también eso había sido un fracaso. De modo que ahí estaba yo, a la deriva y sin un futuro que se extendiera más allá del día siguiente.

En ese instante había alcanzado su abdomen, al que di un masaje con un movimiento circular giratorio; después bajé hasta las caderas y acto seguido, con mi vista clavada en el vello de su pubis rosado, pensé en Alice Lee Langman y en los recuerdos que Alice Lee Langman tenía de un amante polaco al que le gustaba llenarle el coño de cerezas y comérselas una tras otra. Mi imaginación intensificó esta fantasía. Me imaginé un cuenco lleno de cerezas blandas macerándose en una rica y dulce crema caliente, y vi cómo los dedos sabrosos de Kate McCloud iban escogiendo las cerezas cremosas del cuenco y cómo se las introducía. Me flaquearon las piernas; mi polla latía y tenía los huevos prietos como el puño de un avaro.

Dije perdón y me dirigí al baño, seguido de Chucho, que me observaba asombrado, con un interés de duendecillo, mientras me abría la bragueta y me la cascaba. No me llevó mucho tiempo, un par de tirones, y lance una cantidad que por poco inunda el suelo. Después de borrar las huellas con un kleenex, me lavé la cara, me sequé las manos y volví con mi cliente, con una flojera en las piernas comparable a la de un marinero mareado, aunque mi polla seguía medio-saludando.

La buhardilla estaba ensombrecida por el invernal atardecer de París. La luz de una lámpara definía la figura de Kate y destacaba su rostro. Ella sonreía y, con una risa titilante que templaba su tono, dijo:

—¿Se siente mejor?

Con cierta brusquedad dije:

—¿Sería tan amable de darse la vuelta?

Le hice un masaje por la nuca, le pellizqué con mis dedos toda la columna vertebral, y le vibró el torso como un gato ronroneante.

—Sabe —dijo Kate—, ya he pensado un nombre para su perrita. Febo. Una vez tuve un pony que se llamaba Febo. Y también un perro. Pero quizá deberíamos preguntárselo a Chucho. Chucho, ¿te gustaría llamarte Febo?

Chucho se agachó para salpicar la alfombra.

—¡Lo ve! Le encanta, Mr. Jones —dijo—. ¿Podría pedirle un favor? ¿Dejaría que Febo pasara la noche conmigo? Odio dormir sola. Y he echado mucho de menos a mi otro Febo.

—Por mí no hay inconveniente, si tampoco lo hay para... Febo.

—Gracias —se limitó a decir.

Pero sí había un inconveniente. Tenía la impresión de que si dejaba a Chucho con esa hechicera, nunca volvería a pertenecerme. O quizá yo mismo no volvería

a pertenecerme. Era como si me hubiese caído en una furiosa corriente de aguas blancas, en un torrente helado y en ebullición que me arrastrara y me impulsara violentamente hacia una catarata pintoresca pero malvada. Mientras tanto, mis manos trabajaban para aliviarle la espalda, las nalgas, las piernas. Su respiración se hizo rítmica y uniforme. Cuando tuve la certeza de que estaba dormida, me incliné y la besé en el tobillo.

Se movió, pero no se despertó. Me senté al borde de la cama y Febo, sí, Febo, saltó y se enroscó junto a mí. Al poco rato se quedó dormida. Yo había sido amado, pero no había sabido nunca lo que era el amor, por eso no podía entender los impulsos y los deseos que oscilaban en mi cerebro como un trineo. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía darle a Kate McCloud para obligarla a respetar mi amor y corresponderme? Mis ojos recorrieron la habitación y se posaron en la repisa de la chimenea y en las mesas que servían de apoyo a los marcos plateados de las fotos de su hijo: un muchachito muy serio, aunque a veces sonriera, lamiera un cucurucho de helado o sacara la lengua e hiciera muecas graciosas. «Secuéstralo.» ¿No había sido ése el consejo de la Duquesa Negra? Era absurdo, pero yo ya me veía, espada desenvainada, castrando dragones y avanzando a través de los infiernos para rescatar a ese niño y dejarlo sano y salvo en los brazos de su madre. Sueños imposibles. Mierda. Y, no obstante, un instinto, no sé por qué, me decía que el muchacho era la respuesta. Subrepticiamente, salí de puntillas de la habitación y cerré la puerta, sin interrumpir los profundos sueños de Febo ni los de su nuevo amo.

Descanso. Necesito sacarle punta a mis lápices y empezar un cuaderno nuevo.

Ha sido un largo descanso, casi una semana. Pero estamos en noviembre y de pronto hace un frío irracional. He salido bajo una lluvia torrencial y he tomado un taxi. No habría salido si mi jefa, Miss Victoria Self, la Gran Sacerdotisa de los servicios Marque-una-polla y Llame-un-coño no me hubiese enviado un mensaje urgente para que me personara en su despacho.

No entiendo cómo, teniendo en cuenta todo el dinero que deben de estar acuñando ella y sus cómplices mafiosos, no pueden soltar un poco de pasta para alquilar un cuartel general menos inmundo que este basurero de dos habitaciones encima de una tienda porno de la calle Cuarenta y dos. Claro que los clientes raras veces ven el local, sólo se ponen en contacto por teléfono. De modo que supongo que la patrona se dirá que por qué va a desperdiciar dinero en mimar a los empleados, a nosotros, pobres putas. Ahogado, y casi chorreando agua de lluvia por las orejas, subí chapoteando los dos tramos de la crujiente escalera y

una vez más me enfrenté a la puerta de cristal translúcido con el rótulo desportillado: The Self Service. Pase.

La agobiante salita de espera estaba ocupada por cuatro personas. Sal, un italiano bajito y voluminoso con un anillo de casado que era uno de los policías pluriempleados de Miss Self. Y Andy, que estaba en libertad condicional acusado de allanamiento de morada, aunque si no te acercabas demasiado podía pasar por el prototipo de joven universitario y, como siempre, estaba tocando la armónica. Y estaba Butch, el lánguido y rubio secretario de Miss Self, el cual, ahora que su loción bronceadora de la Isla de Fuego le había abandonado, se parecía más que nunca a Uriah Heep. Maggie también estaba presente, una simpática chica rechoncha: la última vez que la había visto se acababa de casar, para gran indignación de Butch.

—Y *ahora,* ¿sabes lo que ha hecho? —siseó Butch cuando yo entraba— Está embarazada. Maggie se defendió:

—Por favor, Butch. No veo por qué armas tanta bronca. Si me enteré ayer. Pero no interferirá en nada.

—Eso es lo que dijiste cuando te escabulliste y te casaste con ese haragán. Maggie, sabes que te quiero, ¿Cómo has podido dejar que te ocurra algo así?

—Por favor, cariño. Te lo prometo. No volverá a ocurrir.

Nada sosegado, Butch arrugó unos papeles de su mesa y se volvió hacia Sal.

—Sal, espero que no olvides que tienes una cita a la cinco en punto en el hotel St. George. Habitación 907. Se llama Watson.

—¡El St. George! ¡Por Dios! —gruñó Sal, cuyo apodo es Diez Centavos, por una habilidad de ponerse a lo largo de su gruesa polla diez peniques uno tras otro, cuando la tiene tiesa—. ¡Eso está en Brooklyn! ¿Y con este tiempo tengo que mover el culo de aquí para largarme a Brooklyn?

—Es una cita de cincuenta dólares.

—Espero que no sea nada especial. No estoy de humor para cosas especiales.

—No es nada especial. Una simple Lluvia Dorada. El caballero está sediento.

—Bueno —dijo Sal, llegándose al refrigerador de agua del rincón y agarrando un vasito de papel—. Creo que será mejor que me llene el depósito.

—¡Andy!

—Sí, señor.

—¿Eso es todo lo que hacen los delincuentes en la cárcel? ¿Tatuarse y aprender a tocar la armónica?

—Yo no llevo ningún tatuaje.

—¡A mí no me contestes!

—Sí, señor —dijo Andy humildemente.

Butch desvió su atención bruscamente hacia mí. Con su expresión, de una presunción sobreañadida, pretendía insinuarme que podía estar enterado de algunas noticias siniestras referentes a mí. Butch pulsó el vibrador que había en su mesa y dijo:

—Creo que Miss Self ya puede recibirlo.

Miss Self pareció no enterarse de que había entrado. Se encontraba junto a una ventana, de espaldas a mí y contemplando el aguacero. Alrededor de su estrecho cráneo llevaba anudadas unas finas trenzas grises. Como siempre, su corpulenta figura sobresalía dentro de su traje de sarga azul. Estaba fumando un *cigarrillo*. Su cabeza se giró:

—¡Ah, sí! —dijo con su vestigio de acento alemán—. Está usted empapado. Eso no es bueno. ¿No tiene un impermeable?

—Esperaba que Santa Claus me trajese uno por Navidad.

—Eso no es bueno —repitió, acercándose a su mesa—. Ha estado usted ganando bastante, seguro que puede comprarse un impermeable. Tome —dijo, sacando de un cajón dos vasos y una botella de su tranquilizante favorito, tequila.

Mientras llenaba los vasos, volví a asombrarme ante la austeridad del entorno, más pelado que la celda de un penitente y sin ningún adorno en absoluto, excepto la mesa del despacho, unas sillas de respaldo recto, un calendario de Coca-Cola y un archivador que ocupaba toda la pared (¡cómo me habría gustado echar un vistazo!). El único objeto frívolo a la vista era el reloj de oro Cartier que resplandecía en la muñeca de Miss Self. ¡Era tan poco característico! Me estuve devanando los sesos preguntándome dónde lo habría conseguido. ¿Sería acaso un regalo de uno de sus ricos y agradecidos clientes?

—¡Ahí va! —dijo, vaciando el vaso con un estremecimiento.

—¡Ahí va!

—*Alors* —dijo dando una calada a su *cigarrillo*— *Se* acordará usted de nuestra primera entrevista. Cuando se presentó usted como posible empleado del Self Service, recomendado por Mr. Woodrow Hamilton, quien, lamento decirle, ya no está con nosotros.

—¿Ah, no?

—Por infringir seriamente Nuestro Reglamento, que es precisamente de lo que quiero hablar con usted. —Entornó sus pálidos ojos teutones. Sentí las mismas ganas de vomitar que un soldado capturado a punto de ser interrogado por el Comandante del Campamento—. Lo puse al corriente del reglamento con todo detalle, pero, para refrescarle la memoria, le recordaré algunas de las reglas más importantes. En primer lugar, cualquier tentativa por parte de un miembro de nuestro personal de chantajear o molestar a un cliente será motivo de *severo* castigo.

Se me apareció la visión de un cadáver estrangulado flotando en el río Harlem.

—En segundo lugar, bajo ningún concepto podrá un empleado tratar directamente con un cliente; todos los contactos y todas las negociaciones sobre tarifas se realizarán a través de nosotros. En tercer lugar, y muy especialmente, un empleado no deberá nunca relacionarse con un cliente. Este tipo de asuntos no son un buen negocio y puede terminar en situaciones muy desagradables.

Apagó su *cigarrillo* en el tequila y se dio un generoso tiento directamente de la botella.

—El once de septiembre tuvo usted una cita con Mr. Appleton. Pasó una hora con él en su habitación, en el Yale Club. ¿Ocurrió algo fuera de lo normal?

—En realidad no. No fue más que un contacto oral en una sola dirección. No quiso ningún acto recíproco. —Hice una pausa, pero su actitud insatisfecha era señal de que esperaba oír algo más—. Tenía algo más de sesenta años, pero estaba fuerte, en buenas condiciones. Un tipo simpático, amable. Hablaba mucho. Me contó que estaba jubilado y que vivía en una granja con su segunda esposa. Me dijo que criaba vacas.

Miss Self me interrumpió impacientemente.

—Y le dio cien dólares.

—Sí.

—¿Le dio algo más? Decidí no mentir.

—Me dio su tarjeta de visita. Me dijo que si algún día tenía ganas de respirar aire del campo, no dudara en hacerle una visita.

—¿Qué pasó con la tarjeta?

—La tiré. La perdí, no lo sé.

Encendió otro *cigarrillo,* y lo estuvo fumando hasta que se desprendió un cabo largo de ceniza. Cogió un sobre que había en su mesa, extrajo una carta de su interior y la desdobló delante de su propia cara.

—Llevo en este negocio más de veinte años, pero esta mañana he recibido una carta única en todos estos años.

Como he comentado antes, uno de mis dones es tener la habilidad de leer al revés: los que subsisten de su ingenio desarrollan talentos nada comunes. De modo que mientras Miss Self examinaba el misterioso mensaje, yo lo leí. Decía:

Apreciada Miss Self: Quedé muy satisfecho del simpático chico al que citó usted conmigo en el Yale Club el pasado once de septiembre. Tanto fue así que me gustaría llegar a conocerle mejor, en una atmósfera más gemütlich. Me he preguntado si sería posible, con su beneplácito, que pasara las vacaciones de Acción de Gracias en mi granja de Pennsylvania. Digamos de jueves a domingo. Sería una simple reunión familiar: mi esposa, algunos de mis hijos y unos pocos nietos. Como es natural, cuento con pagarle unos, honorarios razonables, y le dejo a usted

que fije la cantidad correspondiente. Confío en que al recibo de la presente se encuentre usted bien y de buen ánimo. Muy atentamente, Roger. W. Appleton.

Miss Self leyó la carta en voz alta.

—Y ahora —me espetó de repente—, ¿qué me dice usted a esto? —Al no responderle inmediatamente, añadió—: Aquí hay algo que no encaja. Algo sospechoso. Pero, dejando eso aparte, este asunto va en contra de nuestras reglas primordiales: un empleado del servicio no debe nunca relacionarse con un cliente. Estas reglas no son arbitrarias. Están basadas en la experiencia. —Con el ceño fruncido le dio unos golpecitos a la carta con una uña—. ¿En qué cree usted que puede estar pensando este hombre? ¿En un *partouze?* ¿Incluida su mujer?

Procurando parecer indiferente, dije:

—No veo nada malo en el asunto.

—Ah, sí —dijo en tono acusador—. No tiene usted nada en contra de esta proposición. *Quiere* ir.

—Bueno, la verdad, Miss Self, me vendría bien un cambio de paisaje durante unos días. Este último año he tenido una racha muy mala.

De un trago se bebió otra doble dosis de su zumo de cactus y se estremeció.

—Muy bien, escribiré a Mr. Appleton y le pediré unos honorarios de quinientos dólares. Quizá por una cantidad como ésa podamos saltarnos una regla, aunque sea por una vez. Y prométame que se comprará un impermeable con su parte de las ganancias.

Aces me hizo una señal con la mano cuando entré en el bar del Ritz. Eran las seis en punto, y tuve que escurrirme entre las abarrotadas mesas hasta llegar a la suya, ya que a la hora del cóctel el bar rebosaba de esquiadores bronceados por el sol que acababan de bajar de sus vacaciones alpinas, de parejas de furcias caras que se hacían compañía en espera de un hombre de negocios alemán o americano que les guiñase un ojo, y de batallones de escritores de moda y comerciantes de ropa de la Séptima Avenida, congregados en París para ver las colecciones de verano, y, cómo no, de damas viejas elegantes con el pelo azul. Siempre hay varias, residentes permanentes del hotel ya mayores, instaladas cómodamente en el bar del Ritz, bebiendo a sorbitos los dos martinis que tienen asignados («mi médico insiste: es buenísimo para la circulación») antes de retirarse al comedor para masticar bajo las lámparas de araña luces en un aislamiento silencioso.

Apenas acababa de sentarme cuando llamaron a Aces al teléfono. Podía verle muy bien, ya que el teléfono estaba situado al otro extremo de la barra. Sus labios se movían de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo parecía estar simplemente escuchando y asintiendo con la cabeza. Y no es que le estuviese vigilando. Mi mente seguía arriba, contemplando el pelo suelto de Kate McCloud, su cabeza soñadora. Un espectáculo tan absorbente que al regresar Aces me sobresalté.

—Era Kate —me hizo saber, satisfecho de sí mismo, como una mangosta digiriendo un ratón—. Quería saber por qué te has ido sin despedirte.

—Estaba dormida.

Aces siempre lleva un montón de cerillas en el bolsillo de su chaqueta. Es una de sus faltas de naturalidad. Encendió una con la uña de su pulgar, y acercó la llama a un cigarrillo.

—Quizá no lo parezca, pero Kate es una joven muy perspicaz, sus instintos suelen ser buenos. Le has gustado mucho. Y por eso —dijo, sonriendo burlonamente— me veo en condiciones de hacerte una oferta sólida. A Kate le gustaría contratarte como compañero a sueldo. Recibirás mil dólares al mes, con todos los gastos pagados, incluidos la ropa y tu propio coche.

—¿Por qué se casó con Axel Jaeger? —le pregunté. Aces parpadeó, como si ésa fuera la última reacción que hubiese esperado de mí. Se quedó cortado. Y por fin dijo:

—Quizá sería más interesante preguntar, ¿por qué se casó él con ella? Y todavía más interesante, ¿cómo lo conoció Kate? Sabes, Axel Jaeger es un hombre esquivo. Nunca he tropezado con él en persona, sólo he visto fotografías de *paparazzi:* un hombre alto con una cicatriz de espada de Heidelberg que le cruza la mejilla, delgado, casi demacrado, un hombre que raya en los sesenta. Es de Dusseldorf, y heredó de su abuelo una fortuna en municiones, fortuna que él ha incrementado astronómicamente. Tiene fábricas en toda Alemania, en todo el mundo. Tiene petroleros, campos petrolíferos en Texas y en Alaska, el rancho de vacas más grande de Brasil, más de mil kilómetros cuadrados, y un buen pedazo de Irlanda y de Suiza (todos los alemanes occidentales ricos han estado acaparando terreno en Irlanda y en Suiza, piensan que allí estarán a salvo si empiezan a caer bombas de nuevo). Jaeger es sin lugar a dudas el hombre más rico de Alemania y posiblemente de Europa. Tiene nacionalidad alemana, pero tiene un permiso de residencia permanente suizo, a causa de los impuestos, naturalmente. Para conservarlo tiene que pasar seis meses al año en Suiza, le guste o no. ¡Dios mío, qué tormento no soportarán los ricos con tal de ahorrar un centavo! Vive en un colosal château colosalmente feo, en la falda de una montaña a ocho kilómetros al norte de St. Moritz. No conozco a nadie que haya entrado nunca. Excepto a Kate, claro.

«Tengo entendido que era y es un católico muy convencido. Y por ese motivo siguió casado con su primera esposa durante veintisiete fieles años, o lo que es lo mismo, hasta que ella murió. Y, con todo, la mujer fue incapaz de darle un hijo, lo cual parece haber sido el quid de la cuestión, dado que él quería un niño, un hijo, para prolongar la dinastía Jaeger. Y siendo así, ¿por qué no hizo lo lógico y se casó con una chica alemana bien criada y de anchas caderas capaz de llenar un jardín de infancia? No cabe duda de que una belleza delicada e

inteligente como Kate a duras penas podía constituir la elección final para un hombre de la austeridad obligada de Herr Jaeger. Y, dadas estas circunstancias, es incomprensible que Kate se sintiera atraída por un personaje semejante. ¿Dinero? Eso es impensable. De hecho, cuando llegué a conocer bien a Kate me dijo que su primer matrimonio había sido tal trauma que no tenía la menor intención de volver a casarse. Sin embargo, unos pocos meses más tarde, y sin ningún indicio, sin haber hecho comentario alguno de que conociera a este magnate legendario, va y consigue una anulación papal de su primer matrimonio y se casa en la catedral de Dusseldorf con Jaeger en una ceremonia católica. Un año más tarde llega el anhelado heredero, Heinrich Rheinhardt Jaeger. Heinie. Y un año después, menos de un año, parece que echaron a Kate del château Jaeger con equipaje y todo, dejando al niño bajo la custodia del padre, aunque con la concesión de algunos privilegios sumamente limitados para visitarle.

—Pero ¿no sabes por qué?

Aces encendió otra cerilla con la uña del pulgar y la apagó de un soplido.

—Su declive, o como se le quiera llamar, fue tan enigmático como la propia alianza. Kate desapareció durante varios meses, y un médico que conozco me dijo que los había pasado en la clínica Nestlé de Lausana. Pero, respecto a lo sucedido, Kate no ha contado nada y yo nunca he tenido el valor de interrogarla. Me imagino que la única persona que está realmente enterada es Corinne, la doncella de Kate. Y cuando se trata de Miss Kate, Corinne es tan callada como un monumento de la Isla de Pascua.

—Pero ¿por qué no se divorciaron?

—El peso del catolicismo, supongo. Jaeger no habría admitido nunca un divorcio.

—Por el amor de Dios, ella podía divorciarse de él, ¿no?

—No podía si quería volver a ver a Heinie. Esa puerta se le habría cerrado para siempre.

—Cabrón de mierda. Me gustaría meterle una escopeta en el culo y apretar el gatillo. Hijo de puta. Pero has hablado de peligro. No veo de qué puede estar asustada.

—Pero Kate sí lo ve, y yo también. Y no es ninguna paranoia el que Jaeger tenga a agentes que la siguen y que recogen información sobre ella, vaya a donde vaya y haga lo que haga. Si se cambia una Kotex puedes tener la seguridad de que el *Grana Seigneur* se entera. Oye —dijo chasqueando sus dedos para llamar a un camarero—, vamos a tomar algo. Es demasiado tarde para un daiquiri. ¿Qué tal un whisky con soda?

—Vale.

—Camarero, dos whiskys con soda. Y ahora, en cuanto a la oferta que te he hecho, ¿son satisfactorias las condiciones, o prefieres esperar unos días para pensártelo?

—No tengo que pensarme nada. Ya lo he decidido.

Llegaron las bebidas y Aces levantó el vaso.

—Entonces, brindaremos por tu decisión, cualquiera que sea. Aunque espero que sea sí.

—Sí.

Se quedó tranquilo.

—Eres un enviado de los dioses, P.B. Y estoy seguro de que no te arrepentirás.

Pocas veces se ha profetizado una profecía menos cierta.

—Sí, la respuesta es sí. Pero, si él no quiere divorciarse, ¿qué es lo que quiere?

—Tengo una teoría, es sólo una teoría, pero me apostaría lo que fuera a que es correcta. Tiene la intención de matarla. —Aces hizo tintinear el hielo dentro de su vaso—. Puesto que el rigor del catolicismo prohíbe el divorcio y, mientras esté viva, ella representa una amenaza para él, una amenaza para él y para la custodia de su hijo, lo que pretende es matarla. Asesinarla de tal modo que parezca un accidente.

—Aces, vamos hombre. Estás loco. O estás tú loco o el loco es él.

—En este asunto en concreto, sí, creo que el loco es él. Eh —dijo—, acabo de darme cuenta de algo, ¿dónde está tu perrita?

—Se la he dado a la dama de arriba.

—Bien, bien, *bien.* Veo que de verdad te ha impresionado mucho.

Hice todo el camino andando, desde los pasillos del Ritz, dominados por les fantasmas proustianos, hasta las ratoneras desvencijadas de los vestíbulos de mi hotel, cercano a la Gare du Nord. El júbilo iluminaba mi trayecto; por fin había dejado de ser un gorrón expatriado, un perdedor inútil. Me había convertido en un hombre con una misión en la vida, con un *cometido,* y al igual que un scout novato a punto de emprender su primera expedición nocturna, en mi mente se agitaban de un modo infantil todos los preparativos. La ropa. Iba a necesitar camisas, zapatos, algunos buenos trajes nuevos, ya que a plena luz del día nada de lo que había en mi guardarropa sobreviviría a un escrutinio. Y un arma. Mañana compraría un revólver del 38 y empezaría a practicar en un campo de tiro. Anduve deprisa, no sólo porque hacía frío, ese frío neblinoso y húmedo del Sena característico de París, sino porque esperaba que el ejercicio me dejara tan exhausto que nada más poner la cabeza en la almohada me hundiría en un sueño sin sueños. Y así fue.

Pero no fue un sueño sin sueños. Comprendo perfectamente por qué los psicoanalistas exigen honorarios tan altos, ya que ¿hay algo que pueda producir más tedio que oír a otra persona contar sus sueños? Pero correré el riesgo de aburrirles con el sueño que soñé aquella noche, dado que posteriormente se cumplió en casi todos los detalles. En un principio, era un sueño sin ningún movimiento, un paisaje a la orilla del mar como un cuadro de Boudin de finales de siglo. Figuras estáticas en una playa abierta, y al fondo, un mar color aguamarina. Un hombre, una mujer, un perro, un muchachito. La mujer lleva puesto un vestido de tafetán que le llega a los tobillos y una sombrilla verde. La brisa del mar juguetea con su falda. El hombre luce un sombrero de paja. El niño va vestido con un traje de marinero. Finalmente, la imagen aparece enfocada de mucho más cerca, y reconozco a la mujer de la sombrilla, es Kate McCloud. Y el hombre, que en ese momento logra cogerla de la mano, soy yo. De pronto, el niño vestido de marinero agarra un palo y lo tira contra las olas. El perro se lanza a recogerlo y vuelve corriendo, sacudiéndose y haciendo brillar en el aire los cristales de agua de mar.

III. LA CÔTE BASQUE

En un bar de cowboys en Roswell, Nuevo México, oí por casualidad:

PRIMER COWBOY: ¡Eh, Jed! ¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras?

SEGUNDO COWBOY: Bien. Muy bien. Me encuentro tan bien, que esta mañana no he tenido que cascármela para ponerme el corazón en marcha.

—*¡Carissimo!* —gritó—. Eres precisamente lo que iba buscando. Compañía para almorzar. La Duquesa me ha dejado plantada.

—¿La blanca o la negra? —dije.

—La blanca —dijo, haciéndome cambiar de dirección en la acera.

La blanca es Wallis Windsor, mientras la Duquesa Negra es el mote que le han puesto sus amigos a Perla Appledorf, la esposa brasileña de un industrial sudafricano de los diamantes, célebre por su racismo. En cuanto a la dama que también conocía la distinción, era efectivamente una dama aristocrática, Lady Ina Coolbirth, una americana casada con un magnate británico de los productos químicos, y un pedazo de mujer en todos los sentidos. Alta, más alta que la mayoría de los hombres. Ina era una fulana grandota, animada y juerguista, nacida y criada en un rancho de Montana.

—Es la segunda vez que falta a una cita —prosiguió Ina Coolbirth—. Dice que tiene erisipela. O que la tiene el duque. Uno de los dos. De todas formas, sigo teniendo una mesa en el Côte Basque. De modo que, ¿vamos? ¡Necesito tanto a alguien con quien hablar! De verdad. Y, gracias a Dios, Jonesy, puedes ser tú.

El Côte Basque está en la calle Cincuenta y siete, justo en frente del St. Regis. Allí estuvo el antiguo Le Pavillon, fundado en 1940 por el honorable *restaurateur* Henri Soulé. Monsieur Soulé dejó ese local a causa de una riña con su propietario, el difunto presidente de Columbia Pictures, un gorrino criminal de Hollywood llamado Harry Cohn (el cual, al enterarse de que Sammy Davis Jr. se «citaba» con su rubia estrella Kim Novak, le ordenó a un matón que llamase a Davis y le dijera: «Oye, negro, por el momento ya te falta un ojo. ¿Te apetece perder el otro?» Al día siguiente, Davis se casó con una corista de Las Vegas, una chica de color). Al igual que el Côte Basque, el antiguo Le Pavillon consistía en una pequeña entrada, una barra a la izquierda y, al fondo, cruzando una arcada, un amplio comedor de terciopelo rojo. La barra y el salón principal constituían unas Hébridas, un Elba, donde Soulé desterraba a los clientes de segunda clase. A sus clientes preferidos, los que el propietario escogía con un *snobisme* infalible, se les instalaba en las banquetas que llenaban la entrada, práctica que siguieron todos los restaurantes de Nueva York con reputación de elegantes: Lafayette, The Colony, La

Grenouille, La Caravelle. Estas mesas, siempre las más próximas a la puerta, tienen corrientes de aire y son las que proporcionan menos intimidad. Sin embargo, que a un ciudadano le sienten o no en una de ellas es una prueba definitiva en cuanto al reconocimiento de su prestigio. Harry Cohn nunca llegó a tanto en el Pavillon. El hecho de que en Hollywood fuese un hotentote de primera, o que fuese el propietario del establecimiento de Soulé, no tenía ninguna importancia. Soulé tenía a Cohn por el saltamostradores con hombreras que en realidad era y, en consecuencia, lo instalaba en una mesa de las regiones a varios grados bajo cero del último salón. Cohn echaba pestes, se ofendía, soltaba humo de la furia y se vengaba subiendo cada vez más el alquiler del restaurante. Soulé no hizo más que trasladarse a las zonas más regias de Ritz Tower. No obstante, mientras Soulé se estaba instalando todavía en ellas, Harry Cohn la palmó (cuando a Jerry Wald le preguntaron por qué había asistido a su funeral, respondió: «Sólo para asegurarme de que ese hijo de puta está muerto»), y Soulé, sintiendo nostalgia por su antigua guarida, volvió a tomar en alquiler el local y creó, como un segundo negocio, una especie de *boutique,* variación del Pavillon: La Côte Basque.

Lady Ina, por supuesto, tenía asignada una mesa impecable. Según se entra, la cuarta a la izquierda, hasta la cual la acompañó ni más ni menos que M. Soulé, distraído como siempre, rosado y satinado como un cerdo de mazapán.

—Lady Coolbirth... —murmuraba M. Soulé, haciendo girar sus ojos perfeccionistas en busca de rosas corrompidas y camareros desagradables—. Lady Coolbirth...hmmm...muy bien... hmmm... ¿Y Lord Coolbirth?...hmmm...hoy tenemos en el carrito una pierna de cordero que está muy bien...

Ina me consultó con una mirada, y dijo:

—Creo que no quiero nada del carrito. Lo traen demasiado pronto. Vamos a tomar algo que tarde mucho. Así nos podremos emborrachar y armar un buen escándalo. Digamos que un soufflé Furstenberg. ¿Nos podría dar eso, Monsieur Soulé?

Este chasqueó la lengua por dos razones: porque le disgustan los clientes que amortiguan sus papilas gustativas con alcohol, y, en segundo lugar, porque el Furstenberg es un follón.

Sin embargo, es delicioso: una espuma de queso y espinacas en cuyo interior se sumerge estratégicamente un surtido de huevos escalfados, de modo que cuando se mete el tenedor, el soufflé se empapa de ríos dorados de yema de huevo.

—Un follón —dijo Ina—, eso es exactamente lo que quiero. Y el propietario, pasándose un pañuelo por su frente moteada de sudor, asintió.

Después optó por no tomar cócteles, diciendo:

—¿Y por qué no organizamos una auténtica reunión?

Ina le pidió al encargado de los vinos una botella de Roederer Cristal. Incluso para los que no gustan del champán, entre los que yo me cuento, hay dos marcas de champán a las que uno no puede negarse: Dom Pérignon y el aún mejor Cristal, que viene embotellado en un vidrio de color natural que muestra su pálido resplandor, una llamarada helada de una sequedad tan punzante que, al tragárselo, no parece en absoluto que uno se lo haya tragado, sino al contrario, es como si se hubiera evaporado en la lengua y hubiera ardido en una única ceniza dulce y húmeda.

—Claro que —dijo Ina— el champán presenta un serio inconveniente: cuando se bebe a grandes tragos y regularmente, queda cierta acidez en el estómago y el resultado es un mal aliento permanente. Realmente incurable. Acuérdate del aliento de Arturo, ¡que Dios lo bendiga! Y Colé adoraba el champán. ¡Dios mío, cómo echo de menos a Cole, por muy chiflado que estuviera estos últimos años! ¿Te he contado alguna vez la historia de Cole y el camarero semental de los vinos? No me acuerdo bien de dónde trabajaba. Era italiano, de modo que no pudo ser ni aquí ni en el Pav. ¿En el Colony? Qué raro, puedo verlo con toda claridad, un hombre tostado como una nuez, hermosamente chato, con un pelo aceitoso y uno de los cortes de cara más sexys que he visto nunca, pero ahora no veo *dónde* lo vi. Era un italiano del sur y por eso lo llamaban Dixie,[1] y Teddie Whitestone se quedó embarazada de él. Bill Whitestone la hizo abortar, creyendo que era él quien la había dejado embarazada. Y es posible que cumpliese con su deber, en otro contexto muy distinto, pero yo opino que es bastante chabacano y nada natural, si quieres, que un médico haga abortar a su propia mujer, Teddie Whitestone no fue la única. Había toda una cola de nenas lubricándole la mano a Dixie con cartas de amor. El modo en que Cole le abordó fue muy original: invitó a Dixie a su piso con el pretexto de pedirle consejo sobre la colocación de una nueva bodega. ¡Cole!, que sabe más de vinos de lo que pueda soñar ese espagueti! En fin, allí estaban los dos sentados en el sofá, el precioso sofá de ante que hizo Billy Baldwin para Cole, todo muy informal, y en esto que Cole le da un beso a Dixie en la mejilla, y Dixie sonríe burlonamente y le dice:

»"Esto le va a costar quinientos dólares, Mr. Porter."

»Cole sólo se ríe y le aprieta la pierna a Dixie:

»"Y ahora, esto le va a costar mil dólares, Mr. Porter."

«Entonces Cole se dio cuenta de que aquel pedazo de pizza hablaba en serio.

»De modo que le bajó la bragueta, se la sacó de un tirón, y mientras se la meneaba, dijo:

[1] En inglés americano se llama «dixie» a los ciudadanos de los estados del sur. *(N. del T.)*

»"¿Y cuál va a ser el precio global por usar esto?"

»Dixie le dijo que dos mil dólares. Cole se fue derecho a su escritorio, rellenó un cheque y se lo entregó. Y encima le dijo:

»"Miss Otis lamenta verse imposibilitada para almorzar hoy. Y ahora lárguese."

Ya nos estaban sirviendo el Cristal. Ina lo probó.

—No está bastante frío, pero ¡ahhh! —Volvió a echar un trago—. De verdad que echo de menos a Cole. Y a Howard Sturgis. Incluso a papá. Después de todo escribió sobre mí en *Las verdes colinas de África.* Y al tío Willie. La semana pasada, en Londres, fui a una fiesta en el Drue Heinz, y tuve que soportar a la princesa Margarita. Su madre es un encanto, pero ¡el resto de la familia! Aunque el príncipe Carlos aún se salva un poco. Básicamente, la realeza piensa que sólo hay tres categorías: la gente de color, la gente blanca y la realeza. En fin, estaba a punto de quedarme dormida, la princesa es de una monotonía tal..., cuando de pronto nos anunció, sin venir a cuento, que había decidido que en realidad no le gustaban los «poufs».[1] Una observación increíble, si consideramos el origen. ¿Te acuerdas de aquella broma sobre quién había cazado al primer marinero? Yo me limité a bajar los párpados, *très* Jane Austen, y dije: En ese caso, *madame,* me temo que va a pasar usted una vejez muy solitaria. ¡Qué cara puso! Yo pensé que iba a convertirme en una calabaza.

En la voz de Ina había una mordacidad y un quiebro anormales, como si fuera a toda velocidad y atropelladamente para evitar confiarme lo que quería, pero no quería, confiarme. Mis ojos y mis oídos andaban perdidos por otra parte. En una mesa situada en un disimulado rincón respecto a donde estábamos sentados, había dos personas a las que me había encontrado juntas el verano anterior en Southampton, aunque ahora no esperaba que me reconocieran dado que el encuentro no había tenido gran importancia: Gloria Vanderbilt de Cicco Stokowski Lumet Cooper, y su amiguita de la infancia Carol Marcus Saroyan Saroyan (con *éste* se casó dos veces) Matthau, mujeres con los treinta ya bien entrados, pero cuyo aspecto no difería mucho del que tuvieron en sus días de debutantes, cuando se apropiaban de los Globos de la Suerte del Stork Club.

—Pero ¿qué vas a decirle —le preguntó Mrs. Matthau a Mrs. Cooper— a alguien que ha perdido a un buen amante, que pesa cien kilos, y que ha llegado al fondo de un colapso nervioso? No creo que haya salido de la cama en un mes. O que haya cambiado las sábanas. «Maureen —esto es lo que de *verdad* le dije—, Maureen, yo me he visto en un estado peor que el tuyo. Me acuerdo de una vez en que anduve por ahí robando pastillas para dormir de los botiquines ajenos, y

[1] «Poufs»: homosexuales en el argot francés. *(N. del T.)*

guardándomelas para suicidarme. Estaba hasta aquí de deudas, hasta mi último penique era prestado...»

—*Querida* —protestó Mrs. Cooper con un minúsculo balbuceo—, ¿por qué no recurriste a mí?

—Porque eres rica. Es mucho menos difícil pedir prestado a los pobres. De modo que —prosiguió Mrs. Matthau— le dije: «¿Sabes lo que hice, Maureen? Aun estando sin blanca, contraté a una doncella *personal* Mi fortuna creció, mi imagen cambió completamente, me sentía amada y mimada. De modo que, en tu lugar, Maureen, me empeñaría y contrataría a alguna criatura muy cara que me llenase el baño y me abriese la cama.» A propósito, ¿fuiste a la fiesta de los Logan?

—Sólo estuve una hora,

—¿Y qué tal?

—Maravilloso, si nunca has ido a una fiesta.

—Yo quería ir, pero ya conoces a Walter. Nunca me habría imaginado que me casaría con un actor. Bueno, *casarme,* quizá. Pero no por amor. Sin embargo, aquí me ves, cargando con Walter durante todos estos años y aún me pongo a cien si veo que los ojos se le desvían un milímetro. ¿Has visto a ese nuevo cono sueco llamado Karen no sé qué?

—Exactamente. Una cara preciosa. Fotografiada desde las tetas para arriba es divina. En cambio, las piernas son, sin exagerarte, un bosque de secoyas. Exactamente igual que troncos de árbol. Bueno, el caso es que nos la encontramos en casa de los Widmark y estuvo poniendo los ojos en blanco y haciendo toda clase de ruiditos para llamar la atención de Walter. Yo aguanté mientras pude, pero cuando oí que Walter le decía «¿Karen qué edad tienes?», le dije: por el amor de Dios, Walter, ¿por qué no le cortas las piernas y cuentas los anillos?

—¡Carol! ¡Eso hiciste!

—Sabes que puedes confiar en mí.

—¿Y ella te oyó?

—Si no me hubiera oído, no habría tenido ningún interés.

Mrs. Matthau sacó un peine de su bolso y empezó a pasárselo por su largo cabello albino. Otro vestigio de sus noches de debutante durante la Segunda Guerra Mundial, época en que ella y todas sus *compères,* Gloria y Honeychile y Oona y Jinx se arrellanaban contra la tapicería de El Morocco desplegando constantemente sus rizos a lo Verónica Lake.

—Esta mañana he tenido carta de Oona —dijo Mrs. Matthau.

—Yo también —dijo Mrs. Cooper.

—Entonces, ya sabes que van a tener otro niño.

—Bueno, ya me lo suponía. Siempre me lo supongo.

—Ese Charlie es un hijo de puta con suerte —dijo Mrs. Matthau.

—Claro. Oona habría sido una gran esposa para cualquier hombre.

—¡Qué tontería! Tratándose de Oona, sólo los genios pueden aspirar a esa posición. Antes de conocer a Charlie quiso casarse con Orson Welles... y aún no tenía ni diecisiete años. Fue Orson el que le presentó a Charlie. Dijo: «Yo sé quién es tu chico. Un nombre rico, un genio. Y no hay nada que le guste más que una hija joven y sumisa.»

Mrs. Cooper se quedó pensativa.

—Si Oona no se hubiese casado con Charlie, creo que yo no me hubiera casado con Leopold.

—Y si Oona no se hubiese casado con Charlie y tú no te hubieses casado con Leopold, yo no me hubiera casado con Bill Saroyan. Dos veces, de momento.

Las dos mujeres soltaron una carcajada al mismo tiempo, y su risa fue como un dúo escabroso, pero deliciosamente cantado. Aunque no se parecían en nada físicamente, Mrs. Matthau era más rubia que Jean Harlow y de una blancura tan exuberante como la de una gardenia, mientras que la otra tenía los ojos de color brandy y una brillantez en sus oscuros hoyuelos notablemente presente cuando sus labios negroides lanzaban una sonrisa, se tenía la sensación de que eran dos mujeres de la misma especie: aventureras encantadoramente incompetentes.

—¿Te acuerdas de lo de Salinger? —dijo Mrs. Matthau.

—¿Salinger?

—«Un día perfecto para el pez plátano». Ese Salinger.

—*Franny y Zooey*.

—Eso. ¿No te acuerdas de él?

Mrs. Cooper reflexionó, hizo pucheros. No, no se acordaba.

—Fue mientras aún estábamos en Brearley —dijo Mrs. Matthau—. Antes de que Oona conociese a Orson. Oona tenía un novio misterioso, un chico judío con una madre en Park Avenue, Jerry Salinger. Quería ser escritor, y le escribió a Oona cartas de diez páginas mientras estuvo en el ejército, en ultramar. Eran una especie de cartas de amor, muy tiernas, tiernísimas. Lo cual es demasiada ternura. Oona solía leérmela y cuando me preguntó qué pensaba, le dije que a mí me parecía que debía de ser un chico que lloraba con mucha facilidad. Pero lo que quería saber era si yo pensaba que era alguien brillante y con talento, o nada más que un imbécil. Y yo dije que las dos cosas, ese chico es las dos cosas, y unos años más tarde, cuando leí *El guardián entre el centeno* y me enteré de que el autor era el Jerry de Oona, seguí manteniendo la misma opinión.

—Yo nunca oí ninguna historia extraña acerca de Salinger —confió Mrs. Cooper.

—Y yo no he oído acerca de él nada que no sea extraño. Te aseguro que no es el típico chico judío de Park Avenue.

—Bueno, en realidad no es acerca de *él,* sino de un amigo suyo que fue a hacerle una visita en New Hampshire. Salinger vive allí, ¿no? ¿En una de esas granjas perdidas? Bueno, esto fue en febrero, y hacía un frío horrible. Una mañana echaron de menos al amigo de Salinger. No estaba en su dormitorio ni en ninguna parte alrededor de la casa. Al final lo encontraron perdido en las profundidades de un bosque nevado. Yacía en la nieve, envuelto en una manta y sujetando una botella de whisky vacía. Se había matado bebiendo whisky hasta quedarse dormido y morir congelado.

Al cabo de un rato, Mrs. Matthau dijo:

—Sí que *es* una historia rara. Pero tuvo que ser una delicia, a pesar de todo, bien caliente de whisky, dejándose arrastrar por el frío aire estrellado. ¿Por qué lo hizo?

—No sé más que lo que te he contado —dijo Mrs. Cooper.

Un cliente que salía, uno de esos atezados tipos pánfilos, con calvicie y michelines, se detuvo junto a la mesa de las dos damas. El tipo clavó su mirada en Mrs. Cooper, una mirada intrigada, divertida y... un poquito siniestra.

—Hola, Gloria —dijo.

—Hola, encanto —sonrió Gloria, pero sus párpados se contrajeron al tratar de identificarle. Entonces el tipo dijo:

—Hola, Carol. ¿Cómo te va muñeca? Y Carol supo perfectamente quién era:

—Hola, encanto. ¿Sigues viviendo en España?

El asintió y sus ojos se volvieron hacia Mrs. Cooper:

—Gloria, estás igual de guapa que siempre. Aún más guapa. Hasta la vista...

—Hizo un saludo con la mano y se marchó.

Mrs. Cooper lo siguió con la mirada, el ceño fruncido.

Al final la Mrs. Matthau dijo:

—No lo has reconocido, ¿verdad?

—N-n-no.

—¡Ay, la vida! ¡Mira que es triste! ¿No te sonaba absolutamente de nada?

—A algo. Hace mucho tiempo. Un sueño.

—No fue ningún sueño.

—Carol. Ya basta. ¿Quién era?

—Hubo un tiempo en que lo tenías en gran estima. Le hacías la comida y le lavabas los calcetines. —A Mrs. Cooper se le dilataron los ojos y se le salieron del sitio—. Y cuando estuvo en el ejército lo seguiste de un campamento a otro, hospedándote en habitaciones con muebles tristísimos.

—¡No!

—¡Sí!

—No.

—Sí, Gloria. Tu primer marido.

—¿Ese... hombre... era... Pat di Cicco?

—¡Oh, querida! No empecemos a elucubrar. Después de todo, no lo has visto en casi veinte años. No eras más que una niña. ¿No es ésa —dijo Mrs. Matthau cambiando de tema Jackie Kennedy?

Y yo le oí comentar lo mismo a Lady Ina.

—Con estas gafas casi no veo, pero esa que se acerca por allí, ¿no es Mrs. Kennedy con su hermana?

Lo era. Yo conocía a la hermana porque había sido compañera de Kate McCloud en el colegio, y cuando Kate y yo estuvimos en el yate de Abner Dustin, en la Feria de Sevilla, almorzó con nosotros. Después fuimos a hacer esquí acuático juntos, y a menudo me ha venido a la memoria lo perfecta que era, una chica de un resplandeciente moreno dorado, con su traje de baño blanco. Sus esquís blancos siseaban suavemente, y sus cabellos de un castaño dorado se zarandeaban al precipitarse y deslizarse entre las olas. De modo que para mí fue todo un placer cuando se detuvo para saludar a Lady Ina («¿Sabías que coincidí contigo en el avión de Londres? Pero ibas durmiendo tan apaciblemente que no me atreví a hablarte»), y al verme se acordó de mí:

—¡Eh, hola, Jonesy! —dijo vibrando ligeramente con su cálida voz susurrante y áspera— ¿Qué tal tus quemaduras? Recuerda que te lo advertí, pero no me hiciste caso.

Su risa fue desvaneciéndose mientras se plegaba en una banqueta al lado de su hermana. En una conspiración de chismes a lo Bouvier, las dos tenían las cabezas inclinadas, una frente a otra. Era sorprendente cómo se parecían entre ellas sin compartir ningún rasgo común que no fuese sus idénticas voces, lo separados que tenían los ojos, y algunos gestos, en concreto, la costumbre que tenían de mirar a su interlocutor profundamente a los ojos, asintiendo con la cabeza al mismo tiempo, sin cesar, con una amabilidad hipnóticamente solemne.

Lady Ina hizo esta observación:

—Como ves, estas chicas han movido líos gordos en su época. Conozco a gente que no puede soportar a ninguna de las dos, y por lo general son mujeres. Lo comprendo muy bien, ya que no les gustan las mujeres y casi nunca tienen nada bueno que contar acerca de *ninguna* mujer. Pero con los hombres son perfectas, un par de geishas del oeste. Saben cómo guardar los secretos de un hombre y cómo hacer que se sienta importante. Si fuera un hombre, hasta yo misma me enamoraría de Lee. Está hecha maravillosamente, como una estatuilla de Tanagra. Es femenina sin ser afeminada y es una de las pocas personas que he conocido que sea sincera y simpática. Normalmente una cosa excluye la otra. Jackie no, al menos no en el mismo plano. Es muy fotogénica, por supuesto, pero el efecto resulta un poco... basto, exagerado.

Me vino a la mente una tarde que fui con Kate McCloud y un grupo de amigos a un concurso de travestis que se celebraba en un salón de baile de Harlem: había cientos de mariquitas jóvenes luciendo las bandas, al graznido gangoso de los saxofones, con vestidos cosidos a mano: dependientes de supermercados de Brooklyn, mensajeros de Wall Street, fregaplatos negros y camareros puertorriqueños sueltos entre sedas y dibujos de fantasía, chicos de conjunto y cajeros de bancos y ascensoristas irlandeses disfrazados de Marilyn Monroe, de Audrey Hepburn, de Jackie Kennedy. La verdad es que Mrs. Kennedy era el motivo de inspiración con más éxito: una docena de chicos, entre ellos el ganador, llevaba su peinado empinado, las cejas aladas y su boca mohína pintada de un color pálido. Y en la vida real, ése era el efecto que esa señora me producía. No el de una auténtica mujer, sino el de una astuta imitadora de mujeres imitando a Mrs. Kennedy.

Le expliqué a Ina lo que pensaba y dijo:

—Eso es lo que yo quería decir con... exagerado. —Acto seguido añadió—: ¿Has llegado a conocer a Rosita Winston? Una mujer muy agradable. Mitad cherokee, creo. Hace unos años tuvo una apoplejía, y ahora no puede hablar. O, mejor dicho, sólo puede decir una palabra. Es algo que sucede muy a menudo después de una apoplejía, de entre todas las palabras que uno ha sabido, te quedas con una única palabra. La palabra de Rosita es «bello». Una palabra muy apropiada, ya que a Rosita le han encantado siempre las cosas bellas. Y eso me recordó al viejo Joe Kennedy. También él se quedó con una única palabra, y esa palabra era: «Maldita sea.» Ina le indicó al camarero que sirviera champán—. ¿Te he hablado alguna vez de cuando me asaltó? Me invitó a su casa cuando yo tenía dieciocho años, era amiga de su hija Kek...

Mi mirada volvió a deslizarse por toda la sala y atrapé, *en passant,* a un comerciante de sostenes barbaazulado de la Séptima Avenida intentando timar a un redactor jefe, marica reprimido, del *New York Times.* Y a Diana Vreeland, la maquillada directora del *Vogue,* irisada como un pavo, que compartía una mesa con un hombre mayor que hacía pensar en un objeto precioso de una discreta *extravagance,* quizá una fina perla gris, Mainbocher. Y a la esposa de William S. Paley, que estaba almorzando con su hermana, la esposa de John Hay Whitney. Cerca de ellas había sentada una pareja que yo no conocía: una mujer de cuarenta o cuarenta y cinco años, no hermosa pero metida con mucha elegancia dentro de un vestido marrón de Balenciaga, con un broche de diamantes de color canela sujeto a la solapa. Su compañero era mucho más joven, de veinte o veintidós años, una estatua vigorosa y bronceada con un aspecto de haberse pasado el verano navegando solo a través del Atlántico. ¿Hijo suyo? No, porque... el joven encendió un cigarrillo, se lo pasó a su compañera y los dedos de ambos se rozaron significativamente. Más tarde, se cogieron de la mano.

—...el viejo degenerado se coló en mi habitación. Eran alrededor de las seis de la mañana, la hora ideal si quieres coger a alguien totalmente fuera de combate, totalmente por sorpresa, y cuando me desperté ya estaba liado en las sábanas con una mano en mi boca y la otra por todas partes. El muy descarado, hay que tener cojones, en su mismísima casa y con toda la familia durmiendo a nuestro alrededor. Pero todos esos Kennedy son iguales. Son como perros, tienen que mear en todas las bocas de incendios. En fin, hay que reconocerle su valor, y cuando vio que yo no pensaba gritar, se mostró *tan* agradecido. Pero la mujer mayor y el joven marinero no estaban conversando. Tenían las manos cogidas; entonces él sonrió y al momento también sonrió ella.

—Después, ¿te lo imaginas?, hizo como si no hubiera pasado nada, nunca me hizo un guiño o un saludo, no era más que el buen papi de mi amiguita del colegio. La situación resultaba siniestra y un tanto cruel. Después de todo, ya me había conseguido y yo hasta había fingido pasármela bien: debería haber tenido alguna recompensa sentimental, una chuchería, un paquete de cigarrillos... —Ina se percató de mis otros intereses, y sus ojos vagaron hacia los improbables amantes. Entonces dijo—: ¿Conoces la historia?

—No —dije yo—, pero me imagino que alguna habrá.

—No es lo que piensas. El tío Willie podría haber sacado de esa historia algo divino. Igual que Henry James, mejor aún que el tío Willie, ya que el tío Willie habría hecho trampas y por vender la novela al cine, habría convertido en amantes a Delphine y a Bobby.

Delphine Austin de Detroit: algo había leído sobre ella en las columnas de un periódico, una heredera casada con un pilar marmóreo del mundo de los casinos neoyorkinos. Bobby, su compañero, era judío, hijo del potentado de la hostelería S.L.L. Semenenko, y primer marido de una joven y misteriosa monada del cine, que se divorció de él para casarse con su padre (y de la cual se divorció el padre al cogerla in fraganti con un perro... pastor alemán. Y no bromeo).

Según Lady Ina, el año anterior, Delphine Austin y Bobby Semenenko habían sido inseparables. Almorzaban todos los días en el Côte Basque, en Lutèce y en L'Aiglon, en invierno iban a Gstaad y a Lyford Cay. Esquiaban, nadaban, bien vivían con todas sus energías, si tenemos en cuenta que el vínculo que los unía no eran las frivolidades sino, en realidad, una base ideal para una variación a tres pañuelos, con doble apellido y cartel doble de una vieja película lacrimógena de Bette Davis como *Dark Victory:* los dos estaban muriendo de leucemia.

—Me explico, una mujer mundana y un joven guapo que viajan juntos con la muerte por compañera y amante compartido. ¿No crees que Henry James habría sacado algo de ahí? ¿O el tío Willie?

—No, es una historia demasiado ñoña para James, y no lo bastante ñoña para Maugham.

—Bueno, pero tienes que reconocer que Mrs. Hopkins habría sacado un cuento magnífico.

—¿Quién? —dije yo.

—Ahí la tienes —dijo Ina Coolbirth.

La tal Mrs. Hopkins era una pelirroja vestida de negro, un sombrero negro con velo, un vestido negro de Mainbocher, bolso de cocodrilo negro, zapatos de cocodrilo. M. Soulé aguzaba el oído mientras ella le cuchicheaba algo, y de repente todo el mundo se puso a cuchichear. Mrs. Kennedy y su hermana no habían logrado levantar ni un solo murmullo. Tampoco la aparición en escena de Lauren Bacall, Katharine Cornell y Clare Boothe Luce. Sin embargo Mrs. Hopkins era *une autre chose:* una sensación que perturbaba a la clientela más fina del Côte Basque. No hubo nada subrepticio en la atención que se le prestó a Mrs. Hopkins cuando se dirigía con la cabeza inclinada hacia una mesa donde ya la estaba esperando un acompañante, un cura católico, uno de esos eclesiásticos del Padre D'Arcy, malnutridos y eruditos, que parecen siempre encontrarse más a gusto cuando se ausentan de los claustros y alternan con los más importantes y los más ricos en una estratosfera de vino y rosas.

—Sólo —dijo Lady Ina— a Ann Hopkins se le ocurriría algo semejante; hacer propaganda de la búsqueda de «consejo» espiritual de la forma más pública posible. La que ha sido lagarta, es siempre lagarta.

—¿No crees que fue un accidente? —dije.

—Sal de las trincheras, muchacho. La guerra ya terminó. Pues claro que no fue un accidente. Mató a David con premeditación y alevosía. Es una asesina. La policía lo sabe.

—Entonces, ¿cómo logró librarse de la cárcel?

—Porque la familia quería que se librara de la cárcel. La familia de David. Y como todo ocurrió en Newport, la vieja Mrs. Hopkins tuvo el poder para imponerse. ¿Te has cruzado alguna vez con la madre de David? ¿Hilda Hopkins?

—La vi una vez el verano pasado en Southampton. Estaba comprándose un par de zapatillas de tenis. Me pregunté qué haría una mujer de su edad, tendrá unos ochenta, con unas zapatillas de tenis. Su aspecto era el de... una especie de diosa muy vieja.

—Y lo es. Por eso Ann Hopkins se libró de la cárcel tras cometer un asesinato a sangre fría. Su suegra es una diosa de Rhode Island. *Y* una santa.

Ann Hopkins se había levantado el velo y le estaba hablando al oído al cura, el cual, sumisamente extasiado, se estaba pasando un Gibson por sus famélicos labios azules.

—Pero *podría* haber sido un accidente. Si nos atenemos a los periódicos. Que yo recuerde, acababan de llegar a casa después de una cena en Watch Hill, y se

fueron a la cama, en habitaciones separadas. ¿No fue por entonces cuando se habló de una serie de robos por aquella zona? Ann guardaba al lado de su cama una escopeta, y de repente, en la oscuridad, se abrió la puerta de su habitación, agarró la escopeta y disparó contra lo que pensó que era un ladrón. Sólo que era su marido. David Hopkins. Con un agujero que le traspasaba la cabeza.

—Eso es lo que ella dijo. Eso es lo que dijo su abogado. Eso es lo que dijo la policía. Y eso es lo que dijeron los periódicos..., hasta el *Times*. Pero no es eso lo que sucedió. —E Ina, tomando aire como un submarinista, empezó—: Érase una vez una asesina con cabeza de zanahoria y vestida de mil colores que llegó rodando a esta ciudad desde Wheeling o Logan, de algún lugar de Virginia Oeste. Tenía dieciocho años, la habían educado a lo barrio bajo de pueblo, ya se había casado y divorciado, o *decía* que había estado casada con un *marine* durante un mes o dos y se había divorciado al desaparecer éste (acuérdate de esto: es una pista importante). Se llamaba Ann Cutler y se parecía bastante a una Betty Grable malévola. Trabajaba de prostituta para un chulo que era jefe del servicio de botones en el Waldorf. Estuvo ahorrando dinero y tomó clases de dicción y de baile, y terminó como el ligue favorito de uno de los abogados tramposos de Frankie Costello, el cual la llevaba siempre a El Morocco. Fue durante la guerra, en 1943, y el Elmer estaba siempre lleno de gangsters y de militares. Pero una noche apareció allí un joven *marine* normal y corriente, sólo que no era normal y corriente: su padre era uno de los hombres más arrogantes del este y el más rico. David era dulce y bien parecido, pero en realidad era idéntico al viejo Mr. Hopkins, un episcopaliano de tendencias anales. Un tacaño. Sobrio. En absoluto del mundo de los cafés. Pero allí estaba David, en el Elmer, un soldado de permiso, salido y un poco colocado. Uno de los secuaces de Winchell rondaba por allí y reconoció al pequeño Hopkins. Invitó a David a tomar algo y le dijo que podía conseguirle a cualquiera de las chicas presentes, no tenía más que elegir una, y David, el pobre desgraciado, dijo que la pelirroja con la nariz chata y las tetas gordas le valía. Entonces el secuaz de Winchell le envió una nota a la chica y, al amanecer, el pequeño David se encuentra retorciéndose, presa de las garras de una experta Cleopatra. Estoy segura de que fue la primera experiencia sexual de David con algo menos primitivo que frotarse contra el vientre de su compañero de colegio. Se volvió majareta, pero no es que se le pueda echar la culpa. Conozco a algunos pichas frías que se han vuelto majaretas por Ann Hopkins. Con David fue muy hábil. Sabía que tenía en el anzuelo a un pez gordo, aunque no fuese más que un alevín, de modo que dejó lo que estaba haciendo y consiguió un empleo en la sección de prendas íntimas de Saks. No exigía nunca nada y rechazaba cualquier regalo de más lujo que un bolso, y todo el tiempo que él estuvo en el ejército le escribió diariamente, cartitas simpáticas e inocentes como el ajuar de un bebé. En realidad ella estaba encinta y el hijo *era* de él, pero no le dijo una palabra

hasta que volvió a casa de permiso y se encontró con su chica embarazada de cuatro meses. Ahora bien, ahí fue cuando ella mostró un cierto *élan* venenoso que constituye la diferencia entre las serpientes verdaderamente peligrosas y las simples culebras: le dijo que no quería casarse con él. Y que no se casaría con él bajo ningún concepto ya que no sentía ningún deseo de llevar una vida hopkiniana. No tenía ni la educación ni la habilidad innata para sobrellevar tal situación, y estaba segura de que ni la familia ni los amigos de él la aceptarían jamás. Dijo que todo lo que le iba a pedir sería una pequeña pensión para el niño. David protestó, pero, evidentemente, se sintió aliviado, aunque todavía tuviese que presentarse ante su padre con la historia. David no tenía dinero propio.

»Fue entonces cuando Ann se mostró más ladina. Había estado estudiando a la familia del chico y sabía todo lo que había que saber sobre los padres de David, de modo que le dijo: "David, sólo hay una cosa que me gustaría hacer. Quiero conocer a tu familia. Yo nunca he tenido familia propia, y me gustaría que mi hijo tuviera algún contacto de vez en cuando con sus abuelos. Puede que a ellos también les guste la idea." *C'est très joli, très diabolique, non?* Y funcionó. Aunque no consiguió engañar a Mr. Hopkins. Este dijo desde el primer momento que la chica era una lagarta que no iba a ver nunca un sólo centavo suyo. En cambio, Hilda Hopkins picó el anzuelo. Creyó en aquel prodigioso cabello y aquellos ojos azules de malaquita, y en todo el asunto de la pobre niñita que Ann le iba soltando. Y como David era el hijo mayor y ella tenía prisa por tener un nieto, hizo exactamente lo que Ann esperaba que hiciese: convenció a David para que se casara con ella y convenció a su marido, si no para que fuese indulgente, al menos para que no lo prohibiera. Y durante un tiempo pareció que Mrs. Hopkins hubiese acertado. Cada año se la recompensaba con un nieto, hasta que tuvo tres, dos chicas y un chico. Y el ascenso social de Ann fue increíblemente rápido. Se abrió camino de un modo vertiginoso, sin molestarse en respetar los límites de velocidad. Ni que decir tiene que captó lo esencial del asunto, eso se lo reconozco. Aprendió a montar a caballo y se convirtió en la bruja amazona más aficionada a los caballos de Newport. Aprendió francés y tuvo un mayordomo francés, y compitió por la Lista de las Mejor Vestidas, almorzando con Eleanor Lambert e invitándola los fines de semana. Se instruyó en muebles y tejidos por medio de Sister Parish y Billy Baldwin. Y para el pequeño Henry Geldzahler era un placer ir a tomar el té a su casa (i el té con Ann Cutler!, ¡Dios mío!) y hablar con ella de pintura moderna.

»Pero el elemento decisivo en su éxito, dejando a un lado el hecho de que se casara con un gran nombre de Newport, fue la duquesa. Ann se dio cuenta de algo que sólo saben los arribistas más astutos. Si quieres ascender velozmente y sin peligro desde las profundidades hasta la superficie, el modo más seguro es seleccionar a un tiburón y pegarte a él como un pez piloto. Igual de cierto es en

Keokuk, donde se le da coba, digámoslo así, al representante local de Mrs. Ford, que en Detroit, donde se le da coba a la propia Mrs. Ford, o en París o en Roma. Pero ¿por qué necesitaría Ann Hopkins, siendo por matrimonio una Hopkins y nuera de *la* Hilda Hopkins, a la duquesa? Porque necesitaba la bendición de alguien con unos valores morales presumiblemente elevados, alguien de un impacto internacional que al aceptarla a ella, hiciese callar a las hienas reidoras. ¿Y quién mejor que la duquesa? En cuanto a la duquesa, es sumamente indulgente ante las lisonjas de sus acaudaladas demás de honor, el tipo de mujeres que siempre tiran del talonario. Me pregunto si la duquesa ha tirado *alguna vez* del talonario. Aunque no es que tenga importancia. La duquesa las compensa de sobra. Pertenece a una de esas castas de hembras poco habituales, capaces de tener una auténtica amistad con otra mujer. No cabe duda de que era una amiga maravillosa de Ann Hopkins. Evidentemente, Ann no pudo embaucarla; después de todo, la duquesa conoce demasiado bien el arte del timo como para no descubrir a otra artista. Pero le divertía la idea de pasear a esta jugadora de ojos fríos y barnizarla con un poco de auténtico estilo, introduciéndola en el circuito, y la joven Mrs. Hopkins se hizo bastante célebre, a pesar de carecer de estilo. El padre de la segunda Hopkins era Fon Portago, o eso es lo que dice todo el mundo, y bien sabe Dios el aspecto de *espagnole* que tiene. Como quiera que sea, estaba claro que Ann Hopkins estaba acelerando su motor a la manera del Grand Prix.

»Un verano, ella y David alquilaron una casa en Cap Ferrat (Ann intentaba abrirse camino hasta el tío Willie, incluso aprendió a jugar al bridge excelentemente, pero el tío Willie decía que era una persona acerca de la que disfrutaría escribiendo, pero en la que no confiaba lo suficiente como para sentarla a su mesa de juego), y desde Niza hasta Montecarlo todo macho que hubiera pasado la pubertad la conocía como Madame Marmelade, ya que su *petit déjeuner* favorito era una polla caliente untada con la mejor mantequilla de Dundee. Aunque me han dicho que lo que en realidad prefiere es la mermelada de fresa. No creo que David se imaginara la verdadera magnitud de estos escándalos, pero no cabía duda de que se sentía desgraciado y, pasado un tiempo, se enamoró de la chica con la que se debería haber casado en un principio, su prima segunda, Mary Kendall; sin ser una belleza, era una chica atractiva y sensata que había estado siempre enamorada de él. Mary era la prometida de Tommy Bedfort, pero rompió con él cuando David le pidió que se casara con él. *Si* podía conseguir el divorcio. Y David *pudo*. Sólo le iba a costar, según Ann, cinco millones de dólares libres de impuestos. David seguía sin tener su propia pasta, y cuando se presentó ante su padre con el problema Mr. Hopkins dijo *¡nunca!,* y dijo que siempre le había avisado de que Ann era lo que era, una mujerzuela, pero que David nunca le había escuchado, de modo que ahora la carga era suya y, mientras

el padre viviera, Ann no le sacaría ni un billete de metro. Tras este episodio, David contrató un detective, y en seis meses consiguió pruebas suficientes incluyendo unas polaroids de un par de jockeys de Saratoga atornillando a Ann por delante y por detrás, para meterla en la cárcel y, algo menos grave, divorciarse de ella. Pero cuando David se encaró con Ann, ésta se rió y le dijo que su padre nunca le permitiría llevar tal basura ante los tribunales. Y tenía toda la razón. Fue muy interesante, porque cuando discutieron el asunto, Mr. Hopkins le dijo a David que, dadas las circunstancias, no se opondría a que el hijo matase a la esposa y después cerrara el pico; pero lo cierto era que David no podía divorciarse de ella y proporcionar a la prensa esa clase de estiércol.

«Entonces le vino la inspiración al detective de David, una inspiración funesta, ya que si no se le hubiese pasado por la cabeza, David aún podría estar vivo. En fin, el detective tuvo una idea: se fue a hacer investigaciones al hogar de los Cutler en Virginia Oeste, ¿o era en Kentucky? Entrevistó a los familiares de Ann, que no habían vuelto a saber nada de ella desde que se había ido a Nueva York, y nunca la habían conocido bajo su distinguida encarnación de esposa de David Hopkins, sino simplemente como esposa de Billy Joe Barnes, un beodo de las montañas. El detective consiguió en el juzgado local una copia del certificado de matrimonio y, tras esto, desentrañó el paradero del tal Billy Joe Barnes. Le encontró en San Diego, trabajando como mecánico de aviones, y le convenció para que firmara una declaración jurada indicando que se había casado con una tal Ann Cutler, no se había divorciado nunca de ella ni se había vuelto a casar, que había regresado a Okinawa y se había encontrado con que Ann había desaparecido, pero, que él supiera, ella seguía siendo la esposa de Billy Joe Barnes. Y en realidad lo era. Incluso las mentes criminales más astutas tienen una estupidez básica. Y cuando David se presentó ante ella y le dijo: "Se acabaron los ultimátum con cifras redondas, ya que no estamos legalmente casados", no hay duda de que fue entonces cuando ella decidió matarle: una decisión que tomaron sus genes, la ineludible sucia puerca, basura blanca, que llevaba dentro, aunque Ann sabía que los Hopkins le arreglarían un «divorcio» respetable y le proporcionarían una pensión muy buena. Pero también era consciente de que si asesinaba a David y salía impune, ella y sus hijos recibirían al final la herencia, algo que no ocurriría si él se casaba con Mary Kendall y fundaba una segunda familia.

»De modo que fingió estar de acuerdo, y le dijo a David que no había ningún motivo de discusión ya que era obvio que la tenía atrapada; pero ¿seguiría viviendo con ella durante un mes mientras arreglaba sus asuntos? El muy idiota se mostró conforme e, inmediatamente, Ann empezó a preparar la leyenda del ladrón. Llamó dos veces a la policía afirmando que había un ladrón en el jardín. Al poco tiempo convenció a los criados y a la vecindad de que había ladrones por

todo el vecindario; y, en efecto, la casa de Nini Wolcott fue forzada, se supone que por un desvalijador, pero ahora incluso Nini reconoce que tuvo que hacerlo Ann. Como recordarás, si seguiste el caso, los Hopkins fueron a una fiesta a casa de los Wolcott la noche del delito. Una cena con baile, el Día del Trabajo, con alrededor de cincuenta invitados. Yo estuve presente, y en la cena me senté al lado de David. Parecía muy relajado, prodigaba sonrisas porque pensaba, me imagino, que pronto se libraría de esa puta y se casaría con su prima Mary. Pero Ann llevaba puesto un vestido verde pálido y parecía estar verde por la tensión. Estuvo charlando como un chimpancé lunático sobre ladrones y desvalijadores, diciendo que ella dormía siempre con una escopeta al lado de la cama. Según el *Times,* David y Ann dejaron la casa de los Wolcott un poco pasada la medianoche, y cuando llegaron a casa —los criados estaban de vacaciones y los niños se encontraban con sus abuelos en Bar Harbor— se retiraron a sus dormitorios separados. La historia de Ann fue y es que ella se encaminó directamente a la cama, pero al cabo de media hora le despertó el ruido de la puerta de su dormitorio al abrirse: vio un bulto, ¡el ladrón! Agarró la escopeta y disparó en la oscuridad, vaciando los dos cañones. Acto seguido encendió las luces y ¡oh!, horror de los horrores, descubrió a David tendido en el pasillo, bien frío. Pero no es ahí donde le encontró la policía. Ya que no fue ahí ni así dónde o cómo le mataron. La policía encontró el cuerpo desnudo dentro de una ducha encristalada. El agua seguía corriendo y la puerta de la ducha estaba hecha añicos por las balas.

—En otras palabras —empecé yo.

—En otras palabras —Lady Ina iba a proseguir, pero esperó a que un maître, supervisado por un sudoroso M. Soulé, terminara de servir el soufflé Furstenberg—, nada de la historia de Ann era verdad. Dios sabrá lo que esperaba que creyese la gente, pero después de llegar a casa cuando David se quitara la ropa para darse una ducha, Ann no hizo más que seguirle con un arma y dispararle a través de la puerta de la ducha. Quizá tenía intención de decir que el ladrón le había robado la escopeta y había matado a David. Y en ese caso, ¿por qué no llamó a un médico, o a la policía? En lugar de eso, llamó a su *abogado*. Sí. Y *éste* llamó a la policía, pero no hasta *después* de haber llamado a los Hopkins, que estaban en Bar Harbor.

El cura estaba bebiendo otro Gibson a grandes tragos. Ann Hopkins, con la cabeza inclinada, seguía susurrándole al oído como si se estuviese confesando. Sus dedos de cera, sin pintar y sin ningún adorno, excepto un grueso anillo de oro de matrimonio, rozaban su pecho como si estuviera pasando las cuentas del rosario.

—Pero si la policía *sabía* la verdad...

—Claro que la sabía.

—Entonces no sé cómo pudo librarse de la cárcel. Es inconcebible.

—Ya te lo he dicho —dijo Ina ásperamente—, se libró de la cárcel porque Hilda Hopkins quería que se librase. Se trataba de los niños: ya era bastante trágico que hubiesen perdido a su padre. ¿De qué les serviría ver a una madre condenada por asesinato? Hilda Hopkins, igual que el viejo Mr. Hopkins, querían que Ann quedara impune, y los Hopkins, en su terreno, tienen poder para lavarle el cerebro a los policías, volver a tejer ideas, trasladar cadáveres desde la ducha hasta el pasillo. Tienen poder para controlar investigaciones. La muerte de David fue declarada accidental en una encuesta judicial que duró menos de un día. —Ina miró hacia el lado de Ann Hopkins y su acompañante. Este último, su frente clerical escarlata con el rubor de dos cócteles, no estaba escuchando en ese momento el murmullo implorante de su patrona, sino que miraba fijamente a Mrs. Kennedy con los ojos vidriosos de un loco, como si de un momento a otro fuera a salir disparado a pedirle que le firmase un autógrafo en el menú—. El comportamiento de Hilda ha sido extraordinario, impecable. Nadie sospecharía nunca que no fuese de verdad la protectora afectuosa y acongojada de una viuda afligida y muy legítima. Nunca ha dado una cena sin invitarla. Lo único que *me* pregunto es lo que se pregunta todo el mundo: cuando están solas, nada más que ellas dos, ¿de qué hablan? —Ina entresacó de su ensalada una hoja de lechuga Bibb, la pinchó con el tenedor y la examinó a través de sus gafas negras—. Hay al menos un detalle en el que los ricos, los realmente ricos, *son* diferentes de..., del resto de la gente. Entienden de verduras. El resto de la gente, bueno, todo el mundo puede arreglárselas con un roast beef, un buen filete, langostas. ¿Pero te has fijado cómo en los hogares de los muy ricos, en casa de los Wrightman, o los Dillon, en casa de los Bunny y los Babe, siempre sirven los vegetales más hermosos y variados? Los *petits pois* más verdes, zanahorias infinitesimales, un maíz tan fetal y tierno que parece nonato, unas judías más chiquititas que los ojos de un ratón, y ¡qué espárragos tiernos! ¡Qué lechuga salida de la más fina tierra! ¡Qué champiñones crudos! ¡Que calabacines!

—Lady Ina ya estaba bajo los efectos del champán.

Mrs. Matthau y Mrs. Cooper se tomaron el *café filtre* muy despacio.

—Ya sé —dijo meditativa Mrs. Matthau, que estaba haciendo un análisis de la esposa de un héroe payaso de la TV de medianoche— que Jane *es* agobiante, todas esas llamadas, Dios mío, podría llamar al Atiendeplegarias y estarse una hora hablando. Pero es lista, y muy alerta, y cuando uno piensa lo que tiene que aguantar. Ese último episodio del que me habló: espeluznante. Verás, a Bobby le dieron una semana libre en el espectáculo, estaba tan exhausto que le dijo a Jane que lo único que quería era quedarse una semana en casa y pasarse toda la semana hecho un adán, metido en su pijama. Jane se quedó en éxtasis, compró cientos de

revistas y libros, elepés nuevos y toda clase de golosinas de la Maison Glass. ¡Oh, iba a ser una semana maravillosa! Nada más que Jane y Bobby durmiendo, retozando y desayunando patatas al horno con caviar. Pero después del primer día Bobby se evaporó. Por la noche no fue a casa ni llamó. No era la primera vez, Dios lo sabe, pero Jane estaba desquiciada. Encima, no podía dar parte a la policía. ¡Menudo escándalo se habría armado! Pasó otro día, y ni una señal. Jane había estado cuarenta y ocho horas sin dormir. Sobre las tres de la madrugada sonó el teléfono. Bobby. Borracho. Jane dijo: Dios mío, Bobby, ¿dónde estás? Dijo que estaba en Miami, y Jane contestó, ya enojada, cómo cono había llegado a Miami, y Bobby dijo, ¡oh!, que se había ido al aeropuerto y había cogido un avión y Jane dijo: ¿y *estás* solo? Ya sabes lo sádico que es Bobby detrás de esa sonrisa de frambuesa, y dijo: «No, hay una persona echada aquí a mi lado. Le encantaría hablar contigo.» Y al momento surge una voz de rubia oxigenada diciendo con una risita tonta y atemorizada: «¿De verdad, de verdad que es usted Mrs. Baxter? Ji, ji. Yo pensé que Bobby estaba haciendo una gracia, ji, ji. Acabamos de oír en la radio cómo estaba nevando ahí en Nueva York, o sea, debería estar usted aquí con nosotros, estamos a treinta y cinco grados.» Defraudada Jane dijo: «Me temo que estoy demasiado enferma para viajar.» Y la voz oxigenada, agitada y afligida: «Oh, Dios mío. ¡Cuánto lo lamento! ¿Qué le ocurre, monada?» Jane dijo: «Tengo doble dosis de sífilis y la gonorrea de siempre, una cortesía de ese gran cómico, mi marido, Bobby Baxter, y si no quiere que le ocurra lo mismo, le sugiero que salga de ahí pitando.» Y Jane colgó el teléfono.

Mrs. Cooper se estaba divirtiendo, aunque no mucho. Se sentía más bien perpleja.

—¿Cómo puede una mujer tolerar algo semejante? Yo me divorciaría.

—Claro que te divorciarías. Pero tú tienes dos cosas que Jane no tiene.

—¿Ah, sí?

—La primera: pasta. La segunda: identidad.

Lady Ina pidió otra botella de Cristal.

—¿Por qué no? —preguntó en un tono retador ante mi expresión de preocupación—. Tranquilo, Jonesy. No tendrás que arrastrarme de la colita como a un cerdo. Es que me apetece hacer estallar el día en añicos dorados.

Ahora, pensé, va a contarme lo que quiere pero no quiere contarme. Bueno, no. Todavía, no. En vez de eso:

—¿Tienes ganas de oír una historia verdaderamente infame? ¿Realmente vomitiva? Pues mira a tu izquierda. A esa puerca que está sentada al lado de Betsy Whitney.

Era algo porcina, una inflada nena musculosa con una cara de un bronceado bahameño, llena de pecas y con unos miserables ojos bizcos. Parecía que llevase un sostén de lana y jugase mucho al golf.

—¿Es la mujer del gobernador?

—La mujer del gobernador —dijo Ina asintiendo, al mismo tiempo que miraba fijamente y con melancólico desprecio a la horrible bestia, cónyuge legal de un ex gobernador de Nueva York—. Aunque quizá no me creas, era uno de los tipos más atractivos que haya nunca llevado pantalones, y se le ponía tiesa cada vez que miraba a esa marimacho. Sidney Dillon.

—El nombre, pronunciado por Ina, resultaba un silbido acariciador.

Claro. Sidney Dillon, fusionador de empresas, consejero de presidentes, una antigua pasión de Ina. Recuerdo que cogí una vez un ejemplar de lo que después de la Biblia y de *El asesinato de Roger Ackroyd,* era el libro favorito de Ina, *Memorias de África* de Isak Dinesen. De entre las páginas se cayó una foto polaroid de un nadador que estaba de pie a la orilla del agua, un hombre bien hecho y recio, con pelo en pecho, una cara reluciente de judío, y una sonrisa dura y burlona. Llevaba el bañador enrollado a la altura de las rodillas, con una mano apoyada sobre la cadera, muy sexy, y con la otra mano se la estaba meneando, una polla gorda y negruzca con la que se te hacía la boca agua. En el reverso, había una nota escrita con la letra juvenil de Ina que decía: *Sidney, Lago di Garda. De camino a Venecia, junio de 1962.*

—Dill y yo nos lo hemos contado siempre todo. Fue mi amante durante dos años, justo después de salir yo de la facultad y estar trabajando en el *Harper's Bazaar*. Lo único que Dill me pidió que no contara jamás fue este asunto con la esposa del gobernador. Soy una puta al contártelo, y quizá no lo haría si no fuera por todas estas burbujas maravillosas que veo subir por mi copa. —Levantó la copa y, a través de la efervescencia soleada del champán, me miró fijamente—. Caballeros, la cuestión es: ¿por qué razón se volvería majareta un judío bien dotado y riquísimo, dinámico y educado, por una protestante cretina, de la talla cuarenta, que se pone zapatos de tacón bajo y agua de lavanda? Sobre todo, estando casado con Cleo Dillon, que es a mi juicio la criatura viviente más hermosa, exceptuando siempre a la Garbo de incluso hace diez años (a propósito, anoche la vi en casa de los Gunther, y debo decir que el conjunto había adquirido un aspecto vencido por el tiempo, seco y ventoso, como un templo abandonado, algo perdido en la selva de Angkor Wat. Pero eso es lo que ocurre cuando te pasas la mayor parte de tu vida amándote a ti mismo, y ni siquiera mucho).

»Dill tendrá ahora unos sesenta años. Aún podría tener a la mujer que quisiera y, sin embargo, ha suspirado durante años y años por esa guarra. Estoy seguro de que nunca ha comprendido del todo esta superperversión y el motivo que le impulsa a ella. O si lo hiciera, nunca lo reconocería, ni siquiera ante un psicoanalista. A los hombres como él no se les puede psicoanalizar nunca, ya que no se consideran comparables a ningún otro hombre. Pero, en lo que respecta a la esposa del gobernador, lo que ocurría era que, para Dill, ella representaba la

encarnación viviente de todo lo que, como judío, se le negaba, se le prohibía, por muy seductor y rico que fuese: el Racquet Club, Le Jockey, el Links, White's, todos esos lugares donde nunca podría sentarse a una mesa de *backgammon,* todos esos campos de golf donde nunca haría un tiro al hoyo. El Everglades y el Seminole, el Maidstone, St. Paul's y St. Mark's y demás, los sagrados colegios de Nueva Inglaterra a los que nunca podrían ir sus hijos. Lo confiese o no, ése es el motivo por el que quería follarse a la esposa del gobernador, para vengarse en esa culicerda presumida y hacerla sudar, chillar y llamarle papi. Sin embargo se mantuvo distante y nunca dio muestras de estar interesado por la dama, sino que esperó el momento en que las estrellas estuvieron en la constelación perfecta. La ocasión se presentó de improviso. Una noche Dill fue a una cena en casa de los Cowles. Cleo se había ido a una boda en Boston. La esposa del gobernador estuvo sentada junto a él durante la cena. También ella había ido sola, ya que el gobernador estaba fuera, en alguna parte, de campaña electoral. Dill estuvo gastando bromas, deslumbró a todo el mundo. Y allí estaba la esposa del gobernador, con sus ojitos de cerdo e indiferente, pero no pareció sorprendida cuando Dill le frotó su pierna contra la suya; y, cuando él le preguntó si podía llevarla a casa, ella asintió, aunque no con mucho entusiasmo, más bien con una entereza que le hizo ver que estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa que él le propusiera.

»Por aquella época, Dill y Cleo vivían en Greenwich. Habían vendido su casa de Riverview Terrace, y no tenían más que un pied-à-terre de dos habitaciones en el Fierre, no más que una sala de estar y un dormitorio. En el coche, después de haber dejado la casa de los Cowles, Dill sugirió parar en el Pierre para tomar la última copa, quería saber qué opinaba ella acerca de su nuevo Bonnard. Dijo que estaría encantada de darle su opinión y ¿por qué no iba a tener una opinión la muy idiota? ¿No estaba su marido en la junta de directores del Museo de Arte Moderno? Después de que la esposa del gobernador viera, el cuadro, Dill le ofreció una copa y ella dijo que le gustaría tomar un brandy. Lo bebió sorbito a sorbito, sentada frente a él, al otro lado de la mesita de café. No sucedió nada en absoluto entre los dos, salvo que ella, repentinamente, estuvo muy locuaz, habló de la feria de caballos de Saratoga y de un partido de golf, agujero por agujero, que había jugado con Doc Rolden en Lyford Cay. Habló de la cantidad de dinero que Joan Payson le había sacado jugando al bridge, y de la muerte del dentista al que ella solía ir desde pequeña, y dijo que no sabía ahora *qué* hacer con sus dientes. ¡Uf!, siguió dándole a la lengua hasta que fueron las dos, y Dill no dejó de mirar su reloj, no sólo porque había tenido un día muy ajetreado y estaba ansioso, sino porque Cleo estaría de vuelta en el primer avión que venía de Boston: le había dicho que le vería en el Pierre antes de que se fuese a su despacho. De modo que al final, mientras ella seguía parloteando sobre ortodoncia, Dill le cerró

el pico: "Discúlpame, querida, ¿pero quieres follar o no?" Hay algo que debe decirse de los aristócratas, hasta los más estúpidos han mamado cierto tipo de distinción. Entonces ella se encogió de hombros: "Bueno, sí, supongo", como si una dependienta le estuviese preguntando si le gustaba el aspecto de un sombrero. Simplemente resignada, por así decirlo, ante el familiar y agresivo descaro judío.

»En el dormitorio, le dijo a Dill que no encendiera las luces. En esto insistió mucho y, a la vista de lo que ocurrió al final, apenas se le puede reprochar su insistencia. Se desvistieron en la oscuridad. Ella tardó una eternidad, que si desabrocharse, deshacerse nudos, abrirse cremalleras, y no abrió la boca excepto para resaltar el hecho de que, como era obvio, los Dillon dormían en la misma cama, ya que sólo había una. Y Dill le dijo que sí, que él era muy afectuoso, un nene de su mamá que no se dormía a menos que tuviera algo blando contra lo que apretujarse. La esposa del gobernador no era ni una apretujona ni una besucona. Besarla, según Dill, era como jugar al juego del beso con una ballena muerta y putrefacta: realmente, necesitaba un dentista. Ninguno de sus trucos la cautivaron, allí estaba, tumbada, inerte, como una misionera a la que estuviesen ultrajando una serie de swahilis sudorosos. Dill no pudo correrse. Se sentía como si estuviera chapoteando en una especie de charco extraño, todo el entorno era tan resbaladizo que no podía aferrarse como es debido. Pensó que quizá lamiéndola ahí abajo..., pero en el instante en que empezaba, ella le levantó de los pelos: "Nononono, por el amor de Dios, ¡no hagas eso!" Dill se resignó, dio una vuelta, se puso a su lado y dijo: "No creo que quieras chupármela." Ella ni se molestó en contestar, de modo que él le dijo, muy bien, cáscamela y lo dejamos. Pero ella ya estaba de pie y le pidió que por favor no encendiera las luces, por favor, y dijo no, que no necesitaba llevarla a casa, que se quedase donde estaba, que se durmiera, y mientras Dill estaba allí tumbando oyéndola vestirse, bajó la mano para meneársela él mismo, y en esto que al tocar..., al tocar... Dio un brinco y encendió la luz de un golpe. Tenía las partes pegajosas y extrañas al tacto, como si estuviesen todas cubiertas de sangre. Y así era. Igual que la cama. Las sábanas tenían manchas de sangre del tamaño de Brasil. La esposa del gobernador acababa de coger su bolso y de abrir la puerta; Dill dijo: «Pero ¿qué diablos es esto? ¿Por qué lo has hecho?» Y en ese momento supo por qué, no porque se lo dijera ella, sino por la mirada con que la sorprendió al cerrar la puerta: igual que Cariño, el cruel maître del antiguo Elmer's, conduciendo a un tipo sucio con traje azul y zapatos marrones hasta una mesa en el último rincón del restaurante. La esposa del gobernador se había burlado de él, le había castigado por su arrogancia judía. Jonesy, ¿no comes?

—No es que esta conversación estimule mucho mi apetito.

—Ya te advertí que era una historia infame y todavía no hemos llegado a lo mejor.

—Muy bien. Estoy listo.

—No, Jonesy. Si te vas a marear, no sigo.

—Me arriesgaré —dije.

Mrs. Kennedy y su hermana se habían marchado. La esposa del gobernador se estaba ya marchando, y M. Soulé resplandecía y se inclinaba tras su paso de mujer culona. Mrs. Matthau y Mrs. Cooper seguían presentes pero en silencio, aguzando las orejas para oír nuestra conversación. Mrs. Matthau estaba manoseando un pétalo caído de una rosa amarilla, y sus dedos se pusieron rígidos cuando Ina prosiguió:

—El pobre Dill no se dio cuenta del alcance del problema hasta que quitó las sábanas de la cama y descubrió que no había otras limpias de recambio. Cleo utilizaba la ropa blanca del Pierre, y en el hotel no tenían ninguna sábana suya. Eran las tres de la madrugada y, evidentemente, no podía llamar a la chica de servicio. ¿Qué iba a decir? ¿Cómo iba a explicar que había perdido las sábanas a esas horas? Lo peor del asunto era que Cleo estaría despegando de Boston en cuestión de horas y con independencia de las veces que Dill se acostaba con otras, siempre había tenido mucho mucho cuidado en no proporcionarle a Cleo ninguna pista. La amaba de verdad, y, ¡Dios mío!, ¿qué iba a decir cuando viese la cama? Se dio una ducha fría e intentó acordarse de algún amigote a quien poder llamar y pedirle que se diera prisa en traer unas sábanas limpias. Y pensó en mí, claro. Confiaba en *mí,* pero yo estaba en Londres. Y también tenía a su antiguo criado, Wardell. Wardell era marica y estaba loco por Dill, y había sido esclavo durante veinte años sólo por el privilegio de enjabonarle cada vez que Dill se bañaba; pero Wardell ya estaba viejo y con artritis, Dill no podía llamarle a Greenwich y pedirle que hiciese todo el trayecto en coche hasta la ciudad. Entonces se dio cuenta de que tenía un montón de amiguetes, pero en realidad ningún amigo. Al menos de esos a los que puedes llamar a las tres de la madrugada. En su empresa tenía empleadas a más de seiscientas personas, pero no había ninguna que le hubiera llamado alguna vez algo que no fuese *Mr. Dillon.* En fin, que el chico sintió pena por sí mismo. De modo que se sirvió un whisky bien cargado y empezó a buscar por la cocina un paquete de detergente, pero no encontró ninguno y al final tuvo que usar una pastilla de *Fleurs des Alpes.* Para lavar las sábanas. Las puso a remojo en la bañera, en agua hirviendo. Las restregó una, y otra vez. Las aclaraba y otra vez las requeterrestregaba. Allí estaba el poderoso Mr. Dillon, arrodillado y dándole fuerte a las sábanas como una campesina española a la orilla de un río.

«Dieron las cinco, las seis, el sudor le caía a chorros y se sentía como si estuviese atrapado en una sauna. Contó que al día siguiente, al pesarse, vio que había perdido alrededor de cinco kilos. Ya era completamente de día antes de que las sábanas parecieran verosímilmente blancas. Pero estaban húmedas. Se preguntó si serviría de algo colgarlas en la ventana, o ¿no conseguiría más que atraer a la policía? Al final se le ocurrió secarlas en el horno de la cocina. Era sólo uno de esos hornitos de hotel, pero las embutió dentro y las puso a cocer a doscientos cincuenta grados, y ¡chico! vaya si cocieron: echaron humo y hasta vapor, el hijo de puta se quemó la mano para sacarlas. Eran ya las ocho y no le quedaba tiempo, de modo que decidió que no había nada que hacer excepto disponer la cama con las sábanas empapadas y echando vapor, meterse dentro y rezar sus oraciones. Y las *estaba* rezando de verdad cuando empezó a roncar. Cuando se despertó era mediodía y había una nota de Cleo en el escritorio: «Cariño, estabas durmiendo tan profunda y dulcemente que he entrado de puntillas, me he cambiado y he seguido hasta Greenwich. Ven rápido a casa.»

Las Mesdames Cooper y Matthau, que ya habían oído bastante, se prepararon para salir con una expresión molesta.

Mrs. Cooper dijo:

—Que-querida, esta tarde hacen una subasta de lo más maravillosa en Park Bernet, tapices góticos.

—¿Y qué coño —preguntó Mrs. Matthau— hago yo con un tapiz gótico?

—Pensaba que podían resultar divertidos para hacer picnic en la playa —respondió Mrs. Cooper—. Ya sabes, para extenderlos en la arena.

Lady Ina, después de sacar de su bolso una polvera Bulgari, una polvera hecha de esmalte blanco y copos de diamante que recordaban a los prismas de nieve, se empolvó la cara con la borla. Empezó por la barbilla, siguió por la nariz y, para cuando me di cuenta, ya estaba arremetiendo contra los cristales de sus gafas oscuras.

—Ina, ¿qué haces? —le dije.

—¡Maldita sea, maldita sea! —dijo. Se quitó las gafas y las limpió con una servilleta. Se le había resbalado una lágrima hasta quedarse colgando del borde de la aleta de la nariz, como una gota de sudor. No era un bonito espectáculo, ni tampoco lo eran sus ojos, rojos y venosos, debido al montón de lágrimas derramadas en noches de duermevela—. Me voy a México, a divorciarme.

Nadie habría pensado que eso la hacía desgraciada. Su marido era el pelmazo más imponente de Inglaterra, un logro nada desdeñable, teniendo en cuenta la competencia: el conde de Derby, el duque de Malborough, por no citar más que a dos. Por supuesto, ésa era la opinión de Lady Ina. Sin embargo, me imaginaba por qué se había casado con él. Era rico, estaba técnicamente vivo, era un buen follador siempre con el arma a punto, y por tal motivo reinaba en los círculos de

aficionados a la caza, el Valhalla del aburrimiento. Mientras que Ina... Ina era una cuarentona y una divorciada múltiple por el chasco que se había llevado con Rothschild, quien se había sentido muy satisfecho con ella como amante, pero no la había considerado suficientemente importante como para convertirla en su esposa. Por eso se sintieron aliviados sus amigos cuando Ina regresó de una partida de caza en Escocia como la prometida de Lord Coolbirth. Bien es verdad que el hombre no tenía ningún sentido del humor, que era soso y desabrido, como un oporto decantado demasiado tiempo, pero, a fin de cuentas, era un partido lucrativo.

—Sé lo que estás pensando —observó Ina entre nuevos hilillos de lágrimas—, que si consigo una buena indemnización, aún debería felicitarme. No digo que Cool no fuera duro de aguantar. Era como vivir con una armadura. Pero es verdad que... me sentía segura. Era la primera vez que tenía la impresión de estar con un hombre al que era imposible que perdiera. ¿Quién iba a quererle? Pero he aprendido algo, Jonesy, y abre bien los oídos: siempre hay alguna por ahí dispuesta a atrapar a un viejo marido. *Siempre.* —Ina se vio interrumpida por un hipo en crescendo. M. Soulé, que la observaba desde una distancia encubierta, arrugó los labios. Yo me mostré indiferente, indolente—. Pero es que ya no podía soportar ni uno solo de esos húmedos fines de semana escoceses, con esas balas zumbando a mi alrededor. De modo que empezó a irse solo, y al cabo de un tiempo comencé a notar que, allá donde fuese, era seguro que iba Elda Morris, tanto si se trataba de una partida de caza de patos salvajes en las Hébridas, como de una cacería de verracos en Yugoslavia. Hasta que fue a España en pos de él cuando Franco organizó aquella gran cacería el pasado mes de octubre. Yo no le di mucha importancia al asunto. Elda es una virgen cincuentona y muy severa. *Sigo* sin imaginarme a Cool queriendo meterse en esas bragas oxidadas.

Alargó la mano hasta la copa de champán y, sin alcanzar su destino, la dejó caer como un borracho que se desploma repentinamente cuan largo es en la calle.

—Hace dos semanas —empezó a decir en voz baja y con su acento de Montana aún más marcado—, cuando Cool y yo volábamos a Nueva York, me di cuenta de que me estaba mirando fijamente con un, hmmm, ceño de serpiente. Normalmente tiene cara de huevo. Sólo eran las nueve de la mañana, pero ya estábamos bebiendo ese repugnante champán de los aviones y, al terminar la botella y darme cuenta de que seguía mirándome de ese modo... homicida, le dije: ¿Qué es lo que te preocupa, Cool? Y *èl* dijo: «Nada que no pueda remediarse con el divorcio.» Imagínate qué perversidad. ¡Soltarme algo semejante en un avión! ¡Habiendo estado tantas horas juntos y sin poder largarte, dar voces o gritar! Fue doblemente desagradable por su parte, ya que sabe que me aterra volar, y *sabía* que estaba atiborrada de píldoras y alcohol. Por eso me voy a México. —Su mano recuperó por fin la copa de Cristal. Suspiró, un sonido de abandono como las

hojas de otoño arremolinándose—. Una mujer como yo necesita a un hombre. No por el sexo. Bueno, me gusta echar un buen polvo, pero ya he tenido lo mío. De eso puedo prescindir. Pero no puedo prescindir de un hombre. Las mujeres como yo no tienen otro objetivo, ni ningún otro modo de proyectar sus vidas. Aunque le odie, aunque tenga una cabeza de hierro y un corazón de algodón, siempre es mejor que esta rutina viajera. Es posible que la libertad sea lo más importante en la vida, pero existe algo que podríamos llamar demasiada libertad, y ya no tengo edad para esas cosas, no puedo volver a enfrentarme a esas largas cacerías, estarme toda la noche sentada en el Elmer's o en Annabel's con un tipo nadando en un mar de cócteles. Y todas tus viejas amigas invitándote a sus cenas de largo sin necesitar en realidad a una mujer de más, y preguntándose dónde van a encontrar a un hombre de más «conveniente» para una fulana ya vieja como Ina Coolbirth. Como si *hubiera* algún hombre «conveniente» de más en Nueva York. O en Londres, o en Butte, Montana, si vamos a eso. Todos son maricas. O *deberían* serlo. A eso me refería cuando le dije a la princesa Margarita que era una lástima que no le gustasen los maricas, porque siendo así iba a tener una vejez muy solitaria. Los maricas son las únicas personas que se muestran amables con las viejas mundanas, y yo les adoro, siempre les he adorado, pero de verdad que no estoy *dispuesta* a convertirme en una querida a jornada intensiva de los maricas. Antes me hago tortillera.

»No, Jonesy, eso nunca ha entrado en mi repertorio. Pero comprendo la atracción por una mujer de mi edad, alguien que no pueda soportar la soledad, que necesite consuelo y admiración. Algunas tortilleras saben cumplir ese papel. No hay nada más agradable o seguro que un buen nidito de amor y sexo. Recuerdo cuando vi a Anita Hohnsbeen en Santa Fe. ¡Qué envidia me dio! Aunque siempre he envidiado a Anita. Cuando yo era una pipiola en el Sarah Lawrence, ella ya estaba en el último año. Creo que todo el mundo perdió la chaveta por Anita. No era hermosa, ni guapa, pero era tan brillante y sosegada y *limpia,* su pelo, su piel. Anita tenía siempre el aspecto del primer amanecer en la Tierra. Si no hubiera tenido tanta pasta, y si su madre, una sureña trepadora, hubiera dejado de presionarla, creo que se habría casado con un arqueólogo y habría vivido feliz, excavando vasijas en Anatolia durante toda su vida. Pero ¿por qué desenterrar ahora la desgraciada historia de Anita? Cinco maridos y un hijo retrasado, ¡qué desperdicio! Hasta que llegó a tener varios cientos de colapsos y a pesar cuarenta y cinco kilos, momento en el cual su médico la envió a Santa Fe. ¿Sabías que Santa Fe es la capital tortillera de los Estados Unidos? Lo que es San Francisco para *les garçons,* lo es Santa Fe para las *Hijas de Bilitis*. Supongo que es porque a las más marimachos les gusta disfrazarse con botas y vaqueros. En Santa Fe vive una mujer encantadora, Megan O'Meaghan, y Anita la conoció, oye, aquello fue la *solución.* Todo lo que Anita había necesitado siempre era un buen

par de tetas que chupar. Ahora Anita y Megan viven en un laberinto de adobe al pie de las colinas, y Anita tiene un aspecto... casi tan fresco y saludable como cuando íbamos juntas al colegio. Bueno, resulta un poco ñoño, hogueras de piñas secas, muñecas indias de fetiche, mantas indias y las dos damas trasteando en la cocina, haciendo tacos caseros y un cóctel margarita perfecto. Tú dirás lo que quieras, pero es uno de los hogares más agradables donde he estado en mi vida. ¡Qué suerte la de Anita!

Se levantó tambaleándose, como un delfín quebrantando la superficie del mar, echó la mesa hacia atrás (volcando una copa de champán), cogió su bolso y dijo:

—Vuelvo enseguida.

Y escoró en dirección a la puerta de espejos de los aseos del Côte Basque.

Aunque el sacerdote y la asesina seguían en su mesa cuchicheando y dando sorbitos, las salas del restaurante se habían vaciado, y M. Soulé se había retirado. Sólo quedaban las chicas del guardarropa y unos pocos camareros que sacudían las servilletas impacientemente. Los mozos volvían a poner las mesas y arreglaban las flores para los visitantes nocturnos. Se respiraba una atmósfera de agotamiento lujoso, como una rosa marchita que se deshojara, mientras afuera sólo aguardaba el fracasado atardecer de Nueva York.

FIN